

EL CHOLERÍO Y LA GENTE DECENTE



Estrategias de blanqueamiento y mestizaje en Quito
Primera mitad del siglo XX

Manuel Espinosa Apolo

EL CHOLERÍO Y LA GENTE DECENTE

**Estrategias de blanqueamiento y mestizaje en Quito.
Primera mitad del siglo XX**

Manuel Espinosa Apolo



Quito, 2012

AUGUSTO BARRERA GUARDERAS
Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito

MIGUEL MORA WITT
Secretario de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito

MARGARITA ROMO PICO
Directora Ejecutiva del Instituto Metropolitano de Patrimonio

EL CHOLERÍO Y LA GENTE DECENTE
Estrategias de blanqueamiento y mestizaje en Quito.
Primera mitad del siglo XX
Autor: Manuel Espinosa Apolo

© Instituto Metropolitano de Patrimonio
Venezuela N5-10 y Chile
PBX: (593-2) 399 63 00
www.patrimonioquito.gob.ec

Coordinación editorial:
Alfonso Ortiz Crespo

Revisión de textos:
Jorge Gómez

Fotografías:
IMP / CH:
Instituto Metropolitano de Patrimonio / Christoph Hirtz
AAOC: Archivo Alfonso Ortiz Crespo

Diseño y diagramación: Javier Oñate
www.camaleon.com

IMPRESA XXXXXXX

Impreso en Ecuador
Quito, febrero 2012

ISBN: nnnnnnnnnn

Prohibida la reproducción total o parcial
sin autorización de los editores

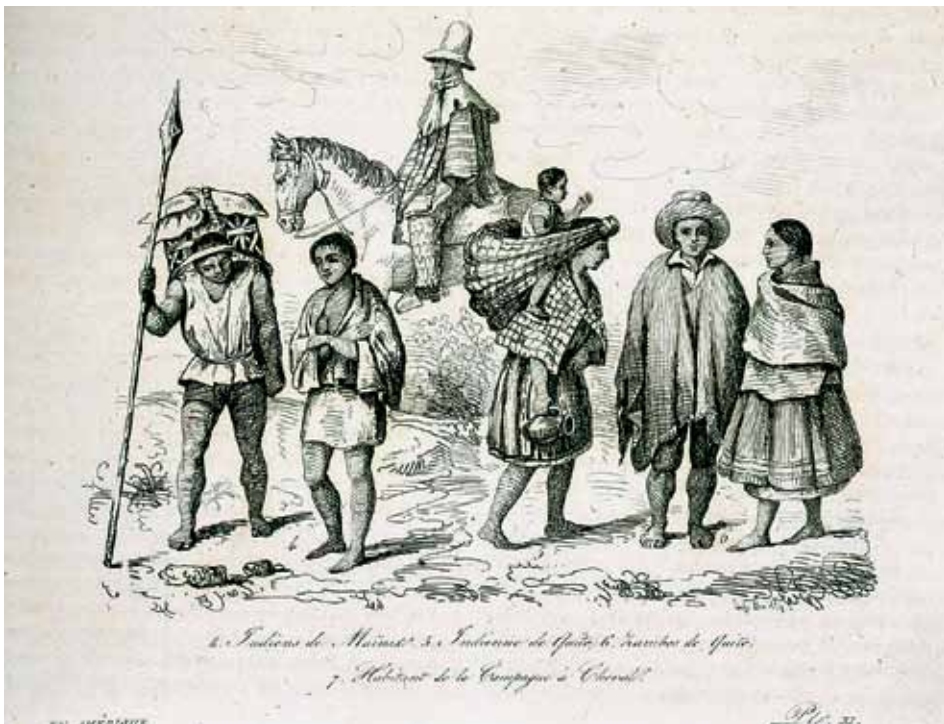
CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
El cambio del rostro y ritmo de una ciudad	7
PARTE PRIMERA	
LAS ESTRATEGIAS DEL BLANQUEAMIENTO	25
LA ESTIGMATIZACIÓN	27
Las identidades discriminatorias: gente decente y chullas	27
Las identidad discriminadas o deterioradas: longos, cholos y chagras	36
LA DISTINCIÓN Y LA SEGREGACIÓN	44
El buen gusto	44
<i>Lo chic y el porte señorial</i>	46
<i>El saber vivir</i>	48
<i>La etiqueta del trato diario</i>	57
El asco y la segregación	59
<i>El tedium vitae</i>	61
<i>La pasión por el distanciamiento espacial</i>	64
<i>El refuerzo endogámico</i>	70
EL MIMETISMO	73
El encopetamiento del gamonalismo cholo	74
Los sueños de gran señor del chulla	80
El mimetismo de las capas medias	85
PARTE SEGUNDA	
LAS ESTRATEGIAS DEL MESTIZAJE	89
LA MUTACIÓN O EL ACHOLAMIENTO CIUDADANO	91
LA INCLUSIÓN	99

La identidad pueblo	99
La identidad mestiza	103
LA HIBRIDACIÓN Y LA TRANSCULTURACIÓN	108
Modernidad y tradición	108
Hibridismos culturales y grupos emergentes	101
<i>Hablas híbridas</i>	111
<i>Formas de habitar: precariedad y exceso</i>	116
<i>Alimentación: permanencias y renovaciones</i>	125
<i>Formas de esparcimiento y diversión</i>	129
A MANERA DE CONCLUSIONES	138
El estilo de vida moderno y la nueva cultura popular urbana	138

DEDICATORIA

A mi padre, quien a partir del relato de una de sus vivencias en Quito, incentivó estas reflexiones y el hallazgo de las siguientes respuestas que se exponen en el presente ensayo.



Gente de Quito y Trajes de Quito, grabados de Alcide D'Orbigny, 1841. En el grabado inferior se puede apreciar la leyenda (en francés en el original): 4. Indios de Mainas, 5. Indios de Quito, 6. Zambo de Quito, 7. Habitante del campo a caballo. Foto: Instituto Metropolitano de Patrimonio / Christoph Hirtz.

INTRODUCCIÓN

El cambio de rostro y ritmo de una ciudad

El ambiente aldeano del Quito decimonónico

En la primera mitad del s. XX, Quito perdió para siempre aquel rostro campechano que exhibió en el s. XIX. Su entera dependencia del campo determinó dicha fisonomía. En efecto, la vida de la urbe estaba vitalmente vinculada a las rentas agrarias: recursos monetarios, productos y la posibilidad de hacer uso de la fuerza de trabajo rural e indígena. Aquella relación le imprimió una atmósfera semejante a la de una población rural. Esto se hacía evidente en la presencia de pesebreras, huertos, chacras, indígenas, campesinos, recuas de mulas, ganados de paso a los mercados, cerdos que deambulaban por las calles estrechas, más aptas para acémilas y peatones que para carruajes o carretas. Para entonces, los llamados *barrios*, formaban parte de la campiña, ya que la mayoría de sus pobladores se ocupaban en actividades agrícolas, criaban aves, cerdos, cuyes y ovejas. Por estas razones, los límites entre el campo y la ciudad eran difusos.

La presencia de vendedores ambulantes y buhoneros que recorrían calles y plazas ofreciendo sus mercaderías, baratijas y alimentos de puerta en puerta, formaba parte de ese paisaje pueblerino. Así como la presencia de los yumbos de Nanegal o de Quijos que de tiempo en tiempo arribaban a la ciudad para cambiar sus productos por hachas, machetes, textiles y, sobre todo, perros. Animales a quienes estimaban de sobremanera, puesto que les eran útiles para labores de cacería en los bosques nublados; de ahí que a más de llevarse los obtenidos en el trueque, daban buena cuenta de todos los que encontraban en las calles. A su presencia se atribuía por entonces, la desaparición de canes en la ciudad.





Orejas de palo (Aguatero), óleo de Joaquín Pinto, 1904. Museo Municipal Alberto Mena Caamaño, Quito. Foto: Instituto Metropolitano de Patrimonio / Christoph Hirtz.

A finales del s. XIX, Quito era una pequeña ciudad cuya población no rebasaba los 40.000 habitantes. El “villorrio” como le llamaban los escritores modernistas —nostálgicos del aire cosmopolita que habían visto y vivido en las ciudades europeas— estaba dividida en 6 parroquias y 145 manzanas separadas por 240 calles, 5 plazas con 3 monumentos conmemorativos, 7 plazas sin estatuas y 2 paseos públicos. La ciudad tenía 1168 casas de propiedad particular, 160 edificios públicos y 39 edificios religiosos.¹

A la sazón, la urbe no disponía de agua potable. El agua que se utilizaba provenía de la “Chorrera” y del manantial “Las Llagas”. El líquido vital llegaba a la ciudad por surtidores y acequias que confluían en fuentes públicas ubicadas en San Francisco y la Plaza Mayor. Allí los *aguadores* —indios que cargaban inmensas vasijas a sus espaldas— se encargaban, en unos casos, de recoger el agua para venderla en ciertas casas, y en otros, de entregarla a viejas moradas señoriales, a cuyo servicio estaban obligados en calidad de “indios propios” o criados. A su vez, la gente corriente recogía el líquido directamente en dichos surtidores.

El alcantarillado era incipiente. Si bien en la época del presidente García Moreno se construyeron sumideros en las calles de la ciudad, en forma de acequias descubiertas que corrían por el centro de las principales vías, no existían conexiones a las casas particulares. Por esta razón, los excrementos y desechos de las casas seño-

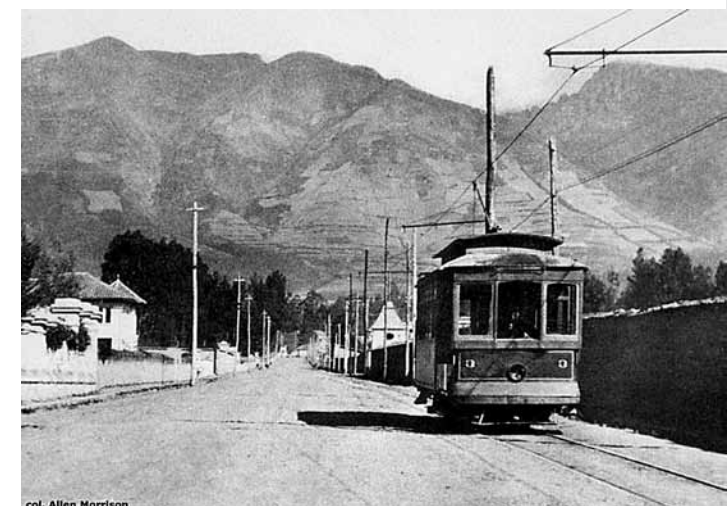
riales, se recogían en depósitos destinados para tal función, los que eran trasladados por los indios de Zámbez a partir de las cinco de la tarde y vaciados en el muladar de Quito: la quebrada de Jerusalén. En aquel sitio y en las diferentes quebradas de la ciudad, hacía sus necesidades más urgentes la gente del pueblo, cuando no lo hacía en las propias calles.

En 1894 la iluminación de vías, plazas y casas, todavía se hacía con kerosén y espermas de cebo. Recién en 1895, los señores Gangotena, Jijón y Urrutia fundaron una empresa de luz eléctrica con la cual se consiguió dotar de alumbrado a la Plaza Grande y algunos establecimientos comerciales ubicados a su alrededor.

La modernización de la ciudad

La fisonomía de la ciudad cambió drásticamente durante la primera mitad del s. XX. Con la llegada del siglo, Quito empezó súbitamente a modificar significativamente su equipamiento urbano. Se multiplicaron las comodidades de vida y aparecieron nuevos consumos, al mismo tiempo que se inició una expansión física acelerada. Estos cambios marcaron el declive de la ciudad decimonónica y anunciaron el arribo de la ciudad moderna.

A partir de entonces, se introdujeron mejoras provenientes de la segunda revolución industrial: luz eléctrica en calles y casas (1906), acueductos de agua potable destinados a las residencias (1908) y red telefónica. Más tarde,



Tranvía en la última parada de la avenida Colón, al final del recorrido urbano en el sector norte de Quito, s.f., en *Los tranvías de Quito*, 2006, de Allen Morrison.

¹ Datos obtenidos de la guía *El Ecuador en Chicago* editada en 1894, citada en: LUNA, Milton, *Historia y conciencia popular. El artesanado en Quito*, Colección Popular 15 de noviembre, Corporación Editora Nacional, Quito, 1989, pp. 15-16.



Quebrada de Jerusalén, hoy viaducto y avenida 24 de mayo, a inicios del s. XX. (AAOC).

los sistemas de transporte y comunicación modernos se hicieron realidad. Pues, en 1914 se inició el servicio urbano del tranvía eléctrico y en 1920 llegó el primer avión, a la vez que entre 1906 y 1913 se inició la circulación de los periódicos más importantes de ese entonces: *El Comercio* y *El Día*.

La modernización de la urbe estuvo asociada a dos momentos cruciales para la vida de la ciudad: la llegada del tren en 1908 y el centenario de la independencia en 1909. El primer suceso permitió el traslado en condiciones óptimas y en cantidades considerables de materiales de construcción y de bienes de equipamiento importados. En este sentido, el tráfico de mercancías aumentó de 44.570 t. en 1910 a 210.000 t. en 1935. Cifras que muestran sin duda, el impulso que adquirieron los sectores secundario y terciario de la economía, sobre todo el comercio, lo que se revirtió en el crecimiento vigoroso del mercado urbano. Además, la llegada del tren permitió que la mo-

vilidad poblacional adquiriera un nuevo ritmo, pues el transporte de pasajeros pasó de 133.938 en 1910 a 578.206 en 1938.²

Asimismo, la proximidad del centenario de la independencia estimuló la transformación física de la ciudad, que se expresó en la multiplicación de importantes trabajos urbanísticos: rellenos, enlosados y alumbrado público.

Al mismo tiempo, la implementación de políticas de salubridad e higiene llevadas a cabo por el Municipio con el propósito de evitar la propagación de infecciones, contribuyó notablemente al desarrollo urbano, ya que para cumplir con dicho objetivo se llevaron a cabo obras sanitarias tales como canalización, construcción de mataderos, implementación del servicio de agua potable, distribuida por cañerías, dotación de inodoros, lavanderías y baños públicos.

Como parte de dichas políticas, el poder local llevó a cabo una ofensiva contra la ciudad premoderna y sus costumbres. En 1913 se clausuraron las caballerizas ubicadas en la calle Rocafuerte y los corrales que se habían establecido en el relleno de la quebrada de Jerusalén —donde años más tarde se construiría la Av. 24 de Mayo— llamados comúnmente “centaverías”, en las que los arrieros y la gente del campo dejaba las acémilas en las que solían transportar los diversos productos que traían a la ciudad. Gracias a dicha medida, la fetidez a boñiga, tan familiar para la ciudad decimonónica, empezó a desvanecerse. En la década de 1920, se tomaron una serie de acciones que culminaron con la expulsión de las chicherías del centro de la ciudad. Lo mismo se intentó hacer con los hospitales, lazaretos y sanatorios. A través de estas operaciones, se afirmó la posición modernizante del Estado y el Municipio que reivindicaron la higiene, el ornato y el progreso, a la vez que impulsaron no solo la separación de lo público de lo privado, sino que intentaron también, apartar el fruto sano del degradado.³

2 DELER, Jean Paul, *Ecuador, del espacio al Estado Nacional*, Biblioteca Geográfica Ecuatoriana, vol. 2, Banco Central del Ecuador, Quito, 1987, pp. 222-225.

3 KINGMAN, Eduardo y GOETSCHER, Ana María, “Quito: las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales”, en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito, pp. 155, 156, 161.



Plano síntesis del Proyecto del Plan Regulador Urbano, por el arquitecto Guillermo Jones Odriozola, 1942. Foto: Alfonso Ortiz Crespo.

No obstante, fue en la construcción de nuevos edificios, en las mejoras de los espacios públicos y, sobre todo, en la expansión del área de ocupación, que el cambio físico de la ciudad se hizo patente.

La abrupta extensión de la ciudad

Durante la primera mitad del s. XX, la ciudad se extendió de manera vertiginosa y acelerada, contrastando claramente con lo sucedido en épocas anteriores. En efecto, si se comparan los planos de Quito, ya sea el de 1748 o el de 1763 con el de 1888, se observa fácilmente que la ciudad apenas si se amplió en este período. El área absoluta de ocupación de la ciudad pasó de 117 ha. en 1780 a 173,7 ha. en 1904. Situación que contrasta notablemente con lo acontecido en los primeros cincuenta años del s. XX. Según cálculos realizados a partir de la información proporcionada por los planos de la época, se ha establecido que el área absoluta de la ciudad pasó de 173,7 ha. en 1904 a 1.335 ha. en 1950, lo que significa que el área de la ciudad creció más de siete veces en dicho lapso.⁴

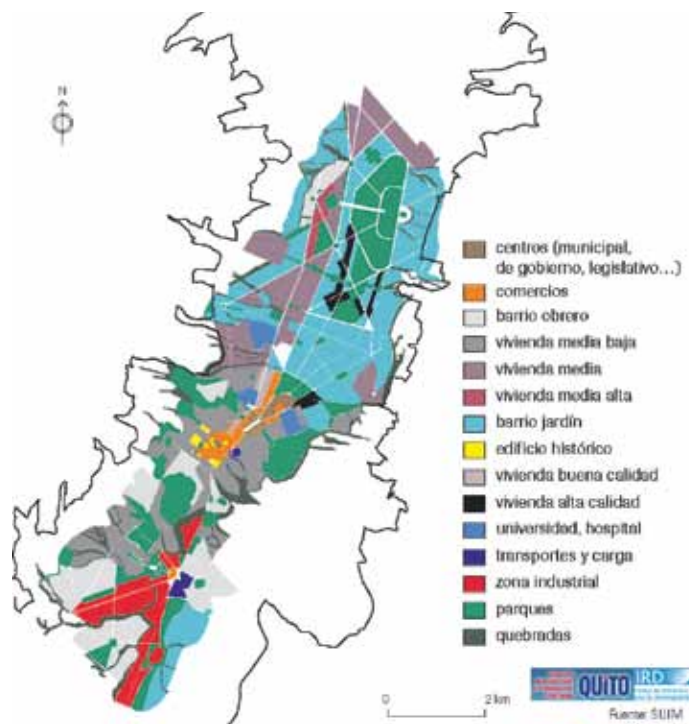
De esta manera, el modelo concéntrico que había caracterizado a la ciudad decimonónica se rompió definitivamente. Luego de un re-

4 CARRIÓN, Fernando, *Quito, crisis y política urbana*, Editorial El Conejo, Ciudad, Quito, 1987, p. 35.

formación de casas de inquilinato y conventillos— la ciudad se alargó irremediamente; circunstancia que se expresó en el surgimiento de nuevos barrios populares en suelos de escaso valor, pero relativamente próximos al centro urbano. En las colinas que franqueaban a la ciudad, aparecieron una serie de asentamientos como: El Aguarico, La Colmena, La Tola, La Libertad, San Juan, La Floresta, El Dorado y la ciudadela México, arrabales que por mucho tiempo carecieron de servicios básicos.⁵

Al mismo tiempo, se formaron los barrios residenciales del norte como las ciudadelas Larrea, Mariscal Sucre o Simón Bolívar, así como los barrios América y Belisario Quevedo, Batán e Ñaquito. La ciudad también se extendió hacia el sur; proceso que empezó con la expansión hacia el Panecillo para avanzar luego a la parroquia rural de La Magdalena (convertida en parroquia urbana en 1910, por Ordenanza Municipal). En las décadas de los treinta y cuarenta, gracias a la acción municipal se impulsó la construcción de viviendas populares y de barrios denominados “obreros”, tales como: Chimbacalle, Chiriyacu, La México y Villa Flora. Fue así que el sector sur de la ciudad cobró vida y forma.

5 GOETSCHER, Ana María, “Hegemonía y sociedad (Quito, 1930-1950)”, en: E. Kingman (Comp.), *Ciudades en los Andes. Visión histórica y contemporánea*, IFEA, Ciudad, Quito, 1992, pp. 333- 335.



Plano síntesis del Proyecto del Plan Regulador Urbano de Quito, por el arquitecto Guillermo Jones Odriozola, 1942. Este gráfico se realizó en el marco del programa *Medio ambiente urbano en Quito*, y se encuentra en el libro del mismo nombre, página 21, 2008 de Pascale Metzger y Nury Bermúdez. Además se puede consultar en http://sthv.quito.gov.ec/spirales/9_mapas_tematicos/9_3_planes_urbanos/9_3_1_1.html en la página web de la Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda de Quito.

El crecimiento longitudinal de la ciudad o su alargamiento de norte a sur en la primera mitad del s. XX, se convirtió en una tendencia irreversible. Tal estiramiento estuvo vinculado al crecimiento de la demanda residencial, al surgimiento de sectores sociales nuevos y a la diferencia que se había generado entre ellos.

La llegada aluvional de la inmigración interiorana

Desde fines del s. XIX la población de Quito creció presurosamente. Si en 1894 la ciudad poseía 40.000 habitantes, al finalizar la década de 1940, alcanzó la suma de 209.932 habitantes. De esta manera, la población urbana se quintuplicó. Situación que contrasta claramente con el período anterior, esto es, la segunda mitad del s. XIX, en el cual la ciudad pasó de tener 27.900 habitantes en 1858 a 40.000 habitantes en 1894, es decir, que en dicho período la población ni siquiera se había duplicado.

Pero ¿cómo se explica este crecimiento vertiginoso? Por lo menos hasta la década de 1930, el crecimiento demográfico de Quito no estuvo vinculado al crecimiento vegetativo de su población original. Las condiciones de vida prevalecientes eran tan deplorables entonces, que el promedio de vida en Quito apenas llegaba a los 33 años. En esas circunstancias, el 67% de la población de la ciudad tenían menos de 30 años, a la vez que las tasas morbilidad infantil eran demasiado altas. Por ejemplo, se estima que para 1908, de 3.161 niños que nacieron en la ciudad, 1.104 murieron antes de cumplir los 12 meses de edad, mientras que todavía en 1923, se calculaba en 30,67% la tasa de mortalidad infantil.⁶

En dichas circunstancias, la causa de la explosión demográfica que experimentó la ciudad en la primera mitad del s. XX, no podía ser otro que el arribo aluvial de la inmigración interiorana. Así lo destacan los ensayos de corte sociológico, las crónicas periodísticas y la literatura de la época. Todos los documentos coinciden en destacar la intensificación de la llegada de gentes del interior del país, como nunca antes había ocurrido en la historia de Quito. Esta apreciación, es ratificada más tarde en los informes técnicos del Municipio y en especial en el plan de desarrollo urbano del arquitecto uruguayo Guillermo Jones Odriozola.

En dicho período, Quito fue percibido como escenario de realización del progreso y la prosperidad por los provincianos. La intelectualidad quiteña, en especial los literatos y músicos, afirmaron el estereotipo de Quito como “carita de Dios”; imagen que se promovió ampliamente desde fines del s. XIX. Por esa razón, visitantes como el alemán Hans Meyer, quien llegó a Quito en el primer decenio del s. XX, supo comentar que “la situación de Quito y su belleza es alabada con exceso en el Ecuador”.⁷ Tanto las características físicas, geográficas, climáticas e históricas de la ciudad, así como

6 BUSTOS, Guillermo, “Notas sobre economía y sociedad en Quito y la Sierra Centro Norte durante las primeras décadas del siglo XX”, en: *Quitumbe*, N° 7, Revista del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad Católica, Quito, 1990, p. 106.

7 MEYER, Hans, *En los altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra incógnita, N° 3, Abya-Yala, Quito, p. 411.

los rasgos físicos de sus mujeres, fueron presentados como excepcionales por la literatura costumbrista de Alfonso García Muñoz o ensalzadas en las canciones populares que en las décadas de los treinta y cuarenta compusieron los músicos populares de origen quiteño o provinciano. Aquellas canciones y dicha literatura, hicieron énfasis en el hecho de que el cielo de Quito era el más azul, sus monumentos religiosos los más imponentes o sus mujeres las más hermosas.

Gracias a esta labor propagandística, la posibilidad de vivir en la capital, se convirtió, por sí misma, en indicador de prosperidad y realización personal para la empobrecida población rural y pueblerina que carecía de las comodidades de la vida moderna. Fernando Chaves en un sugerente ensayo, escrito en 1933 y titulado *La familia entre los obreros urbanos del Ecuador*, destaca precisamente esta construcción idílica. Según dicho autor, Quito y Guayaquil se habían convertido en “las metas del soñar de las gentes campesinas que las conciben como emporios de riqueza y fuentes pródigas de honores y distinciones que el terruño propio no puede dar”.⁸

En el imaginario de campesinos, parroquianos y provincianos, Quito pasó a representar la ciudad de la bienaventuranza, idea consustancial a su título “carita de Dios”. En estas circunstancias, el deseo de trasladarse a la capital se tornó vehemente, y la inmigración interiorana dejó de ser episódica, intermitente y minoritaria para convertirse en un flujo masivo y continuo. Los recién llegados provenían del entorno rural de la misma provincia de Pichincha, así como de las provincias colindantes: León (Cotopaxi), Imbabura y, en menor medida, de las vecinas Tungurahua, Chimborazo y Carchi.

El censo de 1906 sería el primero en registrar esta tendencia migratoria. Para esa fecha, el 37% de la población que vivía en Quito no había nacido en la capital. El 13,89% provenía de la misma provincia de Pichincha; el 8,13% de la provincia de León; el 4, 26% de Imbabura; el 3,88 % de Tungurahua; el 1,99% de Chimborazo; y, el 1,96% de Carchi. El 2,39% restante provenía de las otras provincias

8 Citado por BUSTOS, Guillermo, Op., cit., 1992., p. 172.

del país.⁹ El censo nacional, realizado por la Caja de Pensiones el 30 de abril de 1935 con el fin de recabar información sobre los empleados fiscales, municipales y bancarios, muestra como dicha tendencia se mantenía claramente hasta ese entonces. Tal registro establece para Quito el más alto índice de población migrante en cargos públicos. Estos migrantes provenían principalmente de Latacunga, Ibarra y Ambato.¹⁰ Posteriormente los censos, de 1962 a 1982, evidencian que dicha tendencia se mantenía; pues la mayoría de personas que migraban a la ciudad de Quito procedían en primer lugar de Cotopaxi y, en segundo lugar, de Imbabura.¹¹

La torrencial inmigración interiorana fue desencadenada por el proceso de modernización del sector hacendatario, ubicado en el área centro-norte de la sierra, el mismo que se inició a partir de que el consumo regional costeño se abriera a la producción agropecuaria serrana. A partir de entonces, algunas de las haciendas ganaderas y productoras de cereal se reorganizaron, sobre todo aquéllas ubicadas en las zonas por donde cruzaba la línea del ferrocarril. Sin duda, este medio de transporte constituyó un gran estímulo para la modernización, al conectar ciertas haciendas con el mercado costeño. Al atravesar sus predios, el tren permitió el ahorro de las costosas inversiones en infraestructura, a la par que abarató los costos de transporte. En razón de estas circunstancias, el sur de la hoya de Quito (Machachi) y el norte de Latacunga (Saquisilí y Guaytacama) se constituyeron en los focos de la modernización agrícola más dinámicos de la sierra.¹² Precisamente allí se organizó una notable economía lechera que

9 KINGMAN, Eduardo, La ciudad y los otros. Quito, 1860 – 1940, Flacso, Sede Ecuador, Universidad Rovira e Virgili, Quito Ecuador, 2006, pp. 182-183.

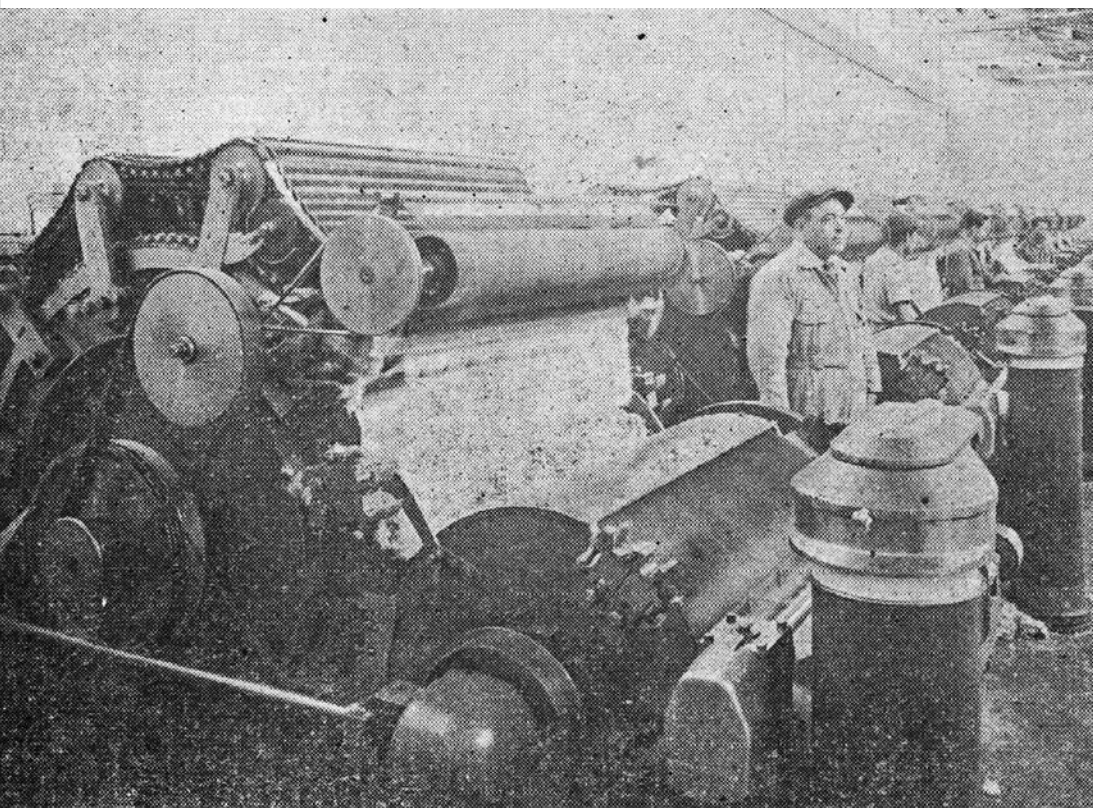
10 Citado en: DURÁN, Cecilia, *Irrupción del sector burócrata en el estado ecuatoriano: 1925-1944*, Corporación Española, PUCE, Abya-Yala, Quito, 2000.

11 Para 1962, la primera provincia de procedencia de migrantes a Quito es Cotopaxi con 23275, seguida por Imbabura con 19340. Para 1970 los datos son Cotopaxi, 35250; Imbabura, 30182. Para 1982 los datos son Cotopaxi: 51301 e Imbabura, 44152. CONSEJO NACIONAL DE DESARROLLO/UNFPA. *Población y cambios sociales. Diagnóstico Sociodemográfico del Ecuador*, Unfpa, Corporación Editora Nacional, Quito, 1989, pp. 149-154.

12 ARCOS Carlos y MARCHÁN Carlos, “Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana”, en: Revista Ciencias Sociales, vol. II, No. 5, Escuela de Sociología, Universidad Central de Ecuador, Quito, primer trimestre 1978, p. 25.

incluía ciertos procesos de industrialización, como por ejemplo, la deshidratación de la leche, experiencia iniciada en 1936-37 en la hacienda Guaytacama.

En las haciendas modernas, junto con las transformaciones económicas se sucedieron transformaciones sociales. En dichas unidades productivas, desaparecieron las obligaciones laborales precarias, heredadas de la colonia, y en sus contornos surgieron pequeñas explotaciones gracias a la entrega de minifundios. El pago de salarios, más beneficios del Seguro Social y sueldos adicionales a los trabajadores de las haciendas, generó en la población campesina de los alrededores grandes expectativas acerca de las “ventajas” del trabajo asalariado, impulsando la emigración al gran mercado laboral de



Cardas en la fábrica La Internacional, en *El Libro de la Ciudad de San Francisco de Quito*, 1951, CEGAL.

Quito. No obstante, para aquella población campesina, la modernización agraria supuso su empobrecimiento. Los minifundios constituían áreas reducidas en las que faltaba el agua y además se ubicaban en suelos en avanzado estado de erosión, debido al uso de técnicas primitivas de labranza. Por esta causa, tuvieron un bajísimo rendimiento y la producción no alcanzó a satisfacer las necesidades de la familia campesina. Asimismo, medidas modernizantes como mejoras a la irrigación, llevadas a cabo por ciertas haciendas de los alrededores de Quito, —tal como se cuenta en la novela *En las calles* de Jorge Icaza, escrita en 1935—, supusieron la ruina de comunidades indígenas enteras y de los pueblos mestizos que se ubicaban en los alrededores. En dicho relato, se destaca el plan modernizador del hacendado del lugar: apropiarse del mayor caudal de agua del río del sector, cuyas aguas permitían a indios y mestizos llevar a cabo la explotación de sus propiedades agrícolas. Cuando el hacendado gana el juicio de aguas y logra captar el mayor caudal de las mismas, las poblaciones de indios y cholos se precipitan irremediamente a la miseria. Arruinados, no tendrán otra opción que emigrar a la ciudad para sobrevivir.

Sin embargo, no sólo las modernizadas haciendas impulsaron la emigración, sino también aquellos latifundios relegados de dicho proceso, debido a



Caricatura sobre las regulaciones restrictivas al ingreso al parque de la Independencia. Revista “La Ilustración Ecuatoriana” No. 18, 10 de febrero de 1910.

que estaban alejados de las vías que las conectaban al mercado interno: ferrocarril y carreteras. Estos grandes predios tuvieron que intensificar la explotación laboral de los *huasipungueros* y apareceros hasta el nivel de la extenuación, con el fin de desarrollar sus fuerzas productivas. En estas circunstancias, muchos de aquellos trabajadores precarios optaron por abandonar las haciendas y emigrar a la Costa o a ciudades como Quito, en donde se esperaba encontrar mejores condiciones económicas. Dicho desplazamiento se vio favorecido por el tren y el mejoramiento de las vías carrozables, infraestructura vial que facilitó el acceso desde las provincias del centro-norte de la sierra, a la capital del país.

Al mismo tiempo, el desarrollo del aparato institucional: burocrático y policial del Estado, propiciado por la revolución liberal; el desarrollo incipiente de la industria, fundamentalmente la alimenticia y textil; así como la expansión del sector de servicios, el comercio y la banca, crearon una considerable cantidad de fuentes de trabajo que estimularon el éxodo desde el campo y los pequeños pueblos de la sierra a Quito. La ocupación más anhelada era sin duda la administración pública, por la estabilidad laboral y el conjunto de ventajas salariales que otorgaba. Por esta razón, dicha plaza de trabajo generó grandes expectativas en los inmigrantes de mayor nivel de escolaridad, al extremo de convertirse, según diría un ensayista de la época, en el “dorado” de la “peregrinación humana del campo”.¹³ En 1936, los empleados a sueldo fijo en Quito —públicos y privados— pasaron a constituir el grupo económico activo más numeroso de la ciudad, alcanzando la cifra de 8.918 individuos; cifra que equivalía al 25% de todo el conjunto laboral, sobrepasando a los trabajadores autónomos, los que sumaban 8.133 individuos (23,5%) y a los sirvientes que alcanzaban la cifra de 7.464 (21%).¹⁴

13 GONZÁLEZ, J.L., “Nuestra gran realidad, alrededor del problema de la tierra, su parcelación y producción en el Ecuador”, cit. por Bustos, Op., cit., p. 172.

14 LÓPEZ A., DONOSO C., SUÁREZ P.A., “Estudio numérico y económico-social de la población de Quito”, *Boletín del Departamento Médico-Social*, Quito, Instituto Nacional de Previsión 1937, p. 10.

El conflicto étnico-cultural y el choque racial

El arribo aluvional de inmigrantes interioranos, como nunca antes había sucedido en la historia de la ciudad, no podía menos que conmocionar a la población receptora, la misma que reaccionó fortaleciendo actitudes y prácticas racistas, discriminatorias y segregacionistas contra los recién llegados. En definitiva, los sectores dominantes reactivaron viejos procedimientos coloniales de subalternización como la estigmatización racial, lo que dio lugar a la formación de identidades discriminatorias: *gente decente* y *chulla quiteño*, e identidades discriminadas: *longo*, *cholo* y *chagra*. Al mismo tiempo, implementaron procedimientos modernos de dominio y diferenciación como la estrategia de distinción de clase, asumida como complemento en vez de una alternativa a la estigmatización. Por su parte los sectores emergentes, capas medias y nuevos ricos de origen provinciano, se vieron forzadas a acudir al mimetismo, a partir del cual adoptaron un conjunto de símbolos, conductas y valores de los sectores dominantes para esconder y desdeñar su verdadero ser. Estas maniobras o procedimientos, tuvieron como finalidad afirmar o alcanzar el status de blanco, lo que supuso adquirir los valores sociales y culturales asociados a dicha condición: riqueza, educación, influencia, poder, reconocimiento y una supuesta cultura occidental, civilizada y moderna; contenidos que definen la *blanquitud*, razón por la cual merecen denominarse *estrategias de blanqueamiento*. Sin duda, esta forma de operar fue la responsable de la revitalización de los antiguos prejuicios de origen colonial y de la creación de otros que aun tienen plena vigencia en la actualidad, pues continúan operando en la vida cotidiana y son parte del sentido práctico, a pesar que han sido cuestionadas profundamente por los movimientos sociales y ciudadanos en nuestros días.

Al mismo tiempo, entre los inmigrantes más pobres, hubo muchos que no se resignaron a tal hostilidad y subalternización, por lo que no renunciaron a la posibilidad de alcanzar mejores condiciones de vida en dicho ambiente. En estas circunstancias, se vieron obligados a encontrar y crear diversos procedimientos o maneras de burlar

y erosionar la segregación y la discriminación a través de diferentes estrategias de mestizaje como: *la mutación, la construcción de identidades inclusivas o la hibridación*.

En definitiva, podemos afirmar que la primera mitad del s. XX corresponde a un periodo de enfrentamiento virulento entre dos segmentos de residentes. Por un lado, la sociedad receptora o quienes tenían un mayor arraigo en la ciudad, los que pretendieron cerrar el paso a los recién llegados con el propósito de impedir su movilización y autopromoción social; y del otro lado, los inmigrantes interioranos que pujaron por abrirse paso a como dé lugar en tal entorno hostil. Se trató en definitiva de un enfrentamiento por la movilidad social, que adquirió las dimensiones de un conflicto étnico-cultural y de choque racial, en un período de oscilación entre crisis y auges económicos.

El resultado de estas tensiones imprimió un intenso dinamismo en la vida social de Quito, dando lugar a una serie de transformaciones y metamorfosis decisivas, las mismas que explican el surgimiento de la ciudad moderna y el estilo de vida que la caracteriza en la actualidad.

El propósito del presente libro es, precisamente, dar cuenta de manera pormenorizada y fundamentada de todos aquellos procesos a través de un viaje por las entrañas, interioridades y entretelones de la ciudad de entonces, con la finalidad de contribuir a una mejor comprensión de la historia y constitución del Quito actual. Conocimientos que se ponen al servicio de la construcción de una ciudad tolerante e intercultural; en fin, de una ciudad por y para todos.

Parte primera

LAS ESTRATEGIAS DEL BLANQUEAMIENTO

LA ESTIGMATIZACIÓN

Las identidades discriminatorias: *gente decente y chullas*

Los sectores dominantes de origen aristocrático y los estratos medios y populares no indígenas de Quito, percibieron la inmigración de indios y mestizos de origen rural y pueblerino como un avance del indio y de su mundo rural e incivilizado hacia la urbe quiteña; y cuya presencia —que se juzgó más tarde—, había puesto fin a una época supuestamente bella y feliz, marcando ese trágico momento en que se “jodió” la ciudad.

La escala de valores prevaleciente en el Quito de entonces, asignó y colocó a los inmigrantes en una categoría de inferioridad y atraso. Por esa razón, se consideró dicho arribo como una especie de invasión contaminante.

Sin duda, esta apreciación, fue consecuencia de una visión prevaleciente en la época acerca del indio. En el proceso de modernización agraria acaecido en la Sierra a fines del s. XIX e inicios del s. XX, se creó un arquetipo negativo sobre el indígena. La apología del progreso técnico, llevada a cabo por los hacendados modernizantes, vinculó al indio con la perversión, la vagancia y la estupidez. El indio fue presentado como borracho, ignorante, incapaz y mal trabajador. Era en suma, una raza proscrita de la civilización, lastre en la construcción nacional y un obstáculo para la modernidad y el progreso. El indio real y coetáneo —mas no el arqueológico, que fue incorporado a los símbolos de la nación— así como su mundo, se constituyeron en antítesis de lo que se entendía por civilización. Entre liberales y conservadores, hacendados y banqueros, curas y abogados, surgieron posiciones que proclamaron —unas veces veladamente o explícitamente en otras—, su destrucción o transforma-



ARRIBA: Indígenas en las cercanías de la plazoleta de San Agustín.

IZQUIERDA: Indio cargando un atado de leña para la venta, 1915. En *Un siglo de imágenes. El Quito que se fue II, 1860-1890*. FONSAL-ANH, 2004.

ción a través del mejoramiento racial y en virtud de las necesidades de la modernización.¹⁵

De esta manera, el viejo racismo colonial se remozó, pasando a constituirse en un discurso hegemónico que se arraigó plenamente en la capital del país; ideología que en los pobladores de mayor raigambre urbana adquirió la dimensión de un racismo práctico, que se expresaba en el lenguaje diario y en actitudes cotidianas. El apelativo *indio* se convirtió por entonces en el mayor de los descalificativos. A partir de entonces y en la política, los conservadores y los sectores aristocratizantes de Quito, echaron mano del mismo para estigmatizar a los presidentes liberales de origen provinciano, con el propósito de marcarlos y humillarlos. Basta recordar que, tanto Alfaro como Ayora fueron calificados de “indios”. Al mismo tiempo, en la vida cotidiana se establecieron símiles que evidenciaban el arraigo del racismo en la población. Según recuerda un testigo de esos tiempos, en la tercera década del s. XX, el pueblo denominó “ayora” a la nueva moneda de 100 centavos por ser prieta y fea, mientras que a la de 50 centavos se le llamó “laurita” —el nombre de la esposa del presidente Ayora— porque era de plata, blanquita y muy simpática.¹⁶ El racismo implicó no solo la descalificación moral sino también estética del indio.

En estas circunstancias, los sectores que se consideraban libres de la contaminación del indio y su mundo, es decir, los sectores dominantes de origen aristocrático y los sectores medios de mayor arraigo en la ciudad, se autodenominaron “gente decente”, para marcar un contraste con quienes portaba la mácula del indio y su mundo. Fue así como surgió el llamado “cholerío”, término con el cual se etiquetó y agrupó a los inmigrantes provincianos —y a los sectores populares en general— para hacer de ellos un grupo descalificado.

15 ARCOS, Carlos, “El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900”, en: *Clase y Región en el agro ecuatoriano*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1986 pp. 273-274.

16 VEGA SALAS, Jaime, *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)*, Gráficas Ortega, Quito, 1996, p. 69.

El norteamericano Albert Franklin, quien visitó el país en la década de 1930, en su descripción sobre la población de Quito, daba cuenta de la existencia de estos dos tipos de gente:

El Quito de la *gente decente* es una ciudad... Esta gente usa zapatos y corbata... El Quito de la *gente decente* quisiera separarse del otro Quito. Se burla y habla con aire de superioridad de lo anticuado y la simplicidad del Quito del pueblo... La gente decente forma un grupo fácil de definir. La manera mejor y más justa de hacerlo, es decir que el grupo se compone de todos los individuos que acostumbran a manifestar de tiempo en tiempo “la gente decente no hace eso” o “Después de todo, somos gente decente”... El principal criterio que guía el gusto de la “gente decente”, es si un artículo, gesto o costumbre dado es o no ecuatoriano... Para esta gente, la música ecuatoriana es un recuerdo de pobreza y, además, es ecuatoriana... Solo es bueno el “jazz americano” y esto siempre que el control del volumen esté tan alto que la música pierda toda sutileza, humor o pathos. Es práctica común entre la “gente decente”, conducir al visitante a la sala y hacerlo aguardar allí. Se espera que utilice sus ojos y vea las importantes estatuas de mármol, la espesa alfombra, las fotografías de Rafael y Lucía en París; se sabe que son de París por el Arco del Triunfo y la inscripción: *Pour Maman, de París*. Una bandera colocada en la pared dice: ‘Feria Mundial de Nueva York, 1939...’¹⁷

La decencia quiso convertirse, de este modo, en un particular status que pretendía monopolizar aquellos valores y prácticas que transmitían un reclamo especial de prestigio, honor o posición social ideal. Ser “decente” en el Quito de entonces consistía en ser: blanco de ancestros coloniales, tener educación y un patrimonio, todo lo cual aseguraba la posesión de los viejos valores aristocráticos de hidalguía, honor y gentileza, terreno propicio donde debían florecer los valores burgueses de honradez y responsabilidad. Estos valores se manifestarían en buenas maneras y costumbres. Lo “decente”, por lo

¹⁷ FRANKLIN, Albert, *Ecuador, retrato de un pueblo*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945, p. 127.



*Dans le creux des mers, plongeant mes pas nocturnes
J'ai compté mes aîeux, devant leur vieille loi,
Ils juraient leurs paradis, je fouillai dans leurs urnes
L'impression sur les flancs des aîeux de chaque roi.
Alfred de Vigny*

- Gangotena. -



ARRIBA: Escudo de armas de la familia Gangotena.

IZQUIERDA: Escudo de armas de la familia Jijón, dibujados por Cristóbal Gangotena Jijón. Fotos: Alfonso Ortiz Crespo.

tanto, estaba relacionado a ciertas actitudes y comportamientos que se consideraban inherentes a las características físicas y genéticas no indígenas.

Al frente de este agrupamiento estuvo una burguesía sui generis, que había logrado conciliar tradición con modernidad, y que hizo las veces de eje articulador de dicho conglomerado. Se trataba de sujetos que habían transitado exitosamente de una situación aristocrática a una burguesa, reconciliando los dos estilos y ethos. Se constituyeron, por lo tanto, en lo que podríamos denominar una burguesía *nobiliaria*, de alcurnia o abolengo. Sin duda, dicha clase portaba y exponía una profundidad genealógica admirable. Muchas familias tenían memoria de sus ascendientes remotos, hasta cuatro o cinco generaciones más allá de sus bisabuelos e incluso desde mucho antes de la época colonial, como fue el caso de la familia Jijón y Caamaño, portadora de un árbol genealógico que se remontaba a la edad medieval europea.¹⁸

La presencia de esa memoria en las familias distinguidas de Quito, se debía en parte, a la transmisión oral y la herencia de bienes como obras de arte, mobiliarios, libros, cuadros, fotografías, cartas y documentos que permitían reconstruir y dar credibilidad a las historias de linaje. En esas circunstancias, era por demás natural que en dicho grupo social existiese un vivo interés por las genealogías, lo que más tarde desembocaría en una inclinación y gusto por la historia, en virtud de la necesidad de establecer la relación entre sus ascendientes y los hechos históricos en los que habían intervenido, ya sea como protagonistas o acompañantes. Es por esta razón, que el estudio y la investigación histórica en el país tuvo entre sus pioneros, impulsores y benefactores a algunos hijos de dichas familias, tal fue el caso de Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea o José Gabriel Navarro, los que promovieron la museografía, entre otras razones, por el interés de preservar los recuerdos de familia.

La burguesía nobiliaria conformó un círculo cerrado y endogámico; persistiendo por lo mismo en una situación de casta colonial. Por su carácter minoritario, su grado de influencia política, accesibi-

lidad al poder y control de la economía, se afirmó como élite social. Por estas razones, dicho grupo marcó las pautas del comportamiento individual, definió el sentido de la decencia y la honra y estableció los patrones de la distinción.

La figura de don Jacinto Jijón y Caamaño empresario, mecenazas, filántropo y líder político, en fin, burgués y aristócrata, constituyó un paradigma de aquella élite social quiteña. Como aristócrata siguió asumiendo su condición de hombre de linaje y, por tanto, reivindicando su nobleza, al mismo tiempo que supo adaptarse de manera exitosa a las exigencias del capitalismo, consolidándose como un moderno empresario textilero y financista. De él diría un preclaro intelectual conservador de la época: “Un representante de las fuerzas de la tradición y el genio del progreso. Se arraiga en el pasado, pero para vivificar el futuro con las más puras esencias espirituales”.¹⁹ Jijón y Caamaño logró reconciliar tradición y modernidad, paternalismo aristócrata y espíritu emprendedor burgués, y en esa empresa jamás perdió el signo de su casta señorial: la nobleza, ni sus valores aristocráticos: honor, hidalguía, gentileza, catolicismo ejemplar y espíritu caritativo.

Al conglomerado de la gente decente, también se adhirieron los sectores populares de mayor raigambre en la ciudad, seducidos por la parafernalia que desplegó la burguesía nobiliaria y permeados completamente por su discurso sobre la decencia, la civilización y el progreso. Sin embargo, tal adhesión estuvo motivada por un interés concreto: enfrentar las ansias y anhelos de los recién llegados que en su afán de alcanzar sus metas, disputaban a los quiteños los diversos mecanismos de promoción y movilidad social. De no hacerlo, la amenaza de quedar relegados era demasiado previsible. De esta manera, entre los pobres de la primera mitad del s. XX: quiteños por un lado y provincianos por otro, se produjo una rivalidad y competencia encarnizada. Del primer grupo y al calor de dicha pugna, surgió el llamado *chulla*. Término de origen kichwa que significa “no más de uno” y que se usó para designar a aquellos mozos de vecindario pobre, como los

18 Jacinto Jijón y Caamaño, Ascendentes de Jacinto Jijón y Caamaño y Barba, nacido en Quito el 31 de marzo de 1944.

19 TOBAR DONOSO, Julio, “Introducción” al libro Jacinto Jijón y Caamaño, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Quito, Ecuador, 1960, pp. 14.

definió Jorge Icaza. Estos sujetos, afirmaron su pertenencia a la ciudad frente a los forasteros, apropiándose de un término que había surgido como un apelativo peyorativo, impuesto desde los sectores altos.

En efecto, la expresión “chulla leva”—equivalente a “apenas una chaqueta”— surgió como un insulto, con el que la alta sociedad pretendía etiquetar a los jóvenes burócratas de origen popular del último tercio del s. XIX, quienes empezaron a adquirir un considerable protagonismo en la vida pública y social de la época. A fines del s. XIX Modesto Espinosa, uno de los más lúcidos intelectuales de la aristocracia quiteña de ese entonces, sector social receloso de la presencia y protagonismo de los chullalevas, se refería a ellos con evidente animadversión y sarcasmo:

Forman la clase media los chullalevas más repugnantes y odiosos; legistas de baja ralea, sus compinches tinterillos, algunos amanuenses de abogados liberales, tagarotes, cobradores de créditos por un tanto por ciento... Falange hambrienta, cruel y desnaturalizada, y tan insolente y audaz, como desnaturalizada, cruel y famélica. Chullalevas en el sentido estricto de la voz, tienen una sola levita perdurable: limpio, por regular, el cuello de la camisa que no se ve... Se tropieza con ellos en el despacho de la Policía, en los de los jueces parroquiales, en las oficinas de los escribanos, en el zaguán y los bajos del Palacio de Justicia; y algunas veces descubren las orejas hasta en la puerta del Excmo. Tribunal Supremo! [...] Estos son los principales adalides de la política activa: en días de elecciones, ellos disputan a la gente honorable el acceso a las urnas electorales, y son los acarreadores de soberanos para el triunfo de los principios encarnados en la pléyade radical ... Estos son los que a la primera noche van por las calles y portales repartiendo líbelos infamatorios y papelejos sediciosos... éstos son los que más tarde ensucian las paredes con letreros infames, fijan inmundos pasquines en las esquinas y recorren la ciudad despedazando faroles y vidrieras, y gritando a las voces con voz aguardentosa: ¡viva Alfaro!²⁰

20 ESPINOZA, Modesto, *Artículos de costumbres*, Clásicos Ariel, N° 52, Guayaquil, s.f., pp. 153-157.



Un chulla típico en el Quito de 1923, El Chulla Quiteño; *Nacimiento, vida y agonía de un prototipo ciudadano*, Jurado Noboa, Fernando, SAG, Volumen 60, 1991.

Inmerso en una lógica de discriminación —de la cual el mismo fue víctima—, el chulla reaccionó de una forma peculiar, que en términos políticos bien podría ser tachada de reaccionaria, pues trató de enfrentar aquella humillación, uniéndose a los discriminadores para discriminar. Dicho en otras palabras, buscó obsesivamente inclusión y reconocimiento por parte de la gente decente, al mismo tiempo que luchó denodadamente por distanciarse de los provincianos de escasos recursos a quien despreciaba y ofendía. A pesar de su proximidad económica y étnica, se distanció de aquellos, buscando ocultar su ascendencia indígena y su condición de pobre. De esta manera, el chulla se convirtió en una especie de desertor sociocultural y un sujeto políticamente inconsistente, desarrollando una psicología compleja marcada por la alienación y el desgarramiento. En dichas circunstancias, alcanzó un alto protagonismo en la vida cotidiana de la primera mitad del s. XX, al punto de convertirse en ícono popular y arquetipo del quiteño de entonces.

Las identidades discriminadas: cholos, chagras y longos

El estereotipo de *gente decente* se afirmó en contraposición a las etiquetas *cholerío* y *longocracia*; apelativos contruidos por quienes se arropaban bajo el primero, para designar a quienes se consideraban manchados por el indio y su mundo.

La presencia en la urbe de inmigrantes indígenas y mestizos —de origen rural y pueblerino— impulsó la revitalización de los términos *cholo* y *longo* que procedían de épocas anteriores. Las primeras evidencias del uso de la palabra *cholo* provienen de finales del s. XVI, habiendo sido utilizado por cronistas indígenas como El Inca Garcilaso y Guamán Poma de Ayala. El primero escribía: “al hijo de negro y de india o de indio y de negra, dicen mulato y mulata. A los hijos de éstos llaman *cholo*, es vocablo de las islas Barlovento, quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos gozones; y los españoles usan del por infamia y vituperio”.

Asimismo, Guamán Poma de Ayala utilizó en su crónica constantemente la palabra “cholo” y “chola” para denominar a los hijos de negros o españoles en mujeres indígenas:

Cómo las dichas mujeres andan... cómo las justicias mayores y Padres de las confesiones y de la doctrina, encomendados y todos sus hijos y hermanos españoles y sus negros están amancebados con las indias y así salen muy muchos *mesticillos cholos y cholas* mala casta, aprenden de ellos las dichas indias...²¹

La palabra *cholo* aparece también en el *Vocabulario* aymara de Bertonio. Allí consta el término “chhulu” equivalente a mestizo. Palabra que aparece por lo general añadida a *anocara*, es decir: *chhulu anocara* que servía para designar “al perro mestizo de un mastinazo y perrillo”, lo que confirma la apreciación de Garcilaso.

El antropólogo cubano Fernando Ortiz, señala algunas hipótesis sobre el origen del término. La palabra “chulo” habría significado “perro” entre los indios de Nicaragua y aún seguiría utilizándose en Cuba, sobre todo en diminutivo, para significar “perrito”. No obstante, podría haber llegado a América con los españoles y tener un origen africano. Probablemente se derivó de la palabra: “xulo” o “sulo” que los negros mandingas utilizaban para designar a los perros. En la plaza de toros de Sevilla, los negros matarifes llamaban a los canes que ayudaban al encierro de los toros “chulos”; de ahí que con el tiempo los mozos del matadero y la plaza fueran llamados con el mismo vocablo.²²

Si Ortiz está en lo cierto, el término “cholo” no es propio del Mundo Andino. Habría sido introducido por los españoles, generalizándose su uso a finales del s. XVI. Desde entonces, los españoles y la aristocracia indígena, echarían mano del vocablo para llamar a los hijos de españoles con mujeres indígenas, en una clara intención de desairar y estigmatizar.

Al avanzar la colonia, dicho término se empleó para definir a un tipo de mestizaje racial específico. En efecto, a mediados del s. XVIII, en las llamadas clasificaciones pigmentocráticas, la palabra *cholo* se usó para designar al hijo de mestizo e india. En la “Tabla de las clases

21 Citados por VARALLANOS, José: *El cholo y el Perú*, Imprenta López, Buenos Aires, 1962, p. 21.

22 Ídem.

y generaciones de Lima” incluida en el *Compendio Histórico, Geográfico del Perú* de don Gregorio de Cangas se lee: “De español e india, resulta mestizo real; de mestizo real e india resulta cholo; de cholo e indio, mestizo común”.²³ Sin embargo, al intensificarse la micigenación racial y, sobre todo, las aculturaciones, el establecimiento de las llamadas “castas” raciales terminó por convertirse en una labor imposible. En el siglo XIX, desde Ecuador a Argentina, el término *cholo* ya se usaba para llamar a los mestizos en general. Con este significado lo utilizó Villavicencio en 1858 en su *Geografía de la República del Ecuador*:

Las razas principales que hay en el Ecuador son, la caucásica o europea, la negra o africana, y la americana, cuyos caracteres distintivos no nos detendremos a describir porque son muy conocidos. De la mezcla de las tres razas nacen otras subrazas que se distinguen con los nombres de *mulatos*, *zambos*, *mestizos* o *cholos*: los primeros nacen de la unión de negro e indio, los segundos de negro y blanco; y los terceros de blanco e indio.²⁴

Igualmente, los visitantes extranjeros en la primera mitad del s. XX utilizaron la voz “cholo” como sinónimo de mestizo. En 1907 el alpinista alemán Hans Meyer destacaba junto a los “peones indios de poncho y sombreros grises de fieltro” y los “muchos blancos de paletot y bastón” que se encuentra en las calles de Quito, a los “cholos mestizos”.²⁵ Más tarde, la turista norteamericana Blair Niles, a inicios de la década de 1920, señala: “El cholo a nuestro modo de ver, reúne y compendia en sí las buenas ejecutorias y ventajas de las dos razas: de sus antecesores los indios y de sus conquistadores los españoles”.²⁶

23 Citado por VARALLANOS, op., cit., p. 29.

24 Citado en: CARVALHO-NETO, Paulo De, *Diccionario del folklore Ecuatoriano*, Editorial de la Casa de la Cultura, Quito, 1964, p. 178.

25 MEYER, Hans *En los altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, Vol. 3, Abya-Yala, Quito, 1993, p. 410.

26 NILES, Blair, *Correrías casuales en el Ecuador*, en Colección Tierra Incógnita, vol. 18, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1995, p.104.

Sin embargo, en el Quito de la primera mitad del s. XX, el término “cholo” tuvo una acepción racial más específica; sirvió para denominar a los mestizos de rasgos indígenas. Esa fue la acepción que usó Icaza para describir a ciertos individuos cuyas facciones (“bigotes ralos de chino”; “ojos negros y rasgados a lo mongólico”) y color de la piel (“color de cholo de tierra fría”) permitían asociarlos con el fenotipo indio.²⁷

Por esa razón, la condición de cholo se asumió con una actitud vergonzosa. De acuerdo a los valores prevalecientes en la época, el mestizaje que implicaba lo cholo se percibía como una mancha. De ahí que casi no existan casos de apropiación del término por los propios aludidos, es decir, para usarlo como autocalificativo grupal. En la literatura icaciana aparece solo de manera excepcional y en casos muy aislados, referidos sobre todo a ciertos cholos en el ámbito rural. Para el caso de otros escenarios urbanos, existen ciertos indicios de recuperación del término, como sucedió en la ciudad de Ambato. Al parecer algunos grupos socialistas de dicha ciudad como la Asociación Revolucionaria Ideológica Ambateña, recuperaron y reivindicaron la palabra *cholo* en oposición a aristocracia.²⁸

El déficit de apropiación de dicho apelativo se explica, sin duda, por su evidente carga peyorativa y estigmatizante; connotación que no se superará en los tiempos posteriores. De ahí que, investigaciones realizadas en las décadas de 1970 y 1980 en la sierra norte, establecieron que muy pocas personas se autodenominan “cholos”, existiendo incluso en éstos, una resistencia a autocalificarse de dicha manera.²⁹

Quizá la única excepción, es decir, su uso positivo, se dio de manera restringida en el ámbito familiar. En el Quito de los años treinta y, dentro de las capas medias, fueron frecuentes expresiones como éstas:

27 Ver las novelas de Jorge Icaza, *En las calles*, Editorial El Conejo, 1985, pp. 17, 55; y *Cholos*, Colección Antares, Libresa, 1990, p. 105.

28 IBARRA, Hernán, *Indios y cholos, orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, Colección 4 suyos, Quito, El Conejo, 1992, p. 34.

29 STUZMAN, Ronald, “El mestizaje una ideología de exclusión” en: N. Whitten (edit.) *Transformaciones culturales y etnicidad en la sierra ecuatoriana*, USFQ, Quito, 1993, p. 57.

—¡Hola, mi cholo lindo! ¿Qué tal, cómo estas, cómo has pasado?
—Muy bien cholo querido...³⁰

Otras veces se lo usaba en su forma diminutiva: “cholito”. Solo en estas contadísimas ocasiones, el término parecía liberado de su carga peyorativa, siendo tolerado como apelativo.

Junto con aquel término, se reactivó otra palabra que los quiteños de la primera mitad del s. XX utilizaron para denominar a ciertos segmentos de la población inmigrante: el término *longo*.

La génesis y etimología de este vocablo no ha sido estudiada con el detenimiento y profundidad que se ha dedicado a la voz *cholo*, debido entre otras circunstancias, a que su empleo fue y es muy restringido dentro del contexto andino. Al parecer su uso es propio de los Andes del Ecuador y, específicamente, de la subregión centro-norte. De todas maneras, es posible que el término provenga del latín (*longus*, largo)³¹, ya que en el kichwa no existe el sonido o fonema que se representa con la letra “l”. Por esta razón, no aparece en los antiguos vocabularios de la lengua kechwa ni en los diccionarios actuales de las versiones dialectales que se hablan en Perú o Bolivia. La palabra, en cambio, ya aparece en los vocabularios del dialecto que se habla en los Andes del Ecuador desde fines del s. XIX, sobre todo, en aquéllos que se refieren al habla del centro-norte de la sierra. Allí es posible encontrarlo con el significado de indio joven o mozo.³²

Al parecer dicha acepción fue frecuente en la segunda mitad del s. XIX. Según el historiador Pedro Fermín Cevallos, el término *longo*, en el mundo rural, se aplicaba por entonces a los indios “que todavía

30 GARCÍA MUÑOZ Alfonso, “Soñar no cuesta nada” en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, 1990 pp. 267.

31 TOBAR DONOSO, Julio, *El lenguaje rural en la región interandina del Ecuador*, Publicaciones de la Academia Ecuatoriana, Quito, 1961, p. 175.

32 La palabra “longo” aparece en el vocabulario de M. GRIMM, Juan, *La lengua Quichua (Dialecto de la República del Ecuador)*, publicado en 1896 y en la gramática de GUZMÁN, Manuel, *Gramática de la Lengua Quichua*, publicado en 1920. En el diccionario Kichwa de CORDERO, Luis no aparece debido a que se circunscribe a la versión Kichwa de las provincias del sur de la sierra ecuatoriana.

no llegan a diez y ocho años” o a quienes “no han servido todavía de alcaldes de doctrina, ni gastado como sacerdotes”.³³

En esa misma época, en el ambiente urbano de Quito, se solía llamar “longos” a los niños que se criaban en las casas señoriales con el propósito de educarlos para sirvientes cuando llegasen a adultos, mientras tanto se desempeñaban como compañeros de juego, y sirvientes de los niños de las familias de alcurnia, las veces que no acompañaban a las damas a la iglesia o en sus salidas de visita; ocasiones en que solían llevar las alfombras para que sus señoras posaran sus delicadas rodillas o sombrillas para protegerlas de los inclementes rayos solares. Al parecer, esta servidumbre infantil fue de diversa condición racial: indios, mestizos, negros o mulatos.³⁴ Por entonces, el término “longo” fue apropiado plenamente por indios y cholos, quienes empezaron a utilizarlo para llamar a sus propios hijos, niños u adolescentes, de uno u otro sexo.

Con la presencia cada vez más permanente de inmigrantes interioranos en el Quito de la primera mitad del s. XX, el término fue retomado por la sociedad receptora, especialmente por los estratos medios y altos, como un apelativo más para denominar y estigmatizar a los indígenas inmigrantes. Sin embargo, una lectura más minuciosa de la literatura costumbrista, ensayística o de relatos de viaje, permite establecer que el término designaba a un conjunto de la población indígena con cierto grado de aculturación urbana.

Cuando el colombiano de origen italiano Antonino Olano llegó a la ciudad de Quito en 1914, realizó una interesante descripción de los estratos inferiores de la sociedad. Entre el último escalón social, conformado por los indios zámbez —que se desempeñaban en los quehaceres domésticos y el servicio del aseo municipal—, y el de los *cholos* o mestizos —que hacían por lo general de obreros y artesanos—, colocó a los albañiles, procedentes del campo y otras pobla-

33 NETTO-CARVAHLO, Paulo, *Diccionario Folklórico del Ecuador*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1964, p.268.

34 HASSAUREK, Fedrich, “La servidumbre doméstica” en: *Quito según los extranjeros*, segunda edición, Colección memoria, no. 1, Taller de Estudios Andinos, Quito, 1998, pp. 158.

ciones vecinas de la capital. El viajero colombiano advertía que aquéllos llevaban el cabello recortado y usaban pantalón largo; elementos considerados “signos de supremacía”. Olano indica que son aquellos a quien el ejército suele llevárselos para engrosar sus tropas, sin que ocurra lo mismo con los indios de Zámbez.³⁵

Más tarde en la década de los años cuarenta, el sociólogo Ángel Modesto Paredes, al referirse al indígena en la ciudad señala: “Cuando acude a la ciudad se encarga de los más bajos menesteres, constituyendo un ascenso en su nivel el trabajo de albañilería y los pocos casos de empleo en las fábricas”.³⁶

En la década de los años treinta, Alfonso García Muñoz, el inventor de la estampa quiteña, usa los términos “longo” y “longa” para referirse a ciertos albañiles y sus esposas que liban y bailan en una de las guaraperías del Panecillo. Asimismo, utiliza el término “longocra-cia” para denominar a los sectores populares y trabajadores de bajo estatus: cargadores, albañiles, sirvientes, porteros, mensajeros, etc. que proliferaban en las calles del Quito de entonces.³⁷

A partir de estas evidencias, se advierte que en la primera mitad del s. XX, el término “indio” se utilizó para llamar a los indígenas que llegaban de manera temporal a la ciudad sin abandonar su residencia en el ámbito rural, fueran éstos: los indígenas zámbezos o los nayones; los que llegaban a la ciudad para prestar servicios domésticos temporales en las casas señoriales (huasicamas, cocineras, etc.); o acudían a los mercados en los días de feria para vender sus productos. Por su parte, el término “longo” se usó para indicar al indígena que se había instalado de manera definitiva en la ciudad y, que por lo mismo, participaba de un grado incipiente de aculturación a juzgar por su indumentaria y otros comportamientos que se analizarán más adelante.

A medida que avanzaba el s. XX, el vocablo “longo” se hizo muy usual en la ciudad, pasando de designar al indígena instalado de ma-

nera definitiva en la urbe y que ya no vestía con su indumentaria original, a su función de estigma, utilizado con el propósito de etiquetar a los sectores populares urbanos que presentaban claros rasgos físicos que se consideraban indígenas. Con esta última acepción, el término se afirmó en Quito, manteniéndose hasta la actualidad, como uno de los mayores insultos descalificadores.

35 OLANO, Antonio, *De Popayán a Quito. Impresiones de viaje*, Tip. y Encuadernación Salesianas, Quito. 1915. pp. 149-150.

36 MODESTO PAREDES, Ángel, *Pensamiento sociológico*, Biblioteca Básica del Banco Central del Ecuador, vol. 6, 1981, p. 341.

37 GARCÍA MUÑOZ, Alfonso, *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Quito, Imprenta de Educación, 1937, p. 181, 132.

LA DISTINCIÓN Y LA SEGREGACIÓN

El buen gusto

Los sectores dominantes son quienes elaboran e imponen los sistemas clasificadores y enclasantes.³⁸ En Quito, la burguesía nobiliaria construyó una taxonomía social y moral para encasillar a los diversos grupos etnosociales de la ciudad, a partir del criterio de *decencia*. Gracias a este parámetro se definieron dos grandes grupos: *la gente decente* y el *cholerío*, en razón de las marcas raciales, el origen de procedencia, los rasgos culturales y la posición económica. En relación con tal segmentación, se clasificaron los bienes y las prácticas en: *refinadas* y de *mal gusto*, *distinguidos* o *vulgares*; bienes y prácticas que adquirieron una función jerarquizante.

De esta manera, los ricos con linaje asumieron la *decencia* como el rasgo que los definía, identificando tal atributo con cultura, al mismo tiempo que se proclamaron representantes del *buen gusto* es decir, del gusto dominante de la época.

En la primera mitad del s. XX, las perspectivas de apreciación del mundo se ampliaron entre los sectores altos, debido a la regularidad de sus viajes a Europa y al beneficio del libre flujo de información, posibilitado por el arribo del cinematógrafo o la libre importación de libros, textos, revistas y folletines —propiciada por el liberalismo—, todo lo cual impulsó su cambio de mentalidad. A partir de entonces se afirmó una actitud cosmopolita que tomó en primer lugar, lo francés y luego lo norteamericano, como referentes de estilo de vida. Opción que era de esperarse debido a que Francia había sido, desde la segunda mitad del s. XIX, el destino preferido de los viajes y el lugar en donde muchos jóvenes de la elite social concluían sus estudios y comprometían sus futuros matrimonios dentro del cerrado círculo de

residentes ecuatorianos de alcurnia. Por esa razón muchas parejas de la alta sociedad se habían conocido en Francia, según se publicitaba en sus partes matrimoniales.

Una marcada francofilia definió el gusto de los sectores altos quiteños en las primeras décadas del s. XX. Por lo general, sus miembros hablaban perfectamente el francés, al mismo tiempo que la vestimenta y la comida francesas fueron plenamente incorporadas a sus modos de vida. De ahí que el apelativo “parisiense” se utilizó en el Quito de entonces para destacar la belleza, donaire y refinamiento de las señoritas de alta sociedad.

La excesiva francofilia dio lugar al *gusto exquisito* del que presumían ser sus portadores aquellos jóvenes escritores pertenecientes a las familias bien de la ciudad, como fue el caso de los poetas decapitados y otros escritores modernistas —que se agruparon en torno a revistas literarias como *Caricatura*—. Todos ellos se proclamaron portadores del *esprit français*, que potencializaba una nueva actitud: el disfrute de la vida, hecha de un goce refinado y burgués. Disponer de un *gusto exquisito* equivalía por tanto a ser elegante y gourmet, conocer de música académica, tener sensibilidad frente al arte, rodearse de objetos hermosos, flirtear y gozar de una lectura adecuada. El cultivo de las artes plásticas, la música, la literatura y demás expresiones de la alta cultura en el Quito de inicios del s. XX, se constituyeron en lugares ganados gracias a una ruta seguida en pos de la distinción.

En definitiva, el buen gusto de los sectores altos quiteños se expresó sobre todo en la elegancia del vestido o lo *chic*, la etiqueta en el trato entre iguales y lo que se llamó *saber vivir*; concepto establecido a partir del confort residencial, el refinamiento gastronómico, la práctica de *sports* y pasatiempos de moda. Desde la perspectiva de estos sectores sociales, asumir tales comportamientos y hacer uso de los bienes y lugares derivados de ellos, garantizaba la constitución de un estilo de vida que se suponía inalcanzable para las capas medias de la ciudad, al mismo tiempo que se buscaba imponer una absoluta diferencia con la plebe vulgar e incivilizada, y la rusticidad del mundo rural y provinciano.

38 BOURDIEU, Pierre, *La Distinción, criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1998, p 229.

Lo Chic y el porte señorial

Desde la época colonial, la elite social de Quito siempre vistió al estilo europeo, sin embargo a inicios del s. XX se inició una evolución por cuestiones de moda. A partir de entonces, se implantó una nueva costumbre entre los sectores altos: el cambio frecuente de ropaje, considerado en tiempos anteriores como un lujo excesivo.³⁹

Para la burguesía consolidada y para los candidatos a burgueses, la moda francesa se constituyó en el referente del buen vestir, en tanto otorgaba elegancia, es decir, gracia y distinción. Ya no importaba lucir trajes caros y lujosos —como ocurría en la época colonial y decimonónica— sino evidenciar a través del vestido el refinamiento, el progreso y la civilización, ingredientes fundamentales del nuevo gusto burgués. En ello radicaba el contenido central del concepto *chic*. “Ser *chic*” equivalía por tanto a “tener clase”, esto es, saber comportarse de acuerdo al alto escalafón heredado o ganado en la jerarquía social.

Desde inicios del s. XX, la pasión por vestir a lo francés, en los sectores altos quiteños, fue vista como un exceso por los visitantes extranjeros que llegaron a la ciudad. Así por ejemplo, el viajero colombiano —de origen italiano— Antonio de Olano, destaca que las clases altas exageraban “las características de la moda parisien”.⁴⁰ Para entonces, los *dandis* criollos habían abandonado para siempre las capas castellanas y en su reemplazo usaban el *macfarlán*; gabán sin mangas y con esclavina de lisos tonos de murciélago con reversos de terciopelo azul, o el *chaquet*; leva que en Europa solía usarse solo en las grandes solemnidades, pero que en el Quito de entonces, se convirtió en prenda de uso diario. Las mujeres por su parte, usaban descomunales sombreros empenachados de caprichosísimos plumajes, pieles sobre los hombros en substitución de la tradicional manta quiteña y perfumes parisinos que reemplazaron a la “modesta y dulce zona agua de Kananga” que usaban las señoras en el s. XIX.⁴¹

39 VÁSQUEZ, María Antonieta, “Familia, costumbres y vida cotidiana a principios del s. XX”, *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 9, Corporación Editora Nacional/Grijalbo, Quito, p. 220.

40 OLANO, Antonio, *De Popayán a Quito. Impresiones de viaje*, Tip. y Encuadernación Salesianas, Quito. 1915, pp. 148-149.

41 ANDRADE, Raúl, *El perfil de la Quimera*, Ed. Casa de la Cultura, 1977, p. 85.

En estas circunstancias, las sastrerías adquirieron una presencia relevante en la ciudad. A la vez que se popularizaron los salones de modas, como el de Madame Puig, que ofrecía modelos de París. Al mismo tiempo, se difundieron ampliamente instrucciones y consejos para usar de manera distinguida o correcta las nuevas prendas. Por ejemplo, Beatriz Galindo en un artículo aparecido en el N° 18 de Caricatura del 13 de abril de 1919, luego de hacer una extensa clasificación de los sombreros de dama, hace énfasis en aprender a usarlos como las francesas, quienes son, según la autora, las únicas que saben ponerse bien el sombrero, ya que eligen correctamente el peinado adecuado que le sirve de base y sostén, al mismo tiempo que los lucen de acuerdo a su color, forma o textura, buscando la armonización del sombrero con el traje.

Para completar el aspecto *chic*, la burguesía nobiliaria usaba a inicios de siglo, bastones que en algunos casos ocultaban afilados estiletes de acero en sus puntas, grandes puros vueltabajeros y, más tarde, cigarrillos, publicitados como signos de elegancia en los anuncios comerciales de la época.

Lucir elegante o *chic* tenía una clara función distintiva, en tanto otorgaba reputación o *clase*, es decir, distanciamiento de los grupos subalternos a la vez que producía en éstos fascinación y seducción. La elegancia de la vestimenta definía la condición de *caballero* y la aspiración de ser o parecer caballero se constituyó, en la primera mitad del s. XX, a decir de Raúl Andrade, en el culto de la vida quiteña: “Ser caballero, vivir como caballero, caminar como caballero constituían a manera de un trípode sagrado en el que se asentaba la respetabilidad del individuo”.⁴²

Pero además, lo *chic* —que llevaba implícito la existencia de valores morales como la pulcritud—, garantizaba belleza. Sin embargo, esta “belleza” tenía una clara connotación racial, en tanto se conseguía a partir de la acentuación y realce de las pieles pálidas que definían al fenotipo de los sectores de origen aristocrático, gracias a la elección de trajes de tonos grises y oscuros como aconsejaban

42 ANDRADE, Raúl, “Elegía de la chullita” en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, T. 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, 1993, p. 15.

los principios de la moda. Al mismo tiempo, los trajes bien cortados y ceñidos crearon, afirmaron y promovieron la imagen e idea de esbeltez. El estereotipo de la mujer rellena como bella, que había predominado hasta el siglo XIX fue quedando atrás. Blancura y esbeltez se convirtieron, a partir de entonces, en los valores estéticos fundamentales de dicha elegancia y los elementos en que se apoyaba la fascinación o el glamour de lo que por entonces se llamó el *porte señorial*.

El Saber Vivir

Otro componente fundamental del buen gusto de los sectores altos quiteños fue lo que ellos mismos definieron como *saber vivir*. Esta noción se apoyaba básicamente en los conceptos de lujo, limpieza y confort burgués.

El *saber vivir* se asoció con el pleno bienestar doméstico y fue asumido como un patrón de comportamiento civilizado, contrario a la barbarie y en estrecha relación con la ciudad, sede de la civilización y de los valores culturales blanco-mestizos. La idea del bienestar doméstico apareció en Quito a fines del s. XIX en el discurso de los primeros higienistas que expresaban que la “casa donde reina el aseo es la morada de la salud”; aseo que se asociaba con el orden, la bondad, la dulzura, la luz y la claridad.⁴³

En virtud de dicha idea se inició la modernización de los patrones arquitectónicos, que implicó la modificación formal y funcional de la arquitectura residencial de los grupos de mayores recursos, la misma que tomó a la casa o mansión de tipo francés o italiana como modelo, evidenciando la obsesión de la elite social por imitar patrones de vida y formas de habitar europeas.

Fue así como se introdujeron nuevos criterios arquitectónicos para impulsar un cambio de los estilos de vida y fueron precisamente las edificaciones que se construyeron al norte de la ciudad, a partir de la década de 1920, los mejores ejemplos de aquellas nuevas concepciones. La arquitectura contribuyó a modificar los modelos de fa-

43 Artículo: “Higiene Social”, Anales de la Universidad Central, No 13, mayo-noviembre de 1888, pp186-222.



Chalet del Sr. Damián Miranda, en Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha, 1922. Foto: J.D. Lasso.

milia y estableció un claro contraste con las moradas de los sectores populares y medios.

En los llamados chalets y villas se estableció una clara diferenciación de los espacios, lo que respondía a criterios sociales, morales y técnicos, como por ejemplo: la separación de los espacios de los niños y las niñas, y los destinados a la servidumbre y los de la familia; la desvinculación de los lugares destinados a la preparación de los alimentos del ritual privado de la alimentación; y, el distanciamiento de los dormitorios con respecto a los salones. Éstos últimos fueron muy importantes en la construcción de la imagen pública. En la llamada “sala”, la familia se ofrecía a manera de espectáculo ante sus huéspedes, exponiendo sus mejores pertenencias como las arañas de cristal que pendían del techo, o la vajilla de plata que se exhibía en los aparadores.

Evidentes ejemplos de este tipo de mansiones fueron: La Circasiana de la familia Jijón y Caamaño (Hoy Instituto Nacional de Patrimonio Cultural); la villa Susana (Hoy Ministerio de Relaciones Exteriores); la casa de la familia Barba, ubicada en la Av. 12 de octubre



ARRIBA: Palacio Municipal, *Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha*, 1922. Foto: J.D. Lasso.

DERECHA: Pasaje Royal, *Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha*, 1922. Foto: J.D. Lasso.

y 18 de septiembre, o la casa que pasó a ser sede de la Orquesta Sinfónica Nacional. En estas viviendas, el patio central desapareció y en su lugar se incorporaron amplios jardines. En el ingreso principal, se destacaban gradas de pocos peldaños, columnas tipo griego empuqueñecidas a escala de la casa, estatuas y jarrones en el remate de los pasamanos y cornisas decoradas con molduras de estuco y ladrillos. En los interiores sobresalía un vestíbulo o recibidor y una piscina en ciertos casos. La sala, la cocina y el comedor poseían independencia. Los dormitorios se encontraban en la planta alta y los baños eran amplios y con tina.⁴⁴

Este tipo de viviendas revelaban, sin lugar a dudas, la pasión de posesión y apropiación del mundo. La exuberancia de los jardines e



44 DEL PINO, Inés, "Sobre la arquitectura quiteña: 1820-1922", en: *Arquitectura de Quito, una visión histórica*, Serie Quito, N° 8, Dirección de Planificación, I. Municipio de Quito, Quito, 1993, p. 136.

invernaderos, expresaba el deseo de apropiarse de la naturaleza. La acumulación de cuadros y pinturas, así como las colecciones de música grabada, evidenciaban el deseo de apropiación del arte; la custodia de recuerdos de familia o viajes, indicaba un deseo de apropiarse del tiempo; mientras que la acumulación de bibliografía que describía el planeta, y las revistas ilustradas, mostraban el deseo de apropiación del mundo a través de los libros. Bibliotecas como la que poseía don Jacinto Jijón y Caamaño en la Circasiana, de aproximadamente 300.000 volúmenes, abrían la casa al mundo y lo encerraban dentro de ella.

Al mismo tiempo, muchas residencias antiguas, ubicadas en el centro de la ciudad, fueron retocadas bajo el nuevo gusto imperante, de modo que los patios centrales se convirtieron en jardines. Sus fachadas incorporaron cornisas de estuco y balcones; se colocaron mamparas que daban a corredores, a la vez que los cielos rasos de barro y caña se reemplazaron por tumbados metálicos importados.

El *buen gusto* arquitectónico se expresó no solo en la construcción de residencias sino también en la edificación pública y civil. El gobierno central, el municipio y ciertos empresarios emprendieron una serie de construcciones que siguieron modelos neoclásicos franceses e italianos, diseñados por arquitectos italianos o nacionales que habían estudiado en Europa. Las fachadas de dichos edificios incorporaron columnas estriadas, tímpanos, guirnalda, mascarones, motivos escultóricos, escudos de armas. En ellas se destacaban amplias ventanas, que rebelaban una avidez por la luz natural. En lugar de patios interiores, se colocaron lucernarios o cubiertas de metal y vidrio que le otorgaron un aire de fastuosidad a las gradas de ingreso, decoradas con pinturas y esculturas.⁴⁵

Un símbolo de este nuevo tipo de arquitectura y de los valores burgueses afrancesados imperantes fue el *pasaje*. Siguiendo la moda de París, el pasaje, una especie de paseo-jardín interior que daba cabida a una serie de comercios y servicios (café, bares, cinematógrafo), se constituyó en uno de los espacios de ocio más distinguidos

y de consumo suntuoso. Si en París los pasajes fueron sitios abiertos al público mundano, en Quito se convirtieron en lugares distinguidos, y por tanto, exclusivos y excluyentes. Los principales pasajes que se levantaron por entonces fueron: El Royal construido entre 1912 a 1914, el pasaje Baca edificado a partir de 1913 y el pasaje Tobar terminado en 1920.

La reforma arquitectónica que experimentó la ciudad estuvo acompañada de la construcción de infraestructura urbana y elementos de ornato como piletas o aceras. Este impulso constructivo obedeció a una política claramente delineada que se denominó “embellecimiento de la ciudad”, y que se implementó a partir de 1926, cuando se creó una Junta para tal propósito y que tuvo como presidente a Don Jacinto Jijón y Caamaño.

Parte consustancial del *saber vivir* fue el refinamiento gastronómico, como una clara manifestación del consumo suntuario, y que estuvo estrechamente vinculado al incremento de la oferta de alimentos procesados e importados, los que irrumpieron en el mercado local a partir de la llegada del tren a la ciudad. Una gran variedad de enlatados de origen español e italiano (conservas de salmón y atún) así como vino francés y demás golosinas europeas, llenaron los escaparates de los almacenes o bodegas de entonces. Bodegas como las del Sr. Latorre, ubicada en las calles García Moreno y Rocafuerte, se convirtieron en las décadas de los treinta y cuarenta, en los sitios preferidos de provisión de los sectores altos, capaces de gastar en una sola visita la cantidad de 200 sucres; equivalente al mes de sueldo de un funcionario de escalafón mediano.⁴⁶ La venta de este tipo de mercancías, no estaba dirigida a un público consumidor amplio e indiferenciado sino a la *gente decente* o *chic*. Los sectores populares consumían productos masivos y de forma anónima, mientras que los de la élite estaban sujetos a una publicidad que contribuía a distinguir y a diferenciar.

El refinamiento gastronómico se desarrolló a la par de la constitución de clubs de alta sociedad y del apareamiento de restau-

45 Ibid., p. 122.

46 VEGA, Jaime, op., cit., p. 87.

rantes en los hoteles modernos, que ofrecían platos gourmet, especialmente pertenecientes a la comida francesa. Otro factor, coadyuvante de dicho refinamiento, fue la enseñanza de alta cocina que se impartía a las señoritas de las familias distinguidas en su proceso educativo. Esta cocina encontró en la tradición culinaria criolla un terreno propicio para su desarrollo pues, desde la colonia, las mujeres habían cultivado con esmero dicha tradición. Baste recordar la elaboración de confites y helados, por los cuales las mujeres de Quito eran alabadas por los extranjeros en el s. XIX, o la famosa preparación del *rosero* en torno al cual se desarrolló todo un ritual de cohesión social entre las familias distinguidas. Sucedió que en la celebración del Corpus y, entre aquellas familias, solían convidarse unas a otras con dicha bebida. El *rosero* se enviaba con las sirvientas de casa, en valiosas y gruesas garrafas de cristal de roca, o en artísticos jarrones. Las matronas de la alta sociedad dirigían a las cocineras para garantizar su óptima preparación. Después de reunir meticulosamente los ingredientes: maíz blanco, frutas, agua de azahares, canela, etc. se iniciaba su esmerada elaboración; se pelaban los granos de maíz grano tras grano, desprendiendo su pequeña almendra, a la vez que se purificaba afanosamente el agua, perfumándola con azahares, canela y otras especies. Finalmente, se adornaba la bebida con hojas de naranja picada en forma de diminutos corazoncitos y otras figuras.

En la primera mitad del s. XX, en sitios como el Club Pichincha o en los restaurantes pertenecientes a los hoteles Europa o Metropolitano, se ofrecían platos gourmet, amenizados con música en vivo y en ambientes de magnificencia, abarrotados de flores y luces. A esos sitios, acudían las familias acomodadas luciendo sus mejores trajes y, ya en la mesa, solían comunicarse en francés. En estos lugares los *Dinner Concert* se convirtieron en ritos sociales, igual que los *Te Concert* de bares como El Royal. Estos últimos se programaban a las 5:30 de la tarde y el té se acompañaba con pastas, dulces, tortas, alfeñiques y roscas de viento.

Para esa misma época, los sectores altos de Quito adoptaron nuevos entretenimientos y pasatiempos como el teatro, la ópera, el cinematógrafo, los cocktails bailables, el bridge, la concurrencia a bares y salones de recreamiento, el hipódromo o la práctica de *sports*, que substituyeron a los viejos pasatiempos: visitas, tertulias o estancias en fincas y haciendas.

Desde finales del s. XIX e inicios del s. XX, la ópera se convirtió en parte importante de las veladas fastuosas, distinguidas y oficiales de la burguesía nobiliaria. Para dicho público las primeras compañías europeas que pasaron por el Teatro Sucre, pusieron en escenas óperas como *El Trovador* o *Rigoletto*.

Sin embargo, en ese mismo período un nuevo pasatiempo adquirió mayor peso de clase: el cinematógrafo. Cuando éste irrumpió, la costumbre de ir a las *vistas*, como se le llamaba en ese entonces, constituyó una práctica exclusiva de los sectores altos. En la segunda década del s. XX, el cinematógrafo se exhibía por tandas u horas. La más afamada era la *tanda vermouth* o *tanda aristocrática* a la que acudían jóvenes encopetados de ambos sexos, con el ánimo de lucir sus atuendos, pues era la oportunidad de exhibir la ropa y el maquillaje de moda: polvo de arroz, ternos estilo sastre para señoritas, cuellos y pecheras para caballeros, sombrillas de fantasía y medias de seda; buches, velos, cocos y birloches. El cine se llenaba de risas, perfumes y glamour y, a la salida de dichas presentaciones, *la gente bien* era ovacionada por las clases populares y medias que acudían con el único propósito de presenciar la elegancia de dicho público a su salida.⁴⁷ De esta manera, la práctica de ir al cine se convirtió en un rito social que permitía reconocimiento y estatus.

Otro pasatiempo, de claro signo distintivo fue la práctica del deporte, llamado en las primeras décadas del s. XX, *sport*. Estas nuevas actividades recreativas se practicaban en clubs como el *Quito Sport Unión*, localizado detrás de la Alameda, el mismo que contaban con instalaciones para juegos como el Lawn Tennis, Croquet, Pin Pon, etc. El ingreso al club se hacía a través de tarjetas de membrecía que

47 DE SYLVA, Ramiro, "La tanda Vermouth", Caricatura, N° 2, Diciembre 15, 1918, p. 8.

constaban en 1911, 20 sures para señoras y señoritas y 30 sures para caballeros.⁴⁸

Sin embargo, fue el patinaje o *skating*, definido como “deporte aristocrático”, el entretenimiento de mayor carácter clasista. El skating se practicaba en salas construidas para dicho efecto como el salón Alameda o en el Puerta del Sol. Allí acudía la gente chic para patinar, mientras un piano amenizaba los deslizamientos. Los avisos publicitarios destacaban que “una selecta concurrencia, compuesta de familias distinguidas daban realce al espectáculo”, sobre todo en las llamadas *tardes de moda* de los jueves y los sábados, y en las *noches de moda* de los martes y viernes que se realizaban en el salón Alameda.⁴⁹

Otras prácticas lúdicas, de evidente valor distintivo, fueron las carreras de caballos que, en la década de 1930, se llevaban a cabo en los dos hipódromos de Quito ubicados en la actual calle Colón: el Mantilla y el Miranda. El más afamado fue el primero y en él se realizaban carreras de caballos todos los domingos para la flor y nata de la ciudad que acudía religiosamente. Por su parte, entre las señoras de abolengo, se volvió frecuente el *bridge*: un juego de naipes.

Entre los emblemáticos lugares de esparcimiento de la gente bien, sobre todo entre los hombres, destacaron los salones, los bares y las casas de recreo. Salones como *El Cosmopolita* o a *La Palma*, estuvieron de moda en las primeras dos décadas del s. XX. Hasta allá iban los señores a jugar billar y a “echar copas” de un selecto surtido de licores. Las *casas de recreo* en cambio, fueron lugares ubicados en las afueras de la ciudad, especialmente en el norte. Allí se ofrecían licores, comidas, picantes y cenas, al mismo tiempo que contaban con pistas de baile. Las más afamadas fueron *La Resbaladera* y *La Magnolia*.

Los bares por su parte, se constituyeron en sitios de moda a partir de la década de 1920, desplazando a los salones. Fueron, sin duda, sitios de distinción para los sectores altos de Quito, ya que nacieron para marcar un claro contraste con las cantinas de las capas medias y una absoluta distancia con las chicherías de los sectores populares de origen

indígena y campesino. Los bares se ubicaban, por lo general, en los hoteles de lujo de la ciudad como fue el caso del bar perteneciente al Hotel Froment después Savoy, el del Metropolitano o del Europa llamado luego Des Etrangers, o, en clubes sociales como el Pichincha. Luego aparecerán bares independientes como el Bar Royal, el Hispanobar o L'Ermitage.

En vez del mallorca “Flores de Barril” que se consumía en las cantinas de las capas medias, ahí se bebía licores y destilados importados: coñac, brandy o whisky, amenizados por ritmos musicales extranjeros como el jazz o el tango, considerados una alternativa a la música nacional o vernácula que predominaba en las cantinas.

De esta manera, los ritmos extranjeros cobraron una gran presencia entre los sectores altos. Por ejemplo, en los *coktail bailables* o verbenas bailables, realizados para los jóvenes de la elite social en los hoteles elegantes de la ciudad, se practicaban bailes de moda como: one-step, two-step, modern dancing, fox, jazz, charlestón, hesitation, tango y milonga que habían reemplazado a las danzas aristocráticas de viejo cuño: minuet, cuadrilla, polka, jota o mazurca.⁵⁰

Los bares ilustraban con suma claridad, la poca —o ninguna— disposición de los sectores altos de compartir sus espacios con otros sectores sociales. El escritor Nicolás Kingman, en un testimonio que hiciera a su hijo, evidencia el carácter cerrado de dicho lugar: “Cuando íbamos al bar Metropolitano y pedíamos una bebida los meseros nos decían que se había terminado, solicitábamos otra y nos respondían igual. No nos pedían que salgamos pero nos hacían entender que era un espacio que no nos correspondía”.⁵¹

La etiqueta del trato diario

La etiqueta en el trato diario, fue otro componente fundamental del buen gusto al interior de la burguesía de abolengo; comportamiento que se exhibía como emblema de urbanidad y, por tanto, como signo de distinción.

48 Banco Central del Ecuador, *La vida de cada día, El Ecuador en avisos 1822 – 1939*, Colección Imágenes, N° 8, Quito, 1992, p. 124.

49 Diario, *El Comercio*, 29 dic. de 1911.

50 SALVADOR, Humberto, *En la ciudad he perdido una novela* (1929), Colección Antares, Libresa, Quito, 1993, p. 186-188.

51 KINGMAN, Eduardo, op., cit., 2006, p. 205.

A partir de la segunda mitad del s. XIX, la urbanidad se constituyó en una preocupación fundamental de los sectores altos quiteños, de ahí que se incorporara en los pensums de estudio de las escuelas y colegios de entonces.

Todavía a inicios del s. XX, las fronteras entre la ciudad y el campo no eran muy precisas, por lo que la presencia del mundo rural en Quito era evidente. En estas circunstancias, los sectores altos urbanos se afanaron por marcar límites con respecto a lo provinciano y rural. Fue así que la *urbanidad* se convirtió en un plan encaminado a posibilitar dicha diferenciación y distanciamiento con el campo. Parte importante de dicho proyecto fue la adopción de determinados códigos coloquiales que perfeccionaron el arte de la conversación, conjuntamente con la sofisticación de los hábitos alimenticios y las maneras de mesa. Si bien las llamadas tertulias se habían hecho frecuentes en Quito en el último tercio del s. XVIII, durante la segunda mitad del s. XIX e inicios del s. XX, se fueron refinando cada vez más. La conversación entre la gente bien fue el mejor vehículo para llegar a acuerdos económicos, políticos y sociales, así como para constituir una cultura en común. Las tertulias se constituyeron, por tanto, en uno de los medios más importantes de socialización y comunicación entre los miembros de la élite social, a la vez que conformaron un espacio de opinión a falta de recursos más modernos como la prensa, las salas de lectura, cafés o salones literarios.⁵²

Ya sea en las reuniones sociales o en la comunicación diaria al interior de los hogares, la etiqueta del trato diario se manifestó en el énfasis dado al *ustededeo*, en gestos y expresiones de cortesía que se apoyaban en el uso reiterado de frases tales como “por favor” o “tenga la bondad”, que después se difundieron e impusieron a toda la sociedad urbana quiteña. De esta manera, se creó un código conversacional de refinamiento.

Los sectores altos utilizaron el *ustededeo* para resaltar su diferencia con el pueblo acostumbrado al *tuteo* y al *voceo*. Al interior de la élite social, la recurrencia permanente al pronombre *usted* se usó

entre esposos, padres, hijos y hermanos. Sin embargo, éstos mismos, utilizaban el *tuteo* cuando se dirigían a los sujetos pertenecientes a los sectores sociales inferiores; quienes a su vez fueron compelidos a recurrir al *ustededeo* para dirigirse a las personas de los estratos superiores. El uso del pronombre *usted*, por tanto, dejaba inmediatamente constancia del reconocimiento de un estatus de superioridad, evidenciando el adecuado tratamiento entre iguales y de inferiores a superiores.

El *ustededeo* y las expresiones de cortesía, contribuyeron notablemente afianzar la distinción y legitimidad de los sectores altos quiteños. Pues, en la memoria popular, la mayoría de burgueses de abolengo son rememorados como sujetos incapaces de proferir groserías, maldiciones o insultos y, por lo mismo, incapaces de vejar a los demás. La percepción popular juzga a muchos integrantes de esta capa social como buenas y magníficas personas, sobre todo a las matronas; quienes pasaron a representar la quintaesencia del refinamiento, la dulzura y la delicadeza.

El asco y la segregación

Con el *buen gusto* aparece necesariamente una actitud o capacidad para despreciar lo que se juzga feo, indigno, antihigiénico, ordinario y vulgar. Esta sensación o emoción de rechazo ha sido definida como *asco* en español o *disgust* en inglés.⁵³

El *asco* es, por tanto, un mecanismo inherente al buen gusto. Sin embargo, ambos son sentimientos que se construyen históricamente y que en el caso quiteño surgen como parte de la modernización de la ciudad y el cambio de mentalidad que suscita tal proceso. En otras palabras, el *buen gusto* y el *asco* son productos históricos y sociales, a la que le son inherentes ciertos *habitus*, es decir, ciertas disposiciones a actuar, valorar, sentir, percibir y apreciar las propias prácticas y las de los demás de una determinada manera.⁵⁴

53 MILLER IAN, William, *Anatomía del Asco*, Taurus, Madrid, 1998, p. 21.

54 GUTIÉRREZ B., Alicia, *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1994, pp. 46, 47.

52 JARAMILLO-ZULUAGA, citado por KINGMAN, op., cit., p. 148.

En el Quito de la primera mitad del s. XIX, el *mal gusto* se asoció directamente con el mundo del indio, y todo cuanto procedía de él, especialmente lo provinciano y rural. Fue así como en la elite social quiteña se desarrolló un síndrome de aversión hacia las prácticas y bienes relacionados con las formas de habitación, alimentación, vestimenta, festejo o evacuación de detritus observadas en los sectores populares de Quito de origen indígena o campesino. Para dicha elite social aquellos comportamientos resultaban peligrosos por su capacidad de contagiar, infectar o contaminar, ya sea por proximidad, contacto o ingestión.

Los discursos del *salubrismo* y el *higienismo* que se afirmaron como ideologías dominantes a fines del s. XIX e inicios del s. XX, contribuyeron a justificar los criterios de distinción, diferenciación y separación con respecto a aquellos sectores populares que encarnaban la otredad. El ornato y el salubrismo, fundamentaron prácticas como: la clasificación de los barrios para la puesta en marcha de políticas salubristas destinadas a expulsar y encerrar a los indigentes y a los llamados “vagos”; la prohibición de expender productos alimenticios mientras se usasen vestidos indígenas; o la negativa a que viajaran indios en el tranvía. En definitiva, criterios salubristas, como los referentes al contagio de enfermedades, alimentaron los temores del contacto con los pobres, los pueblerinos y los indios, y la necesidad de distanciarse humana y espacialmente de ellos. Las enfermedades de la piel eran las que más preocupaban, y de las cuales se decían que debían ser erradicadas no solo con “medios sanitarios” sino con un reordenamiento de las costumbres.⁵⁵

Los criterios médicos afirmaron los temores cotidianos al contacto con los cuerpos virulentos, los mendigos y la gente del campo. Algunos de esos recelos quedaron impresos en los periódicos de la época. Así por ejemplo, en *El Día* del 31 de julio de 1925, se describían los mayores riesgos del contagio por contacto o proximidad: el roce de los vestidos toscos infectados, la manipulación de billetes de banco, las peluquerías, la confusión de la ropa en el

55 KINGMAN, 2006., op., cit., p. 328.

lavado, “en nuestro país, no se lava aún en agua hirviendo ni con sustancias químicas: primax, bórax, sosa o potasa; y en la misma piedra en la que lavó ayer una mujer del cuartel, se lava hoy ropa que va a casas sanas y cuidadosas”.

Igual función cumplió la preocupación por el ornato. La obsesión de embellecer la ciudad, estaba íntimamente vinculada con la necesidad de lavar la huella indígena en la urbe bajo la justificación de favorecer la higiene pública. Las prácticas higienistas estuvieron imbuidas, desde su origen, de racismo, ya que se creía que la falta de higiene procedía de una condición innata: la situación étnica-racial del indio. De ahí que se tomaran diversas medidas para restringir e incluso penalizar la presencia rural e indígena en la ciudad, en base a la exclusión de las chicherías, pesebreras, lugares de pastoreo o fondas, lugares frecuentados por capariches, peones, albañiles, arrieros, etc. En suma, la práctica de ornato fue una praxis de exclusión pues, lo único que se embelleció fueron las manzanas donde residían los sectores altos: la llamada zona central comercial y la zona residencial del norte, mientras que los barrios populares, ya fueran tradicionales o recién formados, seguían en una situación calamitosa. Allá no llegaban de los servicios municipales; la infraestructura y los servicios básicos, menos aún el barrido de calles o la vigilancia constante.

En suma, un sentimiento de desasosiego —e incluso pánico— se apoderó de los integrantes de la burguesía nobiliaria quiteña, ante la posibilidad de ser mancillados por los pobres, los pueblerinos y los indios. Sensación que evidenciaba, al mismo tiempo, la creencia en una situación de pureza que se buscaba defender o precautelar, lo que finalmente inspiró y suscitó un sentimiento de huida y el deseo de limpieza y purificación.

El tedium vitae

A inicios del s. XX, el llamado *tedium vitae* hizo presa de la elite intelectual quiteña de ascendencia aristocrática. Tal actitud constituyó una clara expresión de la presencia e intensidad que asumió el asco en los sectores altos de la ciudad. Pues, el *tedium vitae* se define



ARRIBA: Ernesto Noboa en el parque de la Alameda. Cortesía de Fernando Jurado Noboa (archivo personal).

DERECHA: Humberto Fierro Jarrín. Cortesía de Fernando Jurado Noboa (archivo personal).



como el conjunto de estados de ánimo que expresan una sensación de asqueamiento de la vida, y que se manifiesta en desesperanza, aburrimiento, depresión, melancolía o hastío. Tales actitudes ante la vida y la realidad circundante conducen, la mayoría de veces, al suicidio y a otras formas de autodestrucción; conductas que experimentaron en carne propia los poetas modernistas de Quito, razón por la cual se ganaron el título de “generación decapitada”.

Entre la neurosis y el spleen, transcurrió la vida de aquella elite intelectual; trastornos emocionales que los empujaron al uso de drogas anestésicas y tranquilizantes como la morfina, el opio, el láudano o el ajeno; adicciones que se combinaron con sus oscuras costumbres: noctambulismo, inclinaciones necrófilas y pasadistas; manifestaciones de una evidente misantropía. Arturo Borja se suicidó a los 22 años, Ernesto Noboa y Caamaño proclamaba: “Vivir del pasado por desprecio al presente” mientras que Félix Valencia y Humberto Fierro se enclaustraron, como señala este último, “para rehuir del contacto exterior”.

La toxicomanía y el pasadismo de los decapitados, fueron claras expresiones de una ansiedad evasiva que se manifestó en la evocación de tierras ignoradas, tiempos góticos o la invitación a la fuga. Actitudes y poses que evidenciaban desprecio por la realidad cercana y presente en la que se creían atrapados, en definitiva, rechazo al entorno urbano que había sido mancillado por los inmigrantes indígenas y pueblerinos. Desde esa perspectiva, los forasteros habían contaminado de ruralidad y provincialismo a Quito, obstaculizando la formación de una atmósfera burguesa y moderna que ansiaban y procuraban.

No obstante, con su actitud inconforme, los modernistas iniciaron la lucha contra la monotonía de la vida provinciana, desplegando sus esfuerzos por favorecer el advenimiento de la mundanidad burguesa. Sus esfuerzos de evasión, fueron, al mismo tiempo, expresiones de una rebelión contra el conformismo y las disciplinas de las colectividades y las servidumbres familiares, constituyéndose de esta manera, en los primeros exponentes del advenimiento de la condición humana moderna.

De esta forma, los modernistas sentaron las bases de la posterior obsesión por transformar el aspecto pueblerino de la ciudad, llamada en la década de 1920 “embellecimiento de la ciudad”. A inicios del s. XX, ciertos entusiastas, haciéndose eco de los sueños modernistas, realizarían propuestas encaminadas en esta dirección. El 6 de febrero de 1906 en el *Diario El Comercio*, uno de aquellos proponía la necesidad de alumbrar profusamente La Alameda, establecer una orquesta que diese conciertos periódicos, instalar una biblioteca “y un soberbio restaurante que proporcione grato pasatiempo a los elegantes que frecuentan nuestro campo”. A ello añadía: “Aunque pequeños pero si tenemos recursos para huir de la monotonía de la vida, siquiera una vez por semana. Con el teatro y los toros ya llenamos los dos últimos tercios del domingo, y el primero con la misa y La Alameda”.

La pasión por el distanciamiento espacial

El recelo frente a los recién llegados: indios, pueblerinos, pobres y adinerados “sin apellido”, dio lugar al surgimiento de una cultura de la separación. En esas circunstancias, cobró cada vez más vigor la tendencia a la diferenciación y adecentamiento de los espacios, bajo la justificación expresa del ordenamiento urbano, e implícita, de una limpieza étnica. Fue así como en la primera mitad del s. XX, dicho proyecto desembocó en la formación de lugares residenciales separados, exclusivos y excluyentes.

Si hasta el s. XIX los sectores pudientes habían compartido los mismos espacios con la plebe en una suerte de cohabitación, a partir de la primera mitad del s. XX, se rompió dicho patrón de habitación, gestándose otro nuevo, basado esta vez en la redistribución de los espacios de residencia de acuerdo a la condición social. Se trataba en definitiva de un programa de segregación residencial.

Las primeras acciones encaminadas en este sentido fueron implementadas por el Reglamento de Salud Pública, en 1918. Posteriormente, el plan de desarrollo urbano elaborado en 1943 por el arquitecto uruguayo Jones de Odriozola, afirmó definitivamente dicha tendencia. El reglamento de 1918 estableció una zona de 6 por

5 cuadras, delimitada por las calles Rocafuerte al sur y Manabí al norte, la Cuenca al oeste y la Flores al este; lo que por entonces era el centro de la ciudad. Se trataba de un área que albergaba a los edificios del poder civil y eclesiásticos, los grandes conventos y las grandes casas señoriales de la aristocracia, la misma que fue catalogada de “residencial” y “elegante”. En virtud de ello, se prohibió la presencia de cualquier establecimiento potencialmente contaminante, ya sea por la emanación de gases o miasmas, como por ejemplo: fábricas de jabones o velas, establos, camales, industrias lecheras, cantinas y prostíbulos.⁵⁶ Sin

embargo, detrás de estas medidas se ocultaba el propósito último: desterrar hacia la periferia a los elementos sociales considerados peligrosos: los pobres, en su mayoría inmigrantes interioranos, que en calidad de inquilinos o arrendatarios de piezas o cuchitriles fueron desplazados hacia el sur y hacia las lomas que rodeaban la ciudad.

El plan de desarrollo urbano realizado por el arquitecto uruguayo Jones Odriozola, en 1943, otorgó fundamentos técnicos a la



Vista de una sección de las casas construidas para los obreros, por el I. Concejo Municipal, *Gaceta Municipal*, No. 79, Diciembre 31 de 1934.

56 CLARK, Kim “El sexo y la responsabilidad en Quito: prostitución, género y Estado, 1920-1950”, en: *Revista Procesos*, Universidad Andina Simón Bolívar, THEIS, Corporación Editora Nacional, I semestre, Quito, 2003, p. 47.

segregación y al separatismo, contribuyendo a su legitimización. El plan estableció, claramente, categorías de barrios según su localización: al norte, urbanizaciones de primer orden (residencial) y al sur, urbanizaciones de segunda (barrios medios) y de tercera clase (barrios obreros). En dicho plan, una circunscripción de la ciudad fue diferenciada en términos simbólicos: el *Centro Colonial* que más tarde se denominó *Centro Histórico*.

La idea de desplazar a los recién llegados de origen rural y pueblerino a los extramuros de la ciudad fue parte de un esquema mental surgido en el s. XIX y que de alguna forma aún subsiste hasta la actualidad: la idea de que los indios están y deben estar ubicados fuera de la ciudad, ya que proceden de lejos y nunca forman parte de la misma. Lo urbano, desde esa época, no incluía los arrabales. Esta idea estuvo vinculada con aquella otra que asumía que lo andino tiene que ver únicamente con el mundo rural. Los quiteños del s. XIX, e inicios del s. XX, hablaban de los pueblos ubicados en las goteras de la ciudad, como si fuesen parte de lo que estaba fuera, razón por la cual se referían a los indios del “camino a la Magdalena” o de los del “camino al Batán”. En virtud de ello, los indígenas que participaban en la vida urbana como: jornaleros, jardineros, lavanderas, vendedores de verduras, alfareros y albañiles, no eran percibidos como sujetos urbanos.⁵⁷

Al mismo tiempo que los recién llegados fueron expulsados a la periferia, los sectores altos y las capas medias comenzaron a buscar nuevas áreas para instalar sus residencias. En primera instancia, hacia San Blas y, más tarde, hacia La Alameda, la actual 12 de Octubre y 10 de agosto, lo que por entonces se dio en llamar “El Norte”.

En dicho sector se levantaron las primeras ciudadelas: Urrutia y Larrea, a fines de la primera década del s. XX. En estas, se destacaban casas individuales o villas para los sectores medios. Lo curioso es que cada casa incluía una o dos tiendas, lo que muestra la reproducción de la vocación rentista quiteña, herencia de la época colonial.

57 KINGMAN, Eduardo, op., cit. 2006, p. 178.

Dichas tiendas se arrendaban a estudiantes, talleres, tiendas o bodegas. Hacia 1912 empezó la construcción de quintas y chalets desde la Plazuela de San Blas hacia El Ejido y más allá. En ese espacio se construyeron las grandes mansiones de las familias de abolengo: Jijón y Caamaño, Plaza-Lasso, Barba, etc. En la segunda década del s. XX, se construyeron las ciudadelas “Campos Elíseos” y “América” (1919) y, en la tercera década, se consolidaron las ciudadelas Larrea, América y La Mariscal.⁵⁸

El barrio residencial por antonomasia, y que consagró el Plan Regulador de Odriozola, fue “La Mariscal” que se constituyó en un hito de la ideología de la elite capitalina que reivindicaba el progreso, la civilización, el saber vivir, el orden, la higiene y el ornato. Su nombre se desprendió de la conmemoración del aniversario de la Batalla de Pichincha en 1922 y la recuperación de la memoria del Mariscal José Antonio de Sucre. Sin duda, en la formación y demarcación del barrio influyó la construcción del tranvía de la compañía “The Quito Tranway Company” que al dirigirse al norte por la avenida 18 de septiembre (hoy 10 de Agosto) hasta la Av. Colón, contribuyó a la valorización de las propiedades por donde pasaba. El modelo de la “ciudad jardín”, creado en Europa y EEUU a fines el s. XIX, en el que se inspiró Odriozola para delimitar y rediseñar La Mariscal, no tuvo en Quito un carácter utópico o ideal —en el sentido de buscar la armonía entre lo propiamente urbano y la naturaleza— sino que se convirtió en signo de distinción y separación.

La ciudadela, para mantenerse aislada del centro antiguo y evitar así el riesgo de contaminación de los sectores populares, contaba con grandes espacios verdes al sur y al norte que hacían las veces de colchones protectores y aislantes. En efecto, al sur quedaba el parque que inicialmente se llamó “Centenario” hoy El Ejido y el llamado “Campo Deportivo” aledaño al Estadio del Arbolito, gran parte de cuya área se utilizó posteriormente para la construcción de la Casa de la Cultura. Al norte, la presencia de los dos hipódromos ubicados en la calle Colón, cumplían igual función.

58 Ibid. p. 222.

Sin embargo para la elite social de Quito no fue suficiente contar con un área de la ciudad claramente delimitada, sino que temerosa de suscitar en los demás grupos inquina, envidia o resentimiento, en definitiva, rencor social, amuralló sus casas. Se trató de una estrategia de enclaustramiento y aislamiento, cuyo propósito era evitar el contacto con los inferiores y los desconocidos que la inmigración interiorana arrastraba incesantemente a Quito. El amurallamiento reveló el temor de “estar afuera” y el contacto con los extraños, incluidas las capas medias que buscaban incorporarse a los círculos cerrados de la elite social a través de la amistad o el matrimonio. Al resultarles el mundo exterior hostil, solo las murallas les transmitieron la sensación de seguridad que necesitaban.

De este modo, los sectores de ingresos altos: ricos con apellido, seguidos más tarde por los nuevos ricos de origen provinciano (quienes representaban entre el 5 y el 10% de la población citadina), instalaron sus residencias en la zona norte, dejando al Municipio los gastos de urbanización. Se trataba, sin duda, de una minoría privilegiada que en sus nuevos sitios de residencia llegaría a disponer del 25 al 30% de la superficie urbanizada, la misma que concentraba la calidad y densidad de infraestructura, equipos y servicios urbanos.⁵⁹

El acaparamiento, por parte de los sectores dominantes, de las ventajas y los privilegios urbanos produjo a la larga un quiebre o fracturación simbólica de la ciudad, que dio lugar a la conformación de dos zonas claramente diferenciadas: el *norte* o el lugar de la ciudad moderna y la prosperidad y, *el sur*, el sitio de lo antiguo, lo premoderno y el atraso.

Al trasladar sus viviendas al norte, la burguesía de abolengo convirtió sus viejos lugares de residencia, ubicados en el centro colonial, en objetos de renta. No obstante, las viejas casas no solo dieron cabida a almacenes, bodegas, cafés o casas comerciales, sino que al mismo tiempo —y a medida que avanzaba el s. XX—, fueron nuevamente tomadas por la inmigración interiorana que ya no encontró

59 DELER, Jean Paul, “Ciudades andinas: viejos y nuevos modelos” en: *Ciudades de los Andes*, Ciudad, IFEA, Quito, pp. 368.



Pasajeros de primera clase en ferrocarril, principios de la década de 1910. Foto: José Correa / Archivo Histórico del Ministerio de Cultura.

sitio alguno en los barrios periféricos de las lomas. Muchas de las viejas casonas señoriales se convirtieron en moradas de hacinamiento, incrementándose así, los problemas de tugurización y marginación.

Aunque el propósito segregativo residencial no se cumplió en la intensidad y extensión con que soñaba la élite social, a partir de la década de los treinta, en la ciudad podían distinguirse claramente sectores enteros de calles habitadas por gente bien y guetos, proletarios o subproletarios, al que los miembros de las clases superiores no tenían que dirigir sus pasos jamás.

La segregación residencial, la exclusividad o el amurallamiento, expresaron en definitiva recelo, fastidio y temor provocado por la sensación de asco hacia los inferiores. Desde la lógica de los sectores altos, imbuidos por la ideología del higienismo, se juzgó la presencia de los desconocidos como una “contaminación social”. De ahí que, la

separación se tornó un recurso básico para contrarrestar la posibilidad de ser mancillado o infectado.

La idea, de que los sectores populares constituían una multitud necia y sucia, se enraizó en la mentalidad de la burguesía nobiliaria. En las mansiones por ejemplo, se realizó una plena delimitación de los interiores, con el propósito de definir una sección propia para la servidumbre, gracias a lo cual se aseguró la exclusividad de la otra sección, destinada a los dueños. A cada clase le correspondía un lugar específico o, como solían decir los miembros de la élite social quiteña de entonces: “cada quien tiene que ocupar su sitio”.

El mismo criterio se aplicó a los lugares públicos. Los sectores altos se las arreglaron para poder contar con ámbitos protectores: palcos en los teatros, compartimentos de primera clase en los trenes, verjas o cercas en ciertos parques públicos; todos ellos, convertidos ahora, en lugares que evitaban las promiscuidades y promovían las distinciones.

Fue así como el viejo modelo de cohabitación colonial, en base al cual los sectores pudientes y la plebe compartían los mismos espacios, quedó atrás definitivamente. Ahora regía un modelo de ocupación espacial, basado en la separación y la segregación; modelo que supuso la redistribución de los espacios de trabajo y residencia, de acuerdo a la condición social y étnica.

El refuerzo endogámico

En un entorno social caracterizado por la presencia masiva de extraños; recién llegados del interior, la burguesía de abolengo reforzó un comportamiento que había sido evidente en los tiempos coloniales, esto es, la reproducción de vínculos de parentesco como base de su existencia. La endogamia tuvo como propósito fundamental, a más de asegurar la concentración de la riqueza familiar, evitar la contaminación sanguínea de los otros: provincianos, cholos o chagras.

En estas circunstancias y al interior de los sectores altos de alcurnia, los padres se esforzaron para crear las condiciones propicias para un “buen matrimonio” dentro de un círculo social cerrado. Las

familias que reivindicaban con más énfasis un linaje colonial fueron quienes más se empecinaron en revitalizar la endogamia, al punto que los matrimonios entre primos-hermanos se convirtieron en la norma. Un caso ejemplar fue el de la familia Jijón. Don Jacinto Jijón y Caamaño se casó con su prima María Luisa Flores y Caamaño; posteriormente su hijo José Manuel Jijón y Flores, siguiendo la tradición familiar, se casó con su prima hermana Cecilia Barba.

El refuerzo endogámico supuso al mismo tiempo el rechazo o desprecio a los nuevos ricos, especialmente a aquéllos que habían acaudalado fortuna a partir de su trabajo y provenían de un origen popular o provinciano. El eco de dicho desprecio aún resuena en los textos de José María Velasco Ibarra, vinculado a las familias nobiliarias. En el ensayo titulado “Caos político en el mundo contemporáneo”, el autor zahiere y estigmatiza a lo que él llama “la aristocracia del dinero” u “oligarquía del dinero” es decir, a los grandes ricos emergentes que, huérfanos de linaje solo podían exhibir una distinción monetaria es decir, una falsa aristocracia.⁶⁰ Este es probablemente el sentido original del término “oligarquía”, ampliamente usado hasta la actualidad en la política ecuatoriana, y que expresa el desprecio de los sectores que se reivindicaban como verdaderamente aristocráticos frente a los nuevos ricos sin apellido.

La obsesión endogámica de la burguesía de abolengo quiteña determinó por tanto, la colocación de una serie de trabas y obstáculos a los nuevos ricos, ya fueran comerciantes libaneses o ciertos mestizos prósperos de origen provinciano, con el fin de impedir su integración a la alta sociedad. Muchos de ellos fueron tratados con violencia e incluso ridiculizados, a pesar de los méritos que hicieron para ganar la confianza de las familias de alcurnia. Uno de los casos más célebres en la ciudad fue sin duda, el de la familia Mantilla, de origen pillareño, quienes hicieron un capital considerable gracias a una trayectoria que los llevó de arrieros y cocheros hasta dueños de los medios de comunicación más prestigiosos de ese entonces: el pe-

60 VELASCO IBARRA, José María, *Pensamiento político*, Biblioteca del Pensamiento Básico, Nº 38, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional, Quito, 1996, pp. 486-487.

riódico *El Comercio* y la emisora *Radio Quito*. A pesar de su situación económica, por demás holgada, los Mantilla siempre fueron relegados de los círculos y reuniones sociales, y cuando lograban ser invitados se convertían en objeto de mofa y burla por parte de sus anfitriones y ello, a pesar que los Mantilla se habían adherido totalmente a los intereses políticos de la burguesía nobiliaria.

Parte consustancial de aquella estrategia de refuerzo endogámico fue la creación de enclaves institucionales y cenáculos. Uno de aquellos círculos cerrados y espacio de privilegio fue, el Servicio Exterior o el Ministerio de Relaciones Exteriores, en donde la mayoría de sus funcionarios provenían de las familias de alcurnia. En cambio, entre los cenáculos más emblemáticos, se destacaron: la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Histórico Americanos, llamada luego Academia Nacional de la Historia, regida por Don Jacinto Jijón y Caamaño; La Academia de la Lengua dirigida por Julio Tobar Donoso; y, la Asociación Bolivariana al frente de Francisco Chiriboga; todos ellos representantes de la crema y nata de la ciudad.

EL MIMETISMO

El mimetismo fue sin duda, una de las estrategias de blanqueamiento más significativas que apareció en el contexto quiteño de la primera mitad del s. XX. Procedimiento implementado, ya no por la elite social, sino por ciertos sujetos que sufrieron exclusión, como fue el caso de los nuevos ricos, las capas medias de origen provinciano y los sectores populares de mayor raigambre urbana. Los protagonistas de la estrategia mimética buscaron, con prisa y entusiasmo, adoptar determinados símbolos de la burguesía de abolengo, con el propósito de disimular u ocultar su real condición y procedencia social, étnica y cultural, provocando una confusión entre copias y originales. En este sentido, la estrategia mimética constituyó una transgresión y, pese a perseguir la blanquitud, contribuyó a quebrantar el orden segregacionista.

Tal conducta fue ilustrada magistralmente por la literatura realista de la época, quedando plasmada en la obra de Jorge Icaza. Por esta razón, cualquier análisis sobre dicho comportamiento, necesariamente remite a la novelística del escritor ecuatoriano de mayor reconocimiento internacional. Dentro del orbe los

Jorge Icaza, quiteño, actor de teatro y escritor indigenista de los años 30. Foto: Archivo Histórico del Ministerio de Cultura.



países de pasado colonial, Icaza fue uno de los primeros intelectuales en reparar sobre la importancia de las conductas imitacionistas o de simulación. En sus novelas, el autor quiteño puso en evidencia la manera en que la imitación parece ser la única salida posible para superar la condición de subalternidad pero al precio del extravío y el anulamiento. Los simuladores obsesivos tarde o temprano pierden inventiva y deviene existencialmente en “nadie”: sujetos que no van más allá de convertirse en máscaras, casos de extrema ridiculez o, a lo sumo, sujetos pintorescos.

El encopetamiento del gamonalismo cholo

En las novelas *En las calles* (1935) y *El Chulla Romero y Flores* (1958), Icaza retrata a un nuevo actor colectivo de la primera mitad del s. XX: *el gamonalismo cholo* que súbitamente se vuelve notorio en el Quito de entonces. Se trata de aquellos nuevos ricos “sin apellido”, por su procedencia rural y origen campesino, o lo que es lo mismo, por su condición *chagra*. Estos sujetos se caracterizaron por su acceso súbito a un estatus económico superior a partir del: aprovechamiento de ciertas ventajas comerciales y la explotación abusiva de la mano de obra de la que dispusieron.

Es el caso del personaje Rafael Humberto Urrestas, padre del gamonal protagonista de la novela *En las calles*, representante ejemplar de lo que Icaza denomina en otros momentos “caballeros hechizos” o “cholerío adinerado”. El aspecto de caballeros que adoptaron estos nuevos ricos, constituye para Icaza un mero disfraz. Para evidenciarlo destaca la transformación del aspecto de don Rafael:

Aquel hombre sin escrúpulos que en época no lejana acostumbraba salir del pueblo de Chaguarpata arreando dos o tres mulas con carga de sombreros de paja; aquel cholo emponchado y carajeador a quien los vecinos llamaban don Rafiquito al venderle el trabajo de sus manos y de sus desvelos —un sombrero desflecado el ala— en precio irrisorio o por algún turbio cambalache; aquel comerciante aventurero que llegó un día al puerto principal de la República y del puerto saltó a Panamá;

aquel *chagra* que a la vuelta de su primer viaje al extranjero, saturado de aire marino y de civilización, dejó el poncho y las alpargatas en la posada de Manosalvas —alias el Colegio de los Burros—, y luciendo zapatos de becerro comprados en las Cuatro Esquinas y vestido de casimir, volvió al pueblo hecho un caballero; aquel “caballero hechizo” —broma sarcástica de sus amigos antes la transformación paramental— que envenenado de codicia extremó su crueldad exigiendo a sus sirvientes sombreros por centenares.⁶¹

La burguesía de origen rural se vio obligada a cambiar su indumentaria original, no por un propósito de distinción sino fundamentalmente para ocultar su pasado. Icaza pretendió de esta manera, destacar el miedo del gamonalismo cholo a ser reconocido como *chagra*, término que en dicha época representaba un estigma. Tal procedimiento de etiquetización, realizado por la población urbana receptora contra los inmigrantes pueblerinos, buscaba encasillarlos e intentar contener sus ansias de ascenso social, en un contexto en el cual se había instaurado una intensa competencia laboral.

El complejo de inferioridad del que adoleció el gamonalismo cholo se explica además, por el hecho de que su origen campesino y rural lo vinculaba con el indio, convertido en símbolo de inferioridad por la ideología de la modernización. En fin, la superación de la condición de subalternidad, exigía a estos nuevos ricos, recurrir a una estrategia mimética, es decir, imitar el aspecto de la burguesía de alcurnia, la que a su vez pretendía lucir como aristocracia europea.

Esta pasión por la imitación se destaca en la novela *El Chulla Romero y Flores* a través de lo que expresa Eduardo Contreras, personaje dueño de una guardarropía o tienda donde se alquilaban trajes:

Todos me necesitan en un momento dado. A veces llegan del campo oliendo a sudadero de mula, a chuchaqui de mayordomo, a sangre de indio, a boñiga y quieren que yo... Tengo que

61 ICAZA, Jorge, *En las calles*, Buenos Aires, Editorial Losada S. A., 1944, pp. 29-30.

acomodarles la corbata, los broches, las medias... Tengo que limpiarles las uñas, enseñarles a llevar en buena forma los guantes... Tengo que indicarles cómo deben sentarse. Siempre es lo mismo: en los banquetes, en los bailes, en los matrimonios, en la época del Congreso.⁶²

En definitiva, se trataba —como señala el autor— de una “urgencia cotidiana de un gamonalismo cholo que creyéndose desnudo de belleza y blasones busca a toda costa cubrirse con postizos y remiendos”. En dichas circunstancias, las guardarropías de la ciudad crecieron y se convirtieron en negocios prósperos. Con dichas “cáscaras”, como las llama Contreras, los nuevos ricos esperaban “cubrir a medias el vacío angustioso de las gentes que no se hallan en sí ya que no quieren saber nada con los disfraces de su propia pequeñez”.⁶³

Tal es el deseo de imitar a través del vestido que, en el baile de las embajadas, narrado magistralmente en la novela *El Chulla Romero y Flores*, deviene en un baile de disfraces, sin que ese haya sido el carácter de dicha reunión. Icaza alude al aspecto variopinto de los vestidos de la concurrencia. Entre las señoras se pueden ver imitaciones a “reinas de baraja, princesas de opereta, estrellas de cine sin contrato”, mientras que los hombres llevan trajes al estilo “de Napoleón, de Fouché, de Jorge Sand... de Clark Gable”. Sin embargo y a medida que la ingesta de alcohol se incrementa, las ropas, las poses y los gestos asumidos se revelan como imposturas:

Poco a poco se ajaron los vestidos —en lo que ellos tenían de disfraz y copia—. Poco a poco se desprendieron, se desvirtuaron —broma del maldito licor—. Por los pliegues de los tules, de las sedas, de los encajes, del paño inglés, en inoportunidad de voces y giros olor a mondonguería, en estridencia de carcajadas, en tropicalismo de chistes y caricias libidinosas, surgió el fondo real de aquellas gentes chilladas de nobleza, mostró las narices, los hocicos, las orejas —chagras con plata, cholos medio blan-

quitos, indios amayorados— Rodaban por los rincones, por el suelo, sobre sillas y divanes —plaza de pueblo después de la feria semanal —retazos de cáscaras, tiras de pellejos...⁶⁴

También las escenografías desplegadas en las fiestas del “cholerío adinerado” resultaban igual de postizas que los trajes utilizados por éstos. En la novela *En las calles*, el autor construye una escena referida a la inauguración de una nueva fábrica en Chimbacalle, perteneciente al nuevo rico Luis Antonio Urrestas. Para la ocasión se ha decorado el lugar de tal forma que, combinado con los trajes de los invitados, se genera una atmósfera absolutamente artificiosa:

Todo muy chic, muy francés, muy inglés, muy norteamericano, pero que, al mezclarse con las exageraciones tropicales del cholerío adinerado y con el ingenuo marco ambiental de festones de papel de color, de luces chillonas, de brillos, de adornos, de alfombras, de banderas... tomaba una personalidad propia, naciente, sui géneris, abigarrada, de la cual era imposible evadirse —*todo intento resultó siempre caricaturesco, desmedido, postizo (sub. nuestro)*.

La fiesta brindaba la posibilidad de reafirmar el falso aspecto señorial, aristócrata o burgués que buscaba adoptar el gamonalismo cholo. En una ciudad donde el pasado barroco aún estaba presente de alguna forma, la fiesta alimentó los delirios de los nuevos ricos, como antaño cristalizó los sueños aristocratizantes de los sectores dominantes quiteños. No hay que olvidar que las representaciones visuales y en vivo son mecanismos muy eficientes para la impregnación a profundidad de contenidos ideológicos en los participantes; en definitiva, de convencimiento y autoconvencimiento.⁶⁵ De esta manera, las fiestas pomposas del “cholerío adinerado” constituyeron admirables esfuerzos de conversión identitaria aunque, al mismo tiempo, tuvieron un sentido restaurador o retrógrado: el deseo de imponer el orden aristocráti-

62 ICAZA, Jorge, *Huasipungo/El Chulla Romero y Flores*, Bogotá, Oveja Negra, 1987, p. 171.

63 Ídem.

64 Ibíd., p. 176-177.

65 MARAVALL, José Antonio, *teatro y literatura en la sociedad barroca*, Barcelona Edit. Crítica, 1990, pp. 160-161.

co que la dinámica histórica estaba desbaratando. No obstante, en la narrativa icaciana, dichos propósitos quedan trancos cuando la fiesta adquiere una intensidad dionisiaca, como en el caso del Baile de las Embajadas. Pues, de forma paradójica, el desate de la fiesta, en tanto libera los comportamientos reprimidos o saca a flote las realidades profundas de la conciencia, torna transparentes los disfraces, permitiendo presenciar lo que precisamente se busca ocultar. El simulacro del gamonalismo cholo se torna entonces evidente. Al final de la fiesta solo se constata una apariencia sin realidad, la ausencia de correspondencia entre forma y contenido o la falta de coherencia entre ser y parecer, como sostendría Nietzsche en su reflexión sobre el disfraz.⁶⁶

La obsesión por aparentar, en la burguesía de extracción provinciana, sobre todo su anhelo de pasar por ricos del primer mundo, se torna en caricaturización de la realidad, es decir, parodia.

La insistencia en la imitación a través del vestido, dio paso al mismo tiempo, a un estilo de vida escindido o esquizofrénico. Cuando se exponían a las miradas de los demás, dichos sujetos cuidaban todos los detalles, pero mientras ello no sucedía, descuidaban sus conductas refinadas. Este comportamiento se tornó paradigmático en los chullas y de ello dio cuenta cabal Icaza, a través de su personaje Alfonso Romero y Flores. En la vida pública, el chulla se presenta como señor y blanco, pero en la vida privada, en la intimidad, el chulla se comporta como un cholo o un indio.

A partir de las escenas arriba descritas, podemos inferir la incapacidad de los nuevos ricos para forjar una propia cultura e identidad. Dicha aspiración se convirtió en un proyecto trunco y fallido, debido a que los mencionados sectores entendieron la condición burguesa meramente como un disfraz. Precisamente esto es lo que le sucede a don Luis Antonio Urrestas, el chagra encopetado de la novela *En las calles*:

Del mismo modo que cubría y encubría su realidad física con cigarros habanos, con tabaco americano, con perfumes, con joyas, con paños extranjeros, a don Luis Antonio Urrestas

66 Ver VATIMO, Gianni, *El sujeto y la máscara*, Barcelona, ediciones Península, 1989 pp.20.

le gustaba disfrazar lo rancio y retrógrado de su espíritu latifundista —olor a vargueño, a baúl de cuero, a plata enterrada, a sacristía de aldea, a cuarto de bacines—, soñando y hablando de fantásticos proyectos de tipo industrial y capitalista: minas, fabricas, máquinas, puentes, carreteras. En verdad, aquella chiladura le obligó muchas veces a realizar cosas paradójicas: metió tractores en su hacienda de cerros y quebradas, abrió una oficina con aspecto de pequeño banco —donde las operaciones más audaces se reducían a firmar pagarés y letras de cambio con intereses adelantados y usuarios—, se dio fama de experto en automóviles, en ferrocarriles, en aviones, en barcos, en gringos —chapurreaba un inglés de tercer orden—, hizo circular de cuando en cuando —la prensa, folletos— planes económicos de su invención para salvar al país —cínica copia de alguna revista norteamericana o europea.⁶⁷

Pero cuando Urrestas conversa sobre la realidad nacional con el ministro de Gobierno, al referirse a “los culpables del mal nacional”, reproduce las mismas viejas ideas retrógradas de la burguesía de alcurnia quiteña. Señala que el problema del país es moral y está en la sangre, razón por la cual plantea cambiar la sangre de la plebe fomentando la inmigración europea. Sin embargo, súbitamente, Urrestas se da cuenta que esa tesis no era adecuada para alguien que quería fungir de burgués liberal:

Su proyecto de mestizaje no fue debidamente expuesto y desentonaba con la pulcritud de su casimir inglés, con el perfume de su cigarro habano, con el brillo de sus zapatos, con su cara cuadrada y rasurada de caballero de nobles empresas. Esa forma de decir hubiera estado bien en un vejete curuchupa de jaqué, con quevedos, barbita de punta y paraguas bajo el brazo.⁶⁸

Urrestas quiere ser otra cosa. Es el deseo de los nuevos ricos que han surgido desde abajo. Pretenden ser empresarios progresistas y, por esa razón, deberían tratar de diferenciarse de los ricos con

67 ICAZA, op. Cit., 1944, p. 32.

68 Ídem.

abolengo, pero no lo logran, porque siguen teniendo a éstos como referentes y modelos.

A medida que avanza la novela, queda claro que Urrestas desea ser como don Pablo Solano del Castillo, quien representa a la vieja elite social de linaje, “—eso que el cholerío llama aristocracia de ojos claros, de pelos rubios, de labios finos”. En definitiva, los burgueses en ciernes han sido obnubilados por la burguesía de alcurnia que admiran y desprecian al mismo tiempo. Dicha ambigüedad determina que asuman los mismos comportamientos políticos y morales de aquellos de quienes pretenden diferenciarse. Urrestas, igual que Solano de Castillo, exige a la policía que masacre sin piedad a los huasipungueros de su hacienda cuando éstos se interponen a sus planes. Ambos grupos: potentados de origen aristocráticos y nuevos ricos de extracción rural, desprecian lo popular y al indio.

Al fin de cuentas, el cholerío adinerado, solo fue capaz de adquirir la pose de burgués, el disfraz, pero nada más; su mentalidad siguió siendo señorial, patriarcal, machista, autoritaria. Por esa razón sus esfuerzos desembocaron en la impostura, y su apariencia fue la mejor evidencia de su inautenticidad.

Los sueños de gran señor del chulla

Icaza, a través del personaje central de su novela *El Chulla Romero Flores*, proporciona por primera vez una visión profunda del personaje popular arquetípico denominado *chulla*, el mismo que surgió a fines del s. XIX y se afirmó en la primera mitad del s. XX. Se trata de una mirada que supera la superficial perspectiva costumbrista, que hasta el día de hoy insiste en presentarlo como un sujeto pintoresco, un simple pícaro criollo o un humorista popular, incapaz de penetrar más allá de sus rasgos externos, lo que termina simplificando groseramente su compleja y rica psicología.

Para Icaza, el mejor representante de lo que había definido como el *cholerío simulador*⁶⁹ es el *chulla*; “mozo de vecindario pobre”

69 ICAZA, Jorge, *Cholos*, Quito, Editorial Libresa, 1990, pp. 243.

y representante de aquellos sectores populares quiteños de origen indígena pero con mayor arraigo en la ciudad, quien como nadie, fue profundamente seducido por la hegemonía simbólica de la aristocracia quiteña. De esta casta desahuciada, adoptó una serie de valores señoriales: abolengo, vestimenta y desprecio al trabajo, para construir una imagen pública que buscó marcar una distancia evidente con los inmigrantes pueblerinos: indios y cholos.

Encarnado magistralmente en el personaje de Romero y Flores, el *chulla* no fue capaz de dar significación a su condición real: un hombre pobre de barriada popular y de ancestro indígena. Realidad que aborreció y rechazó para tratar por todos los medios de mostrarse como blanco y acercarse a la burguesía de abolengo quiteño, en definitiva, adquirir significado como otro.

Para cumplir tal objetivo, el *chulla* se vio obligado a simular o fingir un modo de hablar que no fue suyo, a adoptar una vestimenta ajena e incorporar un falso abolengo a sus apellidos. De ahí la adopción de la conjunción “y” entre su primer y segundo apellido. Todo lo cual convirtió al *chulla* en una especie de actor teatral, en suma, un simulador por excelencia.

En estas circunstancias, el vestido nuevamente jugó un papel crucial, y tornó evidente su estrategia mimética. Impulsado por su “mal natural”: “tirar prosa”, al decir de sus vecinos, el *chulla* Romero y Flores:

Modeló su disfraz de caballero usando botainas —prenda extraída de los inviernos londinenses por algún chagra turista— para cubrir remiendos y suciedad de medias y zapatos, sombrero de doctor virado y teñido varias veces, y un terno de casimir oscuro a la última moda europea para alejarse de la cotona del indio y del poncho del cholo —milagro de remiendos, planchas y cepillo.⁷⁰

En ocasiones especiales, a esta vestimenta añadió: “clavel al pecho, periódicos al bolsillo, corbata y prendedor, ceño y prosa de

70 ICAZA, op., cit., 1987, p. 243.

parada militar”.⁷¹ Forma de vestir que fue en rigor un disfraz ya que sirvió —como destaca Icaza— para “parecer lo que no se es”. Fue así como desarrolló “una preocupación enfermiza por el vestido” y, por más que usó las prendas de vestir para ocultar sus orígenes, no logró del todo esconder los rasgos raciales andinos. En la novela *En las calles*, Icaza destaca este hecho en un importante empleado público: el secretario del Presidente de la República. Refiriéndose a dicho personaje advierte: “facciones, pelos, bigotes y color de cholo de tierra fría; vestido, sonrisa y reverencia de caballero doctorado en esbirrismo”.⁷²

Con el ánimo de reforzar la función del vestido, los empleados públicos que llegaron a ocupar puestos de dirección, echaron mano de ciertos artilugios de distinción que posibilitaba el habla. Icaza, al describir al jefe del Chulla Romero y Flores y director de la Oficina de Investigaciones Económicas, destaca en aquél el cinismo para encubrir la “ignorancia y chabacanería cholas —afán desmedido y postizo para rasgar las erres y purificar las elles”.⁷³

En estas circunstancias, el disfraz condujo irremediablemente a la alienación. Ello hace que los personajes disfrazados, en la narrativa icaciana y específicamente el chulla Romero y Flores, alimenten su tendencia a la evasión de la realidad circundante. El mejor ejemplo de dicha condición se ilustra en aquella escena en que el chulla, vestido de lord inglés para el baile de las embajadas, luego de la velada, entra con su novia Rosario a una casa de citas, una miserable pocilga, que dicho protagonista mira y asume como un castillo.

La alienación condujo al chulla a afirmar su identidad por lo que fingió ser. Solo que su encubrimiento pronto se reveló como tal y, en esa medida, su estrategia estuvo destinada al fracaso. ¿Cómo llegó a este revés? Al abjurar de su condición sociocultural real, el chulla se instaló en el vacío. Su apostasía sociocultural no lo llevó, automáticamente, a su nuevo destino o estatus sociocultural anhelado: ser “un gran señor” o lo que se entendía por tal, desde la perspectiva de la ideología aristocrática de cuño colonial. Dicho sueño se tornó invia-

ble por la misma situación de pérdida de vigencia que enfrentó dicha ideología; ideología que lo extravió de los caminos posibles y viables para el ascenso social. En esta situación, el chulla quedó en un estado de espera indefinida; sus objetivos se tornaron imposibles, o lo que es lo mismo, se convirtieron en meros delirios.

En definitiva, el caso del chulla es el del imitador que no logra convertirse en quien imita, pero al no desistir en su afán, se perpetúa como impostor. Al quedar en evidencia su juego y disfraz, el chulla se revela como farsante. Su disfraz, con el que pretendía confundirse con la realidad, se torna máscara, en tanto desvela la misma “realidad” en su cualidad de apariencia. El mimetismo del chulla se torna entonces parodia, puro espectáculo.

Sin embargo y a diferencia de sus anteriores novelas en las cuales los personajes se quedan sin salida posible, en el caso de *El chulla Romero y Flores*, Icaza vislumbra una posibilidad de redención para su personaje central. Esta es posible en la medida que Luis Alfonso va cobrando conciencia de su disfraz. En efecto, mientras avanza la novela, el Chulla Romero y Flores adquiere conciencia de su vida como una impostura. En la escena en que dicho personaje espera el resultado de un concurso para llenar una vacante junto con otros aspirantes, de pronto fija su atención en uno de ellos. Se trata de un joven que viste más o menos como él. Entonces Romero y Flores piensa: “Yo... Yo mismo... Menos afeminado, en otro tono, en diferente color... El disfraz..., se dijo saboreando la sorpresa no muy grata de sentirse informe, en desacuerdo con sus posibilidades, ridículo”.⁷⁴

No obstante, la redención misma sucede en el desenlace de la novela. A raíz de la fuga del chulla, mientras éste es perseguido por los pesquisas que quieren aprehenderlo por haber falsificado un cheque (aunque en realidad dicho delito les ha brindado a sus enemigos la oportunidad para castigarlo por haberse atrevido —en su calidad de fiscalizador de la Oficina de Investigaciones Económicas— a cuestionar la honradez de un preclaro representante de los sectores dominantes quiteños, que funge de candidato a la presidencia de la

71 Ibid., p. 210.

72 ICAZA, op., cit., 1944, p. 20.

73 ICAZA, op., cit., 1987, p. 136.

74 ICAZA, op., cit., 1987, p. 209.

república). En esas circunstancias, los vecinos de Romero y Flores le brindan su solidaridad y le ayudan a burlar a la autoridad. En este pasaje Icaza pone nuevamente énfasis en el vestido como símbolo de identidad. Si antes le había servido al chulla para la evasión identitaria, ahora lo es para la recuperación de la identidad perdida. En la huida, los vecinos lo despojan de su vestido de señor o caballero y le colocan sus ropas, las prendas del pueblo, para despistar a los pesquisas. En esa situación, al protagonista de la novela:

De pronto le pareció imposible ir a ninguna parte con ese saco de héroe en desgracia, con esa gorra de muchacho de plazuela, con esa bufanda de chagra, con... Se sentía otro. Por vez primera era el que en realidad debía ser: un mozo del vecindario pobre con ganas de unirse a las gentes que le ayudaron –extraño despertar de una fuerza individual y colectiva a la vez.⁷⁵

De esta manera, Luis Alfonso recupera su apariencia y, con ella, su ser. Ese ser que el chulla había juzgado vergonzoso. Por primera vez, éste encuentra significación para su condición de cholo urbano. Se trata de un caso claro de reconciliación de la conciencia con el ser y, por tanto, el fin de una condición de alienación. Cuando Romero y Flores entra al velorio de su amada Rosario, que ha muerto al dar a luz en el cuarto de arriendo (de donde los pesquisas no la dejaron salir al hospital ni permitieron que fuera atendida o socorrida a tiempo por los demás vecinos), el narrador describe la nueva situación personal del chulla: “Nunca más estaría de acuerdo con sus viejos anhelos, con sus prosas intrascendentes, con su disfraz, con la vergüenza de mama Domitila, con el orgullo de Majestad y Pobreza”.

En definitiva, podemos decir que Icaza previó la única vía posible de redención para los chullas: la aceptación de sus orígenes y de su verdadero ser, sin embargo, en la realidad, esto jamás ocurrió. Los chullas no supieron reconciliarse con su origen ni su ser, razón por la cual perdieron significado como sujetos, pasando a formar parte

75 Ibid., p. 253.

de la decadencia de la ciudad. En esas circunstancias, su extinción se tornó irreversible.

El mimetismo de las capas medias

Si bien el chulla quiteño representó el fracaso de un proyecto identitario de los sectores subalternos de la ciudad, que basaron dicha posibilidad en la recuperación de referentes identitarios de un grupo social condenado a su desaparición como fue la aristocracia, por otra parte, aquél abrió el camino que recorrerían las capas medias en general. En efecto, el chulla, con su insistencia y pasión imitativa, hizo un lugar entre los segmentos antagónicos de una sociedad polarizada, a los sectores sociales emergentes que desde entonces se ubicaron y posesionaron en una situación intermedia.

En la primera mitad del siglo XX, las capas medias de Quito: burócratas, empleados privados administrativos, profesionales liberales, pequeños y medianos empresarios, disputaron de manera intensa a los sectores altos, la apropiación de los signos distintivos, es decir, de esos objetos, lugares y prácticas que otorgaban jerarquía, impidiendo con ello la monopolización de los emblemas de clase.

Dicha disputa generó una interesante dinámica social, por la cual las capas medias desarrollaron una capacidad imitativa o mimética como nunca antes se había puesto de manifiesto en la historia de la ciudad. Gracias a dicha estrategia, lograron apropiarse de ciertos signos distintivos, situación que impulsó en la élite social la necesidad de buscar nuevos emblemas de clase. De esta manera, se inauguró un juego o más bien una lucha entre imitadores e imitados. El objetivo de las capas medias fue aproximarse lo que más pudieran al estilo de vida de los sectores altos, mientras que éstos buscaban, permanentemente, que las clases ubicadas por debajo de ellas se vieran irremediables distintas y vulgares para poder destacar y brillar.

Un caso ejemplar de este tipo de conducta imitativa fue la búsqueda de la elegancia y confort a como dé lugar. A pesar de su limitado poder adquisitivo, que les impedía acceder a elementos e insumos de indumentaria o habitación distinguidas, las capas medias fueron

capaces de inventar una serie de procedimientos y echar mano de una infinidad de recursos para lograr sus propósitos.

En el caso de la indumentaria por ejemplo, una de esas soluciones ideadas fue la creación de las llamadas “guardarropías”. Se trataban de establecimientos en donde se alquilaban trajes de señor o caballero para ciertos eventos sociales. Sus clientes más asiduos fueron los chullas, los empleados públicos y los adinerados del campo que deseaban acceder a los círculos sociales de la ciudad a través de las fiestas y las reuniones sociales. En cambio, los burócratas más prósperos, y que podían prescindir de las guardarropías, tuvieron entre sus principales gastos mensuales, los servicios de un sastre.

Las capas medias en general no podían prescindir del traje, ya que éste se convirtió en un signo de la posición y estatus alcanzado y, por tanto, de distinción frente a los sectores populares. De esta manera, en este nuevo grupo social se arraigaron hábitos que antes solo habían sido observados por la burguesía de alcurnia, como por ejemplo: el uso de corbata, colonias y desodorante, así como la costumbre de afeitarse con navaja o peinarse con gomina.

La búsqueda de elegancia no se limitó al vestido sino que también se expresó en los patrones de habitación. De esta manera, los empleados públicos, desde las década de los veinte, incorporaron entre sus objetivos la posibilidad de tener una casa al norte de la ciudad al estilo de las villas de las familias adineradas. La presión social que lograron generar ante el Estado, rindió prontamente sus frutos. En la década de 1930 por ejemplo, La Caja de Pensiones emprendió la construcción de viviendas para sus afiliados en el lugar conocido como “Ciudadela Bolívar”, al interior de la misma Mariscal. Este tipo de viviendas, realizado en lotes pequeños, reprodujo en una escala mucho menor las fachadas de las grandes mansiones, y en su interior, los residentes se empeñaron en realizar una decoración siguiendo el ejemplo de la burguesía nobiliaria quiteña. Gracias a iniciativas de este tipo, los sectores medios realizaron el sueño de convertirse en vecinos de los sectores pudientes y sentirse como familias prósperas.

Asimismo, dichas clases emergentes encontraron la forma de ingresar a clubes privados como el Pichincha, o participar en ritos y

prácticas recreativas de alto valor distintivo, como ir al cine a inicios de siglo, y unos años más tarde, bailar tango o apostar en las carreras de caballos en los hipódromos de la ciudad los días domingos.

En este proceso de emulación, los sectores medios lograron hacerse de su propia servidumbre doméstica, otro signo de distinción en el Quito de la primera mitad del s. XX. Para dicha época, no había hogar de medianos ingresos que no tuviera una empleada doméstica, de ahí que aún en 1936, el 21,1% de la población de Quito se encasillara en esta ocupación.⁷⁶ A este tipo de trabajadoras se les exigía asumir un conjunto de labores que en las casas de los ricos eran cumplidos por diversas empleadas (desde cocinera a lavandera pasando por mucama); lo que condujo a la sobreexplotación y a la desvalorización de su rol, convirtiendo a aquellas mujeres en una especie de esclavas modernas. Desde entonces hasta nuestros días, tales actividades quedaron establecidas como parte de las funciones a asumir por cualquier doméstica.

En definitiva, para las capas medias quiteñas, la búsqueda de elegancia y confort se volvió una prioridad fundamental, al extremo que la mayoría de sus miembros estuvieron dispuestos a sacrificar parte importante de los gastos destinados a la alimentación, con tal de aparentar un estilo de vida distinguido; de ahí que los sectores medios de Quito hicieran de la apariencias, —y el aparentar—, una forma de vida y uno de sus rasgos idiosincrásicos más peculiares.

76 SUÁREZ, Arturo Pablo; LÓPEZ, A. y DONOSO Cornelio: “Estudio numérico y económico-social de la población de Quito”, *Boletín del Departamento Médico-Social* 1: 1, 1937, Quito, pp. 7-11.

Parte segunda

LAS ESTRATEGIAS DEL MESTIZAJE

LA MUTACIÓN SOCIAL O EL ACHOLAMIENTO CIUDADANO

Los inmigrantes de origen indígena que llegaron a las grandes ciudades del país y en especial a Quito, en la primera mitad del s. XX, protagonizaron un cambio social, económico y cultural, que si bien empezó como una estrategia mimética más, la rebasó dando lugar a una modificación real que forjó un sujeto nuevo distinto del indio, el blanco y el mestizo de origen colonial: el cholo, quien representa un modo alternativo de ser en la sociedad plural ecuatoriana. De esta manera, el camuflaje dio paso a una mutación social, dicho en otras palabras, a una transfiguración etno-cultural.

La ciudad fue el escenario de realización plena de este fenómeno. De ahí que los sociólogos de la época, como Espinosa Tamayo lo destacaran como tal: “la clase mestiza, lo que hoy llamamos cholos... constituyen en su mayor parte, el pueblo de las ciudades”.⁷⁷

Otro de aquellos sociólogos de dichos tiempos, Alejandro Montes de Oca, en un artículo llamado “Causas del desastre de la agricultura” aparecido en 1923 en el diario *El Día*, enunciaba la singularidad que entrañaba dicho fenómeno:

... el indio trabaja para sí y no para otros; sus hijos hacen lo mismo; y en vez de arrendar sus servicios personales en las haciendas, emigran a las ciudades; los hombres, a trabajar con mejores salarios en las obras fabriles y las mujeres a prestar sus servicios saboreando las comodidades de la vida urbana y las dulzuras de la ociosidad y el alcoholismo, supremo ideal del indio, jamás vuelven a los campos. Es este, ordinariamente, el período de metamorfosis en que el indio se convierte en mestizo y como mestizo pasa a la categoría de cholo.⁷⁸

⁷⁷ ESPINOSA TAMAYO, Alfredo, *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, vol. 2, Quito, BCE, 1979, p. 204.

⁷⁸ Diario *El Día*, 8-XI-1923, Quito.

El cholo resultó por tanto un ex – indio, un individuo que en la ciudad perdería su estatus étnico inicial, establecido por ciertas señas externas de identificación: indumentaria tradicional andina y uso del kichwa. Se trataba de una suerte de desindianización y de reactivación renovada del viejo proceso de mestizaje cultural; proceso que fue llamado por Icaza: “acholamiento ciudadano” y, más tarde, en 1959, por el Plan Nacional de Desarrollo del Sur del Perú y del Seminario Peruano de Antropología: “cholíficación”.⁷⁹ Denominación que se utiliza actualmente dentro de las ciencias sociales en el contexto del Mundo Andino.

En definitiva, los cholos fueron individuos que se desprendieron de la masa del campesinado indígena, cruzaron la frontera de separación étnica entre indios y no-indios y adquirieron el estatus de mestizos. En dicho proceso, los protagonistas se deshicieron de las señas externas de identificación indígena: indumentaria, idioma y, en algunos casos, antroponimia (nombres y apellidos), reemplazándolos por ciertos signos asociados a la cultura mestiza andina y al mundo occidental contemporáneo, incluidos ciertos rasgos psicológicos y de mentalidad moderna.

No obstante, dicho proceso no se dio de forma vertiginosa —tan solo por excepción— entrañando por regla general cierta gradación. Icaza, muy sensible a este tipo de mutación, en su novela *Huairapamuschcas* aparecida en 1948, define el proceso como “lenta transformación hacia el tipo cholo, hacia el tipo que se aleja del indio”.⁸⁰ De esta manera, un grado incipiente de dicha conversión o mutación correspondió, en el contexto urbano quiteño, al llamado “longo”. Denominación que se utilizó por entonces para denominar a los ex – indios que se ocupaban en bajos menesteres, es decir, a los trabajadores de bajo status: cargadores, albañiles, sirvientes, porteros, mensajeros, etc., en los que empezaban a hacerse difusas las señas externas que había servido para clasificarlos como indios. Aquellos individuos se-

79 Citado en la obra de QUIJANO, Anibal, *Dominación y cultura/Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Mosca Azul Editores, Lima, 1980, p. 63.

80 ICAZA, Jorge, *Hijos del Viento (Huairapamuschcas)*, Rotativa, Plaza & Janes, Barcelona, 1975, p. 38.

habían despojado a medias de la tradicional indumentaria andina, chapuceaban un castellano muy influenciado por el kichwa, además se creía que portaban como marca —y de manera delatora—, el fenotipo indio. Por estas razones, el *longo* se ubicaba en una suerte de lugar intermedio, o mejor dicho, en la transición de indígena a cholo, poniendo en evidencia la presencia de un continuo étnico que iba de indio a mestizo, en el cual se daban y se dan diferentes grados de aculturación.⁸¹

El proceso de transfiguración del indio en cholo o mestizo cultural, seguía un trayecto que, iba desde el remplazo de indumentaria al cambio psicológico. Para los migrantes interioranos de origen indígena, el cambio de vestido se convirtió en un primer paso que había que dar para resolver el problema de adaptación a la ciudad, ya que la vestimenta indígena en la primera mitad del s. XX, fue convertida en signo descalificador, en tanto se asoció con el retraso y el desaseo (al ser fuente de contaminación de enfermedades u objeto antihigiénico). En la obra icaciana, especialmente en un pasaje de la novela *En las calles*, se ilustra claramente dicha connotación. Los indios de Chaguarpata, en busca de una audiencia con el presidente, han acudido a su despacho. Mientras esperan para ser atendidos, de sus cuerpos e indumentaria se desprende un mal olor en forma de miasma contaminante que se esparce sin consideración alguna por todo el edificio, provocando una profunda sensación de asco en el Presidente y su secretario, al extremo de indisponer al primero:

Con diabólica burla, el mal olor de la indiada se envolvió de pronto en las piernas, en la barriga, en el pecho —viscosa enredadera— del señor Secretario Particular. Y, con imprudencia que comprometía al subalterno, saltó sobre los papeles del escritorio para hurgar en el chuchaqui de su Excelencia, el cual, dejando a un lado la estilográfica y agarrándose la frente con ambas manos, murmuró:

—Cosa rara ... Nunca antes... Siento una descomposición general... Una náusea...

81 IBARRA Hernán, “El laberinto del mestizaje”, en *Identidades y sociedad*, Centro de Estudios Latinoamericanos, PUCE, Quito, 1992b, p. 106.

“Mis pies... A lo peor el sudor de mis pies... No me cambié de medias... Las mismas de hace cinco días.. ¡Maldita mujer! Ahorra... Ella sabe que no puede..”, se dijo el señor Secretario Particular con el temor y la vergüenza de quien se siente responsable de un pecado nada aristocrático. Y en busca de la disculpa más adecuada, de la razón que le ponga a salvo, afirmó:

—Quizás lo de de anoche... Tal vez una intoxicación ... Sí ... Eso ... Cuando yo ...

—Lo de anoche... Lo de anoche... —alcanzó a decir el señor Presidente, levantándose y entrando a su higiénico particular con ansia y desesperación grotescas. Cuando quiso volver al trabajo y entró de nuevo a su despacho, su ayudante había desaparecido, y, aquel mareo como de asco de sí mismo, latente en él y fuera de él, le apretó en la garganta, en el estómago. “Imposible. Debe ser algo grave”, se dijo y timbró varias veces. De inmediato se presentaron los edecanes y varios empleados de Secretaría.

—Me siento indispuerto. Algo enfermo. Cancen la audiencia de la mañana.⁸²

Al mismo tiempo, en un ambiente en el cual se despreciaba y subestimaba al indio, portar una vestimenta igual o próxima, colocaba a los individuos que la vestían en una situación de extrema vulnerabilidad o de indefensión. Es lo que se puede deducir de otro pasaje de la misma novela de Icaza. Cuando uno de los inmigrantes de Chaguarpata, el zapatero Ambrosio Yáñez, se instala en uno de los barrios bajos de la ciudad de ese entonces: La Tola, rodeado de burdeles y cantinas, es víctima del abuso de tres señores “bien vestidos” que, a empellones, abren en la noche la puerta de la tienda que había logrado arrendar el humilde zapatero, para aprovecharse de la virginidad de su hija; la joven Raquel. El padre, que quiere impedir el atropello, es golpeado despiadadamente. Cuando llega la policía, los señores se quejan de que han sido tratados irrespetuosamente por el chagra. Los agentes del orden, deciden entonces llevar al zapatero y los agresores a la cárcel. En el trayecto, éstos dan una coima a los gendarmes, razón por la cual termina en el presidio solamente el chagra de Chaguarpata.

82 ICAZA, Jorge, *En las calles*, Buenos Aires, Editorial Losada S. A., 1944, pp. 16-17.

El comisario impone a Yáñez tres días de cárcel y una multa por haber agredido a “los que no son de poncho”.⁸³ En el Quito de esa época, la justicia operaba abiertamente a favor de quienes vestían como señores. Dado el caso de un conflicto en el cual se veían involucrados gentes del campo y señores de la ciudad, la sospecha caía inmediatamente en los primeros. Resultaba entonces que ir vestido como “señor”, no solo era un atenuante sino que confería impunidad. De ahí la célebre expresión popular, que hasta hace pocos años atrás aún tenía plena vigencia en nuestro medio: “la cárcel es para los de poncho”.

No cabe duda de que el cambio de vestimenta para los inmigrantes de origen indígena, resultaba una estrategia orientada a superar la indefensión ante la ley y aminorar abusos y atropellos. No obstante, aquellos recién llegados fueron más lejos. Una vez que lograron insertarse exitosamente en el aparato laboral, además de adquirir una nueva vestimenta, poco a poco fueron asumiendo otra mentalidad, incorporando otro olor, nuevos hábitos y comportamientos culturales.

Con respecto a Ricardo Quishpe y Lucas Guamán, indios exhuasipungueros de la hacienda de Luis Antonio Urrestas ubicada en Chaguarpata, y convertidos ahora en trabajadores urbanos, el uno peón y el otro cargador de Chimbacalle, Icaza advierte:

Y ambos, sin darse cuenta, se transformaban —indumentaria, costumbres, voz, olor, sentimientos— adaptándose poco a poco a la vida y trabajo ciudadanos. Aquel tono peculiar —marca de latifundio— como de humildad resentida que los caracterizaba se había endurecido en taimado cinismo. Y el poncho, y la cotona, y el calzón de liencillo, y las hoshotas, envejecían y se remendaban en la esperanza siempre aplazada de un vestido de casinete, de una gorra a lo gringo —maquinistas, mecánicos y gerentes de ferrocarril— y de unos zapatos de becerro.⁸⁴

Esta aspiración de cambio se hace realidad cuando el indio Lucas Guamán y su paisano el cholo Ramón Landeta, pasan a desem-

83 *Ibid.*, p. 78.

84 *Ibid.*, pp. 16-17.

peñarse como porteros de una fábrica: “Al impulso, consejo y magia de las nuevas obligaciones, cholo e indio modificaron su aspecto y en mayor escala sus costumbres. Guamán dejó la cotona y el poncho, cambió las hoshotas por los zapatos —el primer par le regaló el señor ingeniero—”.⁸⁵

Estos personajes de la obra icaciana ilustran la conversión exitosa, en la ciudad, de los inmigrantes de origen indígena en mestizos culturales. Este es el sentido profundo de lo que Icaza denominó “acholamiento ciudadano”; mutación social que fue viabilizada por ciertos roles o actividades laborales inherentes a la economía capitalista o por las actividades de carácter represivo demandadas por dicho sistema, ya sea a través de la incorporación al ejército o a la policía.

En el Quito de entonces, “cholo” fue sinónimo de trabajador manual, pequeño artesano, obrero o pequeño comerciante. De ahí que Ángel Modesto Paredes, en un ensayo de fines de la década de 1940, considera que la clase mestiza inferior está constituida por todos aquellos que se dedican al trabajo manual, del taller o de la fábrica, así como los pequeños comerciantes de víveres y dueños de humildes fonduchas. Este sector constituiría —para dicho escritor— la denominada “clase popular”.⁸⁶

Al mismo tiempo, los testimonios de los viajeros extranjeros revelan que la palabra “cholo”, desde el siglo XIX, se utilizaba para llamar a los soldados de la tropa. Igualmente en la literatura realista se llama “cholos”, indistintamente a policías o soldados. Así por ejemplo, en otra escena de la novela *En las calles*, cuando los huelguistas, junto con sus familias, intentan tomarse las instalaciones de la fábrica en la que trabajan y son desalojados violentamente por los soldados y policías, los manifestantes les gritan: “¡Cholos mismo son! — ¡Pobres mismo son!”.⁸⁷

85 Ibid., pp. 68.

86 MODESTO PAREDES, Ángel, *Pensamiento Sociológico*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol., 6, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional, Quito, p. 345.

87 ICAZA, op., cit., 1944 p.148.

En efecto, como señala Espinosa Tamayo en 1916: “Los grados inferiores de esta clase [militar], están formados en su mayor parte, por improvisados, que salen por regla general, de los artesanos mal avenidos con su ocupación, de los campesinos que cambian el instrumento de labranza por el fusil”.⁸⁸

El proceso de cholificación o acholamiento ciudadano, solo por excepción supuso mezcla o miscigenación racial, aunque muchos de los que querían enterrar para siempre su pasado indígena se empeñaron en aclarar su piel, hecho que se creía garantizaría el ascenso social. De hecho, los hijos de los propios patrones blancos engendrados en las servicias o huasicamas indias, popularmente conocidos como “medio blanquitos”, tenían más facilidades para desprenderse de la matriz indígena. No obstante, cuando los cholos en general lograban distanciarse lo suficiente de sus orígenes indígenas, tenían que ser muy cuidadosos para que sus rasgos no los delatasen. Se trataba de asumir una actitud que, como señala Serafín Oquendo, el cholo protagonista de la novela de Icaza, *Media vida deslumbrados* (1942) suponía: “luchar porque nu’asome el indio. No dejarle salir a la cara, a la voz, a los ojos, a la ropa, a la tierra en la cual uno vive, a todo mismo. Shevarle como un pecado mortal en las entrañas”.⁸⁹

El proceso de desindianización no concluía con la conversión en cholos, muchos de ellos a su vez se transformaron en “señores”, término que en la época —como lo evidencia la literatura icaciana y la costumbrista de García Muñoz—, se asoció a una situación socioeconómica propia de los estratos medios y altos, así como de un modo de vida que podría ser definido, en términos culturales, de blanco-citadino.

Tal promoción, como advirtiera Agustín Cueva, fue posible a través de tres vías: 1) la educación con miras a la obtención de una profesión liberal, 2) el comercio al por mayor y, 3) formas ilegales y antiéticas como la usura, el contrabando y el arribismo.⁹⁰ La primera

88 ESPINOSA TAMAYO, Alfredo, *Psicología y sociología del Pueblo Ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano. BCE. CEN, Quito, 1979, p.208.

89 Citado por CUEVA, Agustín, *Lecturas y rupturas*, Colección País de la Mitad, Quito, Planeta, 1986, pp. 96-97.

90 Ibid., op., cit., p.

vía impuso un ritmo más lento o pausado, mientras que las dos últimas se realizaron de manera rápida o vertiginosa.

La literatura icaciana ilustra claramente los dos últimos casos. En la novela *En las calles* se narra la historia de un cholo pequeño comerciante, quien a través de una acción comercial de rapiña se convierte en burgués próspero, mientras que en la novela *Cholos*, escrita unos años más tarde, se cuenta la historia de un cholo “chulquero” o agiotista que se adueña de una gran hacienda ante la incapacidad de pago de la deuda que tiene su antiguo dueño. A través de dichos procedimientos se forma lo que el mismo Icaza llama, acudiendo al habla popular quiteña de la época, “cholerío aristocratizante y latifundista” o lo que es lo mismo, “cholerío adinerado”.⁹¹

A diferencia de la estrategia educativa, que concluía con a la obtención de una profesión liberal, los individuos que se involucraban en el comercio a gran escala o a las formas ilegales y antiéticas, no perdían el apelativo de “cholo”, a pesar de la alta posición económica adquirida. De ahí la denominación de “cholo descreído” o “cholo alzado”, término éste último que se utiliza hasta la actualidad.

En definitiva, la literatura icaciana nos presenta al cholo, en el Quito de la primera mitad del s. XX, como una especie de embrión de las capas medias, ubicado en una posición que funciona semejante a una sala de espera en la movilidad social.

Sin embargo y al mismo tiempo, la cholificación contribuyó al resquebrajamiento de la división racial del trabajo; ordenamiento que había prevalecido en la ciudad desde la época colonial hasta el s. XIX. En esas circunstancias, los inmigrantes de origen indígena o campesino mestizo, gracias a la presión constante que generaron, pudieron acceder a cargos y funciones laborales que antes les estaban vedados, pero a condición de distanciarse precisamente de sus orígenes. Poco a poco, y a medida que avanzaba el s. XX, las posibilidades de acceder a un puesto o cargo que suponía cierto “don de mando”, dejó de responder cada vez menos a las condiciones heredadas en favor de las capacidades adquiridas.

91 ICAZA, Jorge, *Cholos*, Libresa, Quito, 1990, p. 141.

LA INCLUSIÓN

La identidad pueblo

La identidad “pueblo” fue una de las primeras forma de agregación social inclusiva que, de alguna forma, contrarrestó las tendencias segregacionistas y confrontativas al interior de los estratos populares. Su aparecimiento en el Quito de la primera mitad del s. XX, solo pudo ser posible en un ambiente social en el que se produjo una intensa politización de la cotidianidad como parte de la secularización de la vida en general, el surgimiento de nuevos estratos sociales y la intensificación del conflicto clasista.

En 1895 el movimiento liberal impulsó no solo un cambio de gobierno sino de régimen, de ahí el calificativo de “revolución” que se le asignó. El cambio del carácter del Estado, a partir del divorcio con la Iglesia Católica, marcó el inicio de una nueva época. A partir de entonces, el Estado pasó a encarnar realmente el interés colectivo de la sociedad, en tanto la autoridad fue concebida como fruto de la soberanía popular y representante del bien común o general. Con ello se gestó la separación entre la Sociedad Civil y Estado, y se definió claramente el ámbito de lo público y lo privado.

Antes de la constitución del Estado Laico, la Iglesia Católica ejercía un infame monopolio ideológico, pues dirigía la moral y la conciencia pública y privada a su antojo. La iglesia manejaba las regulaciones del matrimonio y la familia. Asimismo, el nacimiento, la muerte y la unión conyugal se consideraban actos de carácter religioso, por lo que eran solemnizados por el clero. Con la promulgación de las leyes de Registro Civil (1900), Cementerios (1900), Matrimonio Civil (1902), Libertad de Cultos (1904) y Divorcio (1910) se erosionó de forma irreversible tan insufrible predominio ideológico.

Gracias a la Ley de Cultos, que proclamó la separación entre Iglesia y Estado y, por tanto, la decisión de éste por prescindir de una religión, la Iglesia Católica perdió su estatus oficial. Sus organizaciones (diócesis, comunidades, cofradías, etc.) quedaron sin fueros especiales, ni personería jurídica, por lo que resultaron incapacitadas para llevar adelante actos legales y de mantener o adquirir bienes, así como de ejercer representación ante el Estado.⁹²

Gracias a las leyes de creación del Registro Oficial, Matrimonio Civil y Divorcio, el nacimiento, la unión conyugal y la muerte dejaron de considerarse mandamientos o designios divinos y se asumieron como acciones civiles, compromisos y derechos ciudadanos ejercidos con relativa libertad.

La disposición que declaraba públicos todos los cementerios y dejaba su administración en manos de las Juntas de Beneficencia, así como la disposición de establecer cementerios privados para otras religiones, permitió el reconocimiento del derecho básico a la inhumación que la Iglesia Católica había negado a los réprobos: ateos, suicidas y personas de otras religiones.

Pero, sobre todo, fue la declaración de *libertad de conciencia* la que amplió considerablemente las posibilidades de expresión del pensamiento y quitó a la Iglesia la facultad de censurar publicaciones, prohibir lecturas, clausurar periódicos, dirigir la educación fiscal y establecer sus contenidos. La *excomunión* y el índice, nunca más supusieron para una persona la pérdida de derechos y garantías constitucionales. A partir de entonces, los medios de comunicación alcanzaron un importante desarrollo, especialmente los periódicos que ya no eran responsables de lo que decían ante los obispos sino ante la opinión pública.⁹³

El advenimiento del Estado Laico puso fin a la sacralización de la autoridad, que había caracterizado a los estados premodernos; en los cuales la autoridad estatal estaba rodeada de una aureola sacra, en la medida que su origen era considerado divino, en tanto bende-

cido por Dios. Después de la Revolución Francesa, el Vaticano había elaborado una ideología que condenaba la “soberanía popular” para respaldar a las monarquías absolutistas y reaccionarias de Europa. En Ecuador, todavía a fines del s. XIX, la Iglesia Católica seguía fiel y obcecadamente dicha ideología. Con el Estado Laico, la autoridad pasó a considerarse exclusivamente fruto de la soberanía popular es decir, del consenso de los ciudadanos formalmente iguales y libres de jerarquías tradicionales y pertenencias corporativas.

Al mismo tiempo, en la primera mitad del s. XX, y como consecuencia del cambio de la estructura social urbana, se produjo un reordenamiento social significativo que se expresó en la descomposición y readecuación de los viejos actores urbanos y el surgimiento de otros nuevos, así como en la descomposición de las viejas relaciones entre dominantes y dominados que dio lugar a lo que Juan Maigusha llamó “crisis de la autoridad patriarcal”.⁹⁴ Los viejos habitantes de Quito que incluían grupos como aquéllos que reivindicaba orígenes nobiliarios, junto a letrados, clérigos, oficiales, soldados rasos, mercaderes, burócratas incipientes, artesanos, sirvientes e indios de comunidad encargados de realizar servicios y trabajos públicos, se vieron obligados a reajustarse al nuevo marco social, en el que empezó a predominar un nuevo tipo de relaciones sociales, diferente a los vínculos personales y directos, dentro de un trato patriarcal, a los que estaban acostumbrados.

Las nuevas relaciones provocaron cambios significativos en las formas ideológicas, pero sobre todo, dieron lugar a la constitución de una nueva estructura urbana de clases conformada por nuevos actores: proletariado, subproletariado, capas medias, burguesía, etc. Estas modificaciones se expresaron en la intensificación de la conflictividad, la agitación social y el desarrollo de nuevas formas de agregación social.

La tortuosa inserción de los inmigrantes interioranos en el escenario urbano quiteño de entonces y la adaptación de los viejos ac-

92 AYALA, Enrique, *Historia de la revolución liberal ecuatoriana*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1994.

93 *Ibíd.*, p. 323.

94 MAIGUASHCA, Juan, “Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo”, en: *Las crisis en el Ecuador, los treinta y ochenta*, Corporación Editorial Nacional, Quito, pp. 79-94.

tores de la ciudad a las nuevas condiciones históricas, incrementó la conflictividad social, la lucha de clases y el choque étnico, a la vez que dinamizó los procesos de aculturación y movilidad social. En ese ambiente social álgido, en el cual la autoridad había sido desacralizada, permitiendo definir con mayor claridad la escena política como un espacio de acción para los ciudadanos, aparecieron las ideologías emancipadoras o de izquierda que promovieron una mayor participación política de los sectores populares y de los individuos en general, a tal extremo, que la política contaminó de forma cabal la vida cotidiana. En esas circunstancias, se reactivó la lucha de clases, que se expresó en las tensiones sociales y clasistas entre los de arriba y los de abajo, entre capitalistas y proletarios, entre la oligarquía (clases propietarias) y sectores populares.

En ese clima de confrontación aparecieron y se desarrollaron los partidos políticos y las organizaciones de trabajadores (sindicatos, mutualistas, etc.), a la par que el concepto “pueblo” adquirió una connotación política, constituyéndose en una particular forma de agregación social. Se trataba de una identidad colectiva incluyente, en la medida que logró reunir a sujetos de diversa condición social: consumidores, usuarios, desocupados, pobres y trabajadores en general, quienes se opusieron al Estado post-alfarista y a las clases propietarias, las que a su vez se agruparon en una especie de frente formado por los latifundistas, sus seguidores políticos y sus aliados económicos: banqueros y capitalistas, a quienes se identificó y calificó de “oligarquía”. De esta manera, se inauguró el proceso moderno de impugnación social.

Fue así como la política salió de los palacios oficiales y las casas de los señores. A partir de ahora estaba en las calles, y fue asumida como un ejercicio y una preocupación más del hombre común. Calles y plazas dejaron de funcionar como simples accesos que comunicaban unas viviendas con otras o lugares en los cuales se oficiaban ciertas ceremonias religiosas, para convertirse en escenarios de expresión de apoyo o rechazo a los gobierno de turno, y en los cuales los sectores populares expresaban y defendían sus intereses de clase. Tal fue la contaminación política de aquellos espacios, en los cuales

la conversación de los individuos sobre asuntos de la vida privada y pública se tornó frecuente, que se gestó lo que Eduardo Kingman ha denominado: “lenguaje de plaza pública”;⁹⁵ parte consustancial de la cultura política del ciudadano actual.

La identidad mestiza

La afirmación de la identidad mestiza en nuestra sociedad, y en Quito en particular, fue el resultado de la aceptación del término “mestizo” como nombre propio o autocalificativo y el desarrollo de un discurso enaltecedor acerca del mestizaje.

El nombre “mestizo”, soporte de la identidad mestiza, surgió como una categoría racial dentro de una nomenclatura o terminología particular construida en la época colonial para clasificar racialmente a los súbditos de la corona. Dicha nomenclatura se denominó *Pigmentocracia* y en ella el término “mestizo” tuvo una clara connotación negativa, ya que indicaba cruce, mezcla, es decir, bastardía.

En el marco de la división racial del trabajo, al mestizo se le asignaron roles específicos vinculados con el trabajo manual o artesanal en las ciudades y, ciertos cargos administrativos, en el espacio rural: mayordomo básicamente. Estas funciones laborales fueron privilegiadas en comparación con las conferidas a indios o negros. Sin embargo, la mayor concesión que se otorgó al mestizo fue la exoneración del pago de tributo al que estaban sometidos los indígenas. Fue por esta razón, que el carácter de no tributarios, constituyó un referente fundamental que marcó la frontera entre mestizos e indios, razón por la cual, el nombre “mestizo” terminó afirmándose como una categoría fiscal.

En estas circunstancias, muchos indios que se arraigaron en la ciudad, decidieron disfrazarse de mestizos y sustentar su mestizidad, con la finalidad de quedar exentos de la tributación colonial.

95 KINGMAN, Eduardo y SALMAN, Ton, “Las culturas urbanas en América Latina y los Andes: lo culto y lo popular, lo local y lo global, lo híbrido y lo mestizo” Introducción al libro *Antigua Modernidad y Memoria del Presente, Culturas urbanas e identidad*, Flacso, Quito, 1999, pp. 19-54.

Así dio inició en el s. XVIII, las llamadas “declaraciones de mestizaje”, por la cual muchos sujetos se involucraron en procesos judiciales con el propósito de demostrar que no eran indios ni negros, para lo cual confesaron ser sujetos de sangre mezclada, presentaron para tal propósito, dudosas pruebas que pretendían fundamentar sus declaraciones. Mediante este procedimiento, muchos de ellos alcanzaron el status de mestizo.⁹⁶ A partir de entonces, asistimos a la primera fase de toma de conciencia de una condición de ser que se tornó alternativa al del indio: el mestizo. De esta manera, se sentaron las bases de lo que posteriormente sería una identidad mestiza.

Las “declaraciones de mestizaje”, sin embargo no prosperaron. El celo de las autoridades reformadoras borbónicas hizo que se colocaran obstáculos mayores y cuando ello no fue suficiente, se llegó a pensar en extender el tributo a los mismos mestizos, para lo cual se llevó a cabo un censo o numeración. La reacción popular en Quito y particularmente en el Barrio de San Roque, que en el s. XVIII nuclearizaba a los mestizos, no se hizo esperar. No obstante, el descontento de los mestizos reconocidos oficialmente como tales y llamados “de sangre” o “reales” no se dirigió contra las autoridades sino contra los mestizos culturales, ya conocidos por entonces como “cholos”, a quienes se les amenazó con lincharlos si insistían en sus pretensiones de ser clasificados como “mestizos reales”. Este conflicto, si bien contribuyó por una parte a afirmar la unidad de los mestizos de sangre y al desarrollo de su autoconciencia colectiva, al mismo tiempo restringió y coartó la posibilidad de que la mayoría de la población de la ciudad, sin duda, indios aculturados, desarrollaran una autoidentificación como mestizos, lo que a la larga supuso el repliegue y estancamiento del proceso de construcción de una identidad mestiza.

Más tarde, al iniciarse los tiempos republicanos, los sectores dominantes y las elites intelectuales tuvieron que hacer frente a una doble necesidad histórica contradictoria: la búsqueda de una identidad específicamente americana que afirmase la diferencia con lo español y la necesidad de reivindicar la hispanidad, puesta en duda

96 IBARRA, Alexia, *Estrategias del mestizaje. Quito a finales del s. XVIII*, Abya-Yala, Quito, 2002.

por los prejuicios teóricos vigentes en la península. La solución a este propósito doble y contradictorio fue un discurso ideológico que reivindicó al mestizaje y pretendió promover una identidad nacional a partir de la incorporación del indígena “prehistórico” y la reivindicación de la ascendencia española.⁹⁷ Sin embargo, la posición de las élites fue ambigua, si bien se dio inicio a la exaltación del mestizaje, al mismo tiempo y en la vida diaria, se continuó despreciando al mestizo y al indio real.

Solamente y en la medida que el mestizo se convirtió en actor histórico —gracias a su participación activa en la revolución alfarista—, sumado al hecho de alcanzar como grupo, un considerable peso demográfico y contar con una propia intelectualidad formada en el sistema educativo laico, el discurso sobre el mestizaje fue retomado con fuerza por el Estado y la intelectualidad vinculada al mismo. De esta manera, la defensa y promoción del mestizaje se convirtió en ideología oficial y se expuso como identidad nacional. Aquel discurso proclamó el carácter mestizo de la nación, a la vez que presentó al mestizaje como un principio universal, de cruce racial y sincretismo cultural, encaminado al perfeccionamiento racial (eugenesia) y cultural. Desde dicha perspectiva, el mestizaje resultaba una especie de ley universal al que estaban sujetas todas las razas y los pueblos del planeta, ya sean europeos, españoles e indios. Idea que alimentó dos concepciones fundamentales: 1) una evietérmica-genética que planteaba que el cruce racial empezaba en tiempos preincásicos, se expandía con la llegada de los españoles y no tiene fin; y, 2) un concepto expandido del mestizaje, por la cual se concebía como mestizas aquellas razas que son relativamente no mezcladas, como los indígenas y los españoles; razón por la cual resulta que tanto Atahualpa como Pizarro eran mestizos.⁹⁸

La ideología del mestizaje se constituyó por tanto, en un discurso que apostó por la inclusión nacional total, la misma que se definió

97 MURATORIO, Blanca, “Nación, Identidad y Etnicidad: Imágenes de los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX”, en: *Imágenes e Imagineros*, FLACSO Sede Ecuador, Quito, 1994, pp. 16-17.

98 STUZMAN, Ronald, “el mestizaje como ideología de exclusión”, en Norman Whitten, Jr, (edit), *Transformaciones culturales y etnicidad en la sierra ecuatoriana*, Quito, Universidad San Francisco de Quito, 1993, pp. 70-75.

en la primera década del s. XX, como “integración”. Este proyecto fue dirigido específicamente a las poblaciones indígenas del país, a quienes se les ofreció la categoría de ciudadanos, en la medida que se comprendió que habían sido política y socialmente relegados por las sociedades colonial y republicana-conservadora. Al mismo tiempo que se planteó su “civilización”, negando o despreciando la importancia de la especificidad de las culturas indígenas. En definitiva, “la integración” quiso ser un ingente esfuerzo por llevar adelante la homogenización cultural de la nación, en la medida que se planteó integrar a los llamados indios, al precio de su deserción de sus culturas étnicas originales.

Obviamente la ideología del mestizaje se basó en el prejuicio racista, razón por la cual consideró al indio contemporáneo —ya sea al campesino pobre o al “salvaje” de la floresta amazónica—, como sujeto en un estado de postración, al margen de la civilización y, por lo mismo, un obstáculo para el progreso. Desde la perspectiva liberal, el indio fue visto como una víctima envilecida por la colonia, la iglesia y la hacienda, de ahí que solamente se enalteció al indio arqueológico y a su pasado histórico, los que fueron incorporados como mitos de origen de la nación.

La ideología del mestizaje fue incapaz de comprender la incidencia de las culturas originarias en el rostro del país y en el de los mismos mestizos. De ahí que en la época postliberal, se definió a éstos como fenotipos raciales híbridos y como sujetos portadores de una cultura de “impronta occidental” hispana, a decir de Benjamín Carrión en su *Teoría de la Nación Pequeña*. En definitiva, se reconoció lo indio como un componente principal de la constitución genética del mestizo, pero no de su ser cultural. Lo indio, en tanto contenido fundamental de la cultura de la comunidad mestiza ecuatoriana, volvió a negarse en beneficio de la afirmación de una supuesta esencia cultural hispánica.

Esta particular concepción construida en un clima de clara desvalorización del indio, hizo “digno” el calificativo de “mestizo”, el mismo que pasó a constituir una alternativa de nombre propio para una cantidad de individuos que se habían distanciado del paradigma de

blanco y el de indio, así como para quienes de manera incipiente se alejaba de éste último. Sujetos que de alguna manera habían reclamado una revalorización del mestizaje, al mismo tiempo que rechazaron y repudiaron las etiquetas estigmatizantes de “cholos”, “longos” o “chagras”. Para dichos sectores, la reivindicación oficial del mestizaje, significó una conquista social más. En fin, dicha ideología, por primera vez había sido capaz de conferir al nombre “mestizo” un sentido positivo y trascendental, razón por la cual gozó de una amplia acogida social, especialmente en el mundo urbano, adquiriendo con ello plena legitimación.

En la primera mitad del s. XX, la adopción del término “mestizo” posibilitó a los que habían sido de una u otra forma víctimas de estigmatización, segregación y discriminación, ocultar y alejarse de sus orígenes indígenas o campesinos y afirmarse como ciudadanos urbanos y civilizados. Los primeros en adoptarlo como autocalificativo, fueron las capas medias emergentes de la ciudad. Si bien, tal apropiación, en un inicio, adquirió cierto carácter de distinción, poco a poco y a medida que avanzaba el s. XX, brindó la posibilidad de agrupar bajo su definición a todos los sujetos urbanos a quienes ya no era posible clasificarlos como “indios”, gracias a lo cual remplazó a los apelativos de carácter peyorativo y estigmatizante. De esta manera, la condición de mestizo dejó de ser una estación de tránsito hacia la consecución del anhelado status de blanco, como había sucedido en la colonia y el s. XIX, para convertirse en un estadio de arribo o llegada y, por lo mismo, en una meta.

LA HIBRIDACIÓN Y LA TRANSCULTURACIÓN

Modernidad y tradición

“Modernización” es el término que se utiliza en las ciencias sociales contemporáneas para aludir a los cambios tecnológicos y económicos de una sociedad, pero sin que estos afecten o incidan a nivel cultural y, por lo mismo, en las mentalidades. Cuando ello sucede, se habla de “modernidad”, concepto que tiene una estricta connotación cultural.

La primera mitad del siglo XX, constituyó para la ciudad de Quito, una época de tránsito o paso de una sociedad tradicional, señorial y corporativa a una sociedad moderna, asentada, esta vez, en relaciones de producción capitalistas. Fue el tiempo de una transformación tortuosa, en la medida que el viejo orden social corporativo decimonónico, en el que los individuos no participaban de la vida social en cuanto tales, sino como parte de un determinado estamento o status, se resistió a desaparecer, obstaculizando el surgimiento de una nueva sociedad basada en el individuo y la individualidad.

Una vez que el proyecto liberal alfarista fue derrotado, se instauró en la ciudad un proyecto de modernidad excluyente que propugnaba la separación social, al mismo tiempo que paradójicamente se acomodó al ideal liberal de construir un Estado Moderno, basado en la formación de una cultura nacional unificada y ciudadana. Sin embargo, la idea de exclusión terminó prevaleciendo sobre la de inclusión. A pesar de ello, el proyecto de “modernidad excluyente” no fue capaz de poner fin a la hibridación y la transculturación, ampliamente estimulada por el modelo barroco premoderno de cohabitación con el otro; modelo que había permitido que tanto dominadores como dominados ensayaran entre sí distintas formas de incorporación y resignificación.⁹⁹ De ahí que en la primera mitad del s. XX, la religiosidad y

99 KINGMAN, Eduardo, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940*, Flacso, Quito, pp. 350.

la fiesta, manifestaciones claras de aquel pasado barroco, continuase reproduciéndose fuera de las esferas oficiales.

De esta manera, la modernidad anti-festiva que buscaba reprimir los rituales y la cultura popular tradicional, concebidos como obstáculos para el progreso y el predominio de la racionalidad, no logró el éxito esperado. Aunque se intentó, por varios medios, la secularización de las instituciones festivas – lo que habría supuesto la pérdida del significado de *fiesta*, su decadencia y extinción –, dicha política fracasó, básicamente porque los flujos de la inmigración rural, revitalizaron la fiesta popular afirmándola definitivamente.

En estas circunstancias, la modernización y la modernidad, no llegaron de manera igual a todos los ámbitos de la sociedad, en la cual seguían teniendo un peso considerable la economía doméstica de autosubsistencia junto con la simbólica de intercambio de dones. Por tanto, las antiguas relaciones de producción siguieron reproduciéndose. La ciudad aún dependía económica, social y culturalmente del sistema de hacienda, lo que impedía que cuajase, de una vez por todas, un proletariado moderno. En suma, la modernidad en el Quito de entonces no se desarrolló en el contexto de un proceso de industrialización sino bajo el dominio de la hacienda y del capital comercial.

De ahí que, todavía en la década de 1930, las clases sociales tradicionales tenían una fuerte presencia en la ciudad, evidenciando la incipiente instauración de una modernidad social. Según datos de Pablo Arturo Suárez en 1936, los trabajadores autónomos constituían el 23,5%, los sirvientes el 21% y los jornaleros el 10,4%. La cantidad de los individuos ocupados en las actividades industriales no era relevante, pues el 13,1% de la población urbana trabajaba en talleres artesanales y manufactureros y apenas un 4,6% en industrias propiamente dichas. Al mismo tiempo que los empleados públicos empezaron a tener una presencia considerable, ya que incluía al 16,6% de los moradores de la ciudad.¹⁰⁰

En este ambiente citadino, las relaciones cotidianas seguían estando fuertemente marcadas por la tradición, lo que hacía que los valores de la modernidad aparecieran en disputa con los valores pro-

100 *Ibid.*, p. 276.

venientes del mundo no moderno. En definitiva, la modernidad del Quito de la primera mitad del s. XX fue incipiente y excluyente, y se expresaba sobre todo en el consumo y la secularización de los gustos y las costumbres; lo que significaba que los rasgos de modernidad presentes en las élites se redujeran tan solo a signos exteriores. En otras palabras, la modernidad no fue capaz de desplazar a la tradición y, más bien, se acomodó a ella. De esta manera —como bien destaca Eduardo Kingman, para el caso de Quito como para el de otras ciudades andinas— modernidad y tradición terminaron por complementarse. Dicha situación hizo de Quito una ciudad abigarrada, en la que fue posible la articulación del mundo rural con el propiamente urbano, el de la modernidad con la colonia, dando lugar a un nuevo paisaje que al decir de Icaza resultaba:

Mezcla chola —como sus habitantes— de cúpulas y tejas, de humo de fábrica y viento de páramo, de olor a huasipungo y misa de alba, de arquitectura de choza y campanario, de grito de arriero y alarido de ferrocarril, de bisbiseo de beatas y carajos de latifundista, de chaquiñanes lodosos y veredas con cemento, de callejuelas antiguas —donde las piedras, las rejas, las espadañas coloniales han detenido el tiempo en plena aldea— plazas y avenidas de amplitud y asfalto ciudadanos.¹⁰¹

Hibridismos culturales y grupos emergentes

Con el arribo aluvional de la inmigración interiorana y la emergencia de nuevas clases sociales, la transculturización se dinamizó en un ambiente de conflicto clasista, étnico y racial, en la que los recién llegados, de manera selectiva, asimilaron y recrearon los valores de la cultura dominante, a través de apropiaciones y reciclajes que incentivaron y originaron abundantes hibridismos culturales. En su afán por ascender socialmente, los inmigrantes provincianos emularon las prácticas de los sectores altos, y al hacerlo, las costumbres refinadas de las élites fueron perdiendo valor distintivo de clase, para

convertirse en referentes generales de vida en la ciudad. Con ello se marcó una ruptura con el mundo rural y campesino, pero al mismo tiempo, el afán de imitación y asimilación que promovieron los sectores emergentes: nuevos ricos sin apellido y capas medias, a la larga resquebrajó y echó abajo el proyecto social y cultura segregacionista y de exclusión, impulsado por los sectores altos de mayor raigambre urbana y de orígenes aristocráticos.

Hablas híbridas

Las hablas utilizadas en la vida cotidiana por los diversos grupos que conformaban la sociedad urbana de ese entonces, fueron una clara manifestación de la interinfluencia cultural, lo que originó peculiares hibridismos lingüísticos. Al mismo tiempo, dichas hablas evidenciaban el origen de los hablantes y el deseo de refinamiento y superación socio-cultural de los grupos subalternos.

Aquellas hablas formaron parte de un *spectrum lingüístico* que dio lugar a un *continuum lingüístico* kichwa-español.¹⁰² En los polos opuestos de dicho spectrum se ubicaban: el idioma kichwa, hablado por los indios de los alrededores de la ciudad que emigraban de manera temporal y diaria a la ciudad, y en el otro extremo, el español hablado por la burguesía de abolengo. Entre estos dos polos, se agrupaban una serie de estratos lingüísticos que se aproximaban o se distanciaban de uno u otro idioma, dependiendo de la posición en la jerarquía social de sus hablantes.

El habla cotidiana de los grupos subordinados revelaba en general una evidente influencia del kichwa, sin embargo, en aquéllos que habían adoptado una estrategia de asenso social, su manera de comunicarse dejaba en claro el deseo de dejar atrás el idioma andino y usar solamente el español, para superar el estigma de indio, longo, cholo o chagra que obstaculizaba su movilización social.

Tanto la literatura icaciana y costumbrista de la época, nos presentan claros ejemplos de estos tipos de hablas, evidenciando las ca-

101 ICAZA, Jorge, *El Chulla Romero y Flores*, El Conejo, Quito. 1986, p. 35.

102 MUYSKEN, Pieter, "Contacto entre el kichwa y el castellano en el Ecuador", en *Antropología del Ecuador*, Abya-Yala, segunda edición, Quito, 1989, p.463.

racterísticas generales de las mismas y la manera en que ellas se constituyeron en una especie de marca para establecer el estatus socioétnico de los hablantes.

En el habla de los longos, por ejemplo, se podía advertir claramente la incidencia del kichwa a nivel fonético, morfológico y de sintaxis, pero al mismo tiempo se evidenciaba en dicho colectivo, el esfuerzo de usar exclusivamente el español. Un claro ejemplo de esta manera de hablar, la encontramos en el diálogo transcrito por García Muñoz entre dos albañiles y sus mujeres en una de las guaraperías del Panecillo, mientras una de las parejas bailaba animadamente:

- Así, Taype, entrále no más a la Rosa
- Dija, pes, José —dice la amiga— dende ayer tardi cá, mi estáis solo fregando.
- Lo que ya no pudi aguantar, pes, Roseta, purqui sois bien macanuda, icaracho!...
- ¡Viva la parija! —grita otro de la jorga.
- Patronita, acomodá, pes, treinta de chicha...
- Caray, qué Rica Rosa para un baili!
- Así, Roseta, quitále nu más el marido a la Pitrona —
- Qui haciendo ha de quitar pes mi marido —protesta la Petrona, mujer de Taype...
- Purqui no pes, caray. Ella cá me esta viendu con bonitos ujus. ¿No es cierto Roseta?...
- Quitariste, quitariste José —pide la mujer— vos cá sabís nu mas hacerte el pillo...
- ¡Intrali no mas José. Longa cá, gurdita está!¹⁰³

En este pasaje se advierte con claridad la confusión de los fonemas “e” y “o” por “i” y “u” y viceversa, propio de los hablantes de origen kichwa. Sobresale además el uso frecuente de la palabra *ca*, al mismo tiempo que se observa la ausencia de palabras propiamente kichwas, lo que expresa el deseo de españolización de dichos sujetos.

103 GARCÍA MUÑOZ, Alfonso, *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Imprenta de Educación, Quito, 1937, pp. 181-182.

También el habla de los cholos fue registrada por el mismo García Muñoz y recreada en el diálogo que se sucede en medio de una reyerta y que protagonizan dos cholas hermanas:

- Longa sucia, que has de ser pes de mi sanguinidad...
- Vos, pes, infame, descansadora, sinvergüenza
- Callá más bien. Ya te dije que no parecís hija de mi taita.
- Vos nu sois hija de tu taita, ratera ociosa que no tenís honor, y andáis con uno por aquí, con otro tan por acá, con cuatro y cinco....
- ¿Y voz ca?
- Yo ca si tengo honor, vos con cuatro y cinco, yo ca con dos no más ... y con patrón Luis.
- Bueno, callá, pes, Maruja, no digáis quias estado con cuatro y cinco porque ni'han de dar iras— protesta el enamorado de la Maruja...¹⁰⁴

En este caso, a más de advertir el uso del término “longo” entre los cholos con el fin de descalificar, se evidencia sin duda un mejor uso del español, razón por la cual su comprensión resulta más fácil que el pasaje anterior, a pesar que se sigue confundiendo el fonema “e” por “i” y usando las palabras *ca* y *pes* cuyo uso es frecuente en los kichwaparlantes.¹⁰⁵ Además ya se observan giros y expresiones propias del español coloquial quiteño.

Asimismo, el habla coloquial de los chullas revelaba también una gran influencia del kichwa, a pesar de sus deseos de refinamiento, que se evidenciaba —según Icaza— en el afán desmedido de la burocracia “por rasgar las eres y purificar las elles”.¹⁰⁶

Carlos Andrade, en su retrospectiva sobre los chullas nos da un ejemplo claro del habla de dichos personajes en la década de 1920, a raíz de la preparación de una farra:

- Qu'es ps' cholito. Qué t'hiciste el sábado; te jui a ver en tu casa a l'hora de almuerzo. He hi silbado media hora, y nada. Salió

104 Ibid. p. 185.

105 TOSCANO, Humberto, *El español hablado en el Ecuador*, revista de filología española, Anejo LXI, Madrid, 1953.

106 ICAZA, Jorge, op., cit., 1986, p. 6.

la sipa de la tienda y dijo: “De gana tan silva, si no hay naiden; toditicos se jueron a Carapungo, al Tingo corque dijeron, qué tan será..”. ...

—Oíte, esta noche a las nueve hay gran farra donde las bermejas; van ir el chuspi, el tullpa, el chimbas, el guingo, el huaco y el tuerto, este rato m'estoy yendo a avisarles al cuchi, al mono, al burro, el gallo, al chivo y al conejo, sólo hay que poner diez sures cadauno. Y va ir la cuica que te gusta a vos...

—?...

—Pasarás viéndoles al Caspucho y al gordo Zambrano, ahí en la peluquería del tiatro, porque el chimbas y el omoto dijeron que les iban a conchavar al Daza y al Chantaza. No ti'olvidarás de los diez. Hasta luego.¹⁰⁷

En este tipo de habla sobresalen los kichwismos o palabras provenientes del kichwa, junto con fenómenos como la apocopización o contracción, así como la confusión de los fonemas “e” por “i” y viceversa. La palabra *ca* también aparece con frecuencia en los diálogos entre los personajes de las Estampas Quiteñas de García Muñoz, sobre todo en los diálogos entre Jesusa y Evaristo Corral y Chancleta. Así por ejemplo, en una ocasión cuando Jesusa se dirige a Evaristo, le dice:

—“Caray, Eva, vos *ca* bien íntimo estáis conmigo. ¿Qué querrás?”¹⁰⁸

En el habla coloquial de los sectores populares y medios quiteños, los kichwismos proliferaban, sobre todo, en los apodos. Entre las décadas de los 1920 y 1940 fue frecuente el uso de los siguientes sobrenombres: “cutos” (kich. *cutu* = corto, diminuto) para llamar a quienes tenían las nalgas pequeñas; “cuchis” (kich. *cuchi* = cerdo) se llamó a los gordos; “cuicos” (kich. *cuica* = lombriz) a los flacos; “puchos” (kich. “*puchu*” = sobra, residuo) a los de pequeña estatura; “lluquis” (kich. *lluqui* = izquierdo) a los zurdos; “sipos” (kich. *sipu*

107 ANDRADE, Carlos, *Los inolvidables*, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1964, pp. 171-172.

108 GARCÍA MUÑOZ, Alonso, op., cit., p. 34.

= arruga, pliegue) a los arrugados; “zhuros” (kich., *zhuru* = persona marcada por viruelas) a quienes tenían la cara con cicatrices o viruelas; “omotos” (kich. *omoto* = enano) a los pequeños; “irquis” (kich. *irqui* = flaco) a los de contextura delgada. Otros sobrenombres que aludían a las actividades profesionales fueron: “chapas” (del kich. *chapana* = espiar) para llamar a los policías. Apodos menos frecuentes fueron “rututo” (del kich. “*rutu*” = trasquilado); “mapahuiria” (del kich. *mapa* = sucio y *huira* = manteca); “shungo” (del kich. *shungo* = corazón). Asimismo se usó la palabra “Maschca” (del kich. “*mascha*” o “*máchica*” harina de cebada tostada) para llamar a los latacungueños; “Guaytambo” (En el kichwa se usa para designar a un tipo de durazno) para llamar a los ambateños, o la palabra “pupos” (del kich. *pupo* = ombligo) para designar a los carchenses.

También en muchas de las expresiones coloquiales o frases hechas de las que echaban mano los chullas fue evidente la presencia de palabras de origen kichwa. Por ejemplo:

—“echar la huasca” (soga): abordar a una señorita para galan-tearla.

—“en guango” (del kich. *wango* = manojo): con abundancia.

—“en guando” (del kich. *wanto* = andas): en manos de otros.

—“brindar un huacho” (del kich. *wajcha* = solo, huérfano): hacer un brindis

—“vale cutules” (del kich. *kutul* = hojas que cubren a las mazorcas de maíz), equivale a decir que algo no vale o es insignificante.

—“tener una chaucha” (del kich. *chaucha* = especie de papa delicada o que maduran temprano): trabajo ocasional que supone la obtención de dinero.

En Quito el kichwa, en siglos de convivencia con el español, había permeado todos los sociolectos, incluidos el habla los sectores altos de pretensiones nobiliarias, que en la primera mitad del s. XX no escaparon a las influencias de las hablas populares. De ahí que Gonzalo Zaldumbide en un artículo aparecido originalmente en el diario *El Día*, narró que en una ocasión en la que había regresado del exterior a Quito, saludó con ciertos *señoritos de la clase alta*, que al verlo

“a los tiempos”, inmediatamente lo compadecieron diciéndole que él debía estar acostumbrado a otras tierras y ciudades mejores que su ciudad natal, la misma que les parecía un horror. Zaldumbide con ironía recalca que el único horror que percibió en aquél momento fue “las eres arrastradas tan a la quiteña, tan a la chola”.¹⁰⁹ Más tarde, Justino Cornejo encontraría para sorpresa de él en una obra de Julio Tobar Donoso —uno de los casticistas quiteños y ecuatorianos más destacados— en que se exponían algunos criterios y consejos para hablar correctamente el español, una gran proporción de giros y expresiones que debían su existencia a la influencia del kichwa.¹¹⁰

En definitiva, se puede decir que a pesar del obstinado esfuerzo de refinamiento de las capas medias y altas, y de la labor represiva y disciplinista de la Escuela que enarboló las banderas del “buen hablar”, el habla coloquial quiteña no logró —como sucede hasta la actualidad— librarse de las influencias del kichwa. La pertinaz interferencia del idioma andino en la vida cotidiana urbana continuó en el s. XX, igual como había sucedido en los tiempos coloniales, debido al incesante flujo de inmigrantes definitivos o temporales que provenían del campo y, sobre todo, a que al menos uno de los ascendientes más próximos de la mayoría de hispanohablantes de ese entonces tuvo al kichwa como idioma materno.

Formas de habitar: precariedad y exceso

En las primeras décadas del s. XX, los hogares populares de Quito no se diferenciaban mayormente de las casas campesinas andinas. Las viviendas de los barrios populares, que habían crecido aceleradamente en las colinas donde no llegaban los automóviles ni el agua corriente, tenían un aspecto rural antes que ciudadano. Todas ellas, a decir de Icaza olían a “matadero”, “a jergón de indio”. Además, los barrios habían crecido sin ningún orden, de manera caótica, sin

109 ZALDUMBIDE, Gonzalo, “El quiteño detesta a Quito”, en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Liberia Cima, Quito, p.205.

110 CORNEJO, Justino, *El Quichua en el Ecuador*, Publicaciones de la Academia de la Lengua, Quito, 1967, p. 37.

“ángulos, orden ni concierto”, a decir de Albert Franklin. Para el visitante norteamericano, no cabía duda que la forma de cohabitar de los vecinos de San Juan era rural: “Viven como los campesinos de todas partes, salvo que aquí, con una población tan densa y sin espacio para sembrar nada, para mantener la familia tienen que trabajar de jornaleros o en un oficio, más bien que en la agricultura”.¹¹¹

Si tomamos la descripción que realiza Icaza de la vivienda campesina pobre no indígena y la comparamos con la descripción que realiza el mismo autor sobre el hogar de un amanuense de escribanía o la pieza de un chulla, ambas ubicadas en un conventillo del barrio San Juan, casi no se encuentran diferencias.

En efecto, en la novela *En las calles* el escritor quiteño, refiriéndose a las viviendas campesinas señala:

Hogares de pobreza e ingenuidad disimuladas con tapiz de periódicos y oleografías baratas en las paredes, con luz de candelero o vela de sebo por las noches cuando la lumbre del fogón no era suficiente, con el poncho bien doblado sobre el banco rústico cuando llegaban visitas de alguna consideración, con cama sin sábanas y colcha de hospital.¹¹²

Posteriormente en su novela *El Chulla Romero y Flores* pinta con crudeza el interior del hogar de un amanuense de escribanías:

Hamaca percutida de orinas y excrementos de guagua tierno sobre el lecho miserable del matrimonio: la vela moribunda en candelero de botella vacía; el jergón de la chola guiñachisca en el suelo... la mesa cargada de frascos, tarros de lata, periódicos viejos —revoltijo de chucherías; la cama de la prole— cuatro rapaces, dos hembras y dos machos... —hecha de tablas y adobes; el altar de la Virgen de ingenua factura fetichista —habilidades de crochet, papel dorado en flores, en tiras, en penachos— cubriendo una esquina; los bacines hediondos a sarro —el grande para el papá y la mamá, el chico para los niños... el

111 FRANKLIN, Albert, *Ecuador, retrato de un pueblo*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945, p. 121.

112 ICAZA, Jorge, *En las calles*, Editorial El Conejo, 1985, pp. 17, 55.

baúl desvencijado como banca y la banca como ropero nocturno. Todo sumido en aire y estrechez de tibieza nauseabunda.¹¹³

Igual aspecto tiene la pieza del protagonista Alfonso Romero y Flores. Se trata de una habitación sin luz eléctrica y, por tanto, alumbrada con velas, en la que sobresalen:

Colillas rodando por el suelo, un poyo para trepar a una ventana desvencijada, un tarro mugriento de lata ocupando el sitio del bacín, un sofá de tres medallones destripados, una palan-gana llena de agua de jabón, una silla coja, una cama de pilares apolillados y cobijas revueltas, lacras de gotera en el cielo raso, huellas de manos sucias y escupitajos fósiles en el tapiz de las paredes, palos viejos en un rincón.¹¹⁴

La única diferencia de importancia, que se percibe en el interior del hogar del chulla es la presencia de colillas. Sin duda el uso del cigarrillo en la primera mitad del s. XX se constituyó en signo de distinción, de ahí que lo usasen los ricos y quienes aspiraban a pasar como señores entre ellos, naturalmente los chullas, quienes poseían un patrimonio ínfimo. Carlos Andrade, en el retrato que hiciera del “auténtico chulla quiteño”, destaca que cuando éste se cambiaba de casa —porque le habían echado candado al cuarto de arriendo, por no pagar las mensualidades a tiempo—, “para el traslado de su mobiliario y pertenencias le basta una servilleta o una hoja de *Ultimas Noticias* para envolver sus efectos personales” todo lo cual lleva bajo el brazo.¹¹⁵

Las condiciones de precariedad y descuido en los hogares de los sectores populares y medios, fue destacada con preocupación por el doctor Peñaherrera V., médico municipal en 1933, quien en su informe advertía que los pobres por lo general arriendan habitaciones oscuras, húmedas y estrechas, en las que se nota un desconocimiento de todo principio higiénico, “la falta absoluta de educación en todo

a cuanto se refiere a vivir mejor”. Esta misma realidad fue observada en los hogares de los empleados que tenían pequeños sueldos, los dueños de talleres y, en fin, en las personas que bien podían pagar un departamento o eran propietarios de una pequeña casa. En esos casos, el higienista destaca:

Una habitación recién entapizada es recubierta de estampas, recortes de periódicos, etc., en donde se acumulan cantidades enormes de polvo, el entablado recién arreglado o nuevo es recubierto por esteras o pisos viejos imposibles de asear. Hay que evitar que “de el aire” y con ese objeto se impide toda ventilación, se desconoce por completo la manera de usar los servicios higiénicos.¹¹⁶

Este tipo de decoración evidenciaba, por lo demás, un gusto muy anclado en costumbres rurales y creencias mágicas andinas, distante todavía del estilo moderno propiamente urbano, que se empieza a evidenciar posteriormente en las casas de las ciudadelas o en los conjuntos residenciales.

Además, según destaca el mismo autor, las habitaciones que por lo general no tenían luz, ventilación, entablado, cielo rasos ni revestimiento servían al mismo tiempo de cocina y lugar donde se criaban los animales.¹¹⁷ En definitiva, las estadísticas oficiales establecían para 1936, que el 60% de las familias quiteñas vivían en un solo cuarto.¹¹⁸

La demanda cada vez más creciente de vivienda por parte de la incesante inmigración provinciana, produjo hacinamiento, multiplicándose la presencia de conventillos ubicados en los márgenes de la ciudad y en el mismo centro histórico. Estas casas de vecindad albergaban en su interior a un heterogéneo conjunto de personas:

116 Informe del Dr. Peñaherrera V, Municipio de Quito, *Gaceta Municipal*, Año XVIII, No. 67, Quito, septiembre 30 de 1933, pág. 129.

117 Ibid.

118 CLARK, Kim, “El sexo y la responsabilidad en Quito: prostitución, género y Estado, 1920-1950”, en: Revista *Procesos*, Universidad Andina Simón Bolívar, Tehis, Corporación Editora Nacional, I semestre, 2001, pp. 40-41.

113 ICAZA, Jorge, op., cit., 1986, p. 117.

114 Ibid.

115 ANDRADE, Carlos, op., cit., p. 72.

estudiantes venidos de provincia, mercaderes, damiselas, prestamistas, burócratas, obreros, sirvientes y artesanos de variados oficios. La arquitectura del conventillo respondía a las necesidades de sus moradores; por esa razón, a más de su atmósfera marginal, dichas casonas adquirieron una fisonomía particular, resultado de la combinación o imbricación de formas campesinas y urbanas de habitación. Nuevamente fue Jorge Icaza quien lo retrató con maestría:

La propiedad... exhibía hacia la calle un rostro de muros hidrópicos, de estrechas ventanas de reja, de amplios aleros de carrizo, de puerta exterior con postigo tachonado por aldabas y clavos herrumbrosos —mestizaje de choza, convento y cuartel—. La humedad al filtrarse hasta el zaguán había carcomido las paredes con manchas de sucia vejez. En los patios —primero, segundo, tercero, cuarto al barranco de letrina y almas en pena— el sol ardía por las mañanas evaporando los desagües semiabiertos, los chismes del cholerío, las disputas ingenuas y las ropas puestas a secar —aseo de pañales hediondos, de cobijas con pulgas, de cueros y colchones orinados—. Por la tarde en cambio, la lluvia... enlodaba los rincones, y al chorrear monótona desde las goteras se abría paso por los declives del callado mal humor, por las junturas de la pena sin palabras. En la intimidad de cada vivienda —chicas, grandes, entabladas, blancas de cal, pulidas de papel tapiz, noticiosas y remendadas de revistas y periódicos, con ladrillos o piso de tierra dura, con ventanas o sin ellas, con puerta de madera o cortina de cáñamo— se escondía y barajaba el anhelo, la vergüenza, el odio, la bondad de los fracasos de un vecindario que iba desde el indio guanguado —cholo por el ambiente y las costumbres impuestas— hasta el señor de oficina —pequeño empleado público—, pasando por una tropa de gentes de servicio doméstico —cocineras, planchadoras y lavanderas de follones, con o sin zapatos, casadas o amancebadas—, por artesanos remendones, por guarichas —de soldado, de cabo, de sargento—, por hembras de tuna y flete, por obreros sin destino fijo, por familias de baja renta y crecidas pretensiones.¹¹⁹

119 ICAZA, 1986, op., cit., pp. 55-56.

El paradigma del conventillo quiteño fue la llamada “Casa de los 7 patios” ubicada en la calle Rocafuerte, en el barrio de San Roque, que representó —al decir de Raúl Andrade— la condensación de la vivienda popular quiteña, y a la que como un organismo vivo le fueron brotando cada vez más patios y cuartos, a medida que más y más inquilinos se instalaban en ella.

Si la precariedad fue el rasgo característico de los hogares populares, a partir de la década de 1930, el exceso fue el signo distintivo de las viviendas de los sectores altos, especialmente de los nuevos ricos y las capas medias consolidadas. Sus casas y decorados se convirtieron en la mejor muestra del abigarramiento y la hibridación, evidenciando un vivo deseo de ostentar sus fortunas y de mostrarse modernos como fuese, en clara oposición y contraste a lo colonial, el mundo rural y lo indígena, manifestando con ello una obsesión por emular el estilo de vida occidental. Y fue el barrio residencial de la Mariscal, el escenario escogido para tal exposición de derroche y extravagancias arquitectónicas.

Desde las perspectivas de los visitantes extranjeros de la época, como los norteamericanos Albert Franklin y Ludwig Bemelmans —quienes pasaron por la ciudad entre finales de los treinta e inicios



Casa de los siete patios en proceso de restauración, 1992. Foto: Alfonso Ortiz Crespo.



Chalet del Sr. Clemente Ponce, *Monografía Ilustrada de la Provincia de Pichincha*, 1922.
Foto: J.D. Lasso.

de los cuarenta, dejando agudos y penetrantes relatos de sus percepciones sobre Quito y el Ecuador—, los barrios residenciales de los sectores pudientes se caracterizaban por la exageración, la falta de autenticidad, la imitación y la fastuosidad.

Según Franklin: “En un trapezoide limitado por el Parque de Mayo (El Ejido) y las avenidas 18 de septiembre (hoy Diez de Agosto), Colón y 12 de Octubre, está el mayor conjunto de monstruosidades arquitectónicas que hasta ahora se hayan reunido en un espacio tan pequeño”. De ahí que fuese “penoso para la vista tanto mal gusto concentrado”.¹²⁰ Bemelmans coincide plenamente y en un tono más burlón señala:

120 FRANKLIN, Albert, op., cit., p. 123.

Un arquitecto que ha sido seguramente un excelente pastelero, que ha llegado a ponerse de moda, le han dejado suelto por aquí y le han permitido que haga una calle en la que ha tenido el acierto de reunir todo aquello que es más horrible y espantoso.

La primera casa, es un castillo marroquí de color rosa y verde con reminiscencias del Taj-Mahal inyectadas por cualquier parte entre las puertas y las ventanas. A su vera se ha dado forma a la nostalgia de un inmigrante germano y se ha perpetrado un chalet estilo Selva Negra, al que la falta solamente la nieve, música pascual, los altos pinos y un lobo con una canasta en los hocicos. El tercer edificio muestra el ejercicio de una infortunada iniciativa; es moderno, un cuarto de baño coloreado al pastel que se ha colocado de adentro para afuera o sea al revés y patas arriba; una caja de píldoras pequeña y brillante con ventanales redondos de tamaño exagerado. Esta hilera de casas, situadas una a distancia de pocos pies de la otra, termina en un centinela de piedra, como un castillo de Lohengrin enano.¹²¹

Aquel exceso, también se evidenciaba en la decoración interna de dichas viviendas. Franklin señala que los propietarios de las viviendas de la Mariscal buscaban en los números del *Architectural Forum*, el detalle vulgar o excesivo que por error se deslizaba en dicha revista, haciendo que los artesanos de la ciudad lo copiasen con exactitud, lo cual:

Ha producido una catástrofe de menor cuantía entre los tejedores de alfombras de Guano, que hacen muchos trabajos para la *gente decente*. Han descubierto que los dibujos geométricos modernistas tomados del catálogo de linóleums, ampliados a nueve por doce, tienen un mercado ávido en Quito. Hace tiempo los fabricantes ingleses de papel para paredes descubrieron que si cometían un error e imprimían algunos cientos de rollos con un dibujo fundamentalmente malo, que no comprarían en Inglaterra ni en sus mercados usuales, se vendían fácilmente

121 BEMELMANS Ludwig, *El Burro por dentro*, primera edición, Editorial Moderna, Quito, 1941, p. 40.

en Quito, donde tenían el gran mérito de ser importados y el mérito secundario de no tener nada que ver con los buenos principios de decoración de paredes.¹²²

El gusto arquitectónico de los nuevos ricos contagiό rápidamente a los sectores medios. Así lo evidenciaba la construcción de viviendas para empleados de alto estatus, asumido por el Estado en el mismo sector de la Mariscal, en la “Ciudadela Bolívar”, lo que mereció el siguiente comentario de Franklin: “hasta las casitas construidas en serie por la Caja de Seguros se han contagiado con la fiebre de grandeza, y en sus modestos muros revocados hay contrafuertes góticos de piedras sin pulir”.¹²³ Ante otro conjunto residencial de este tipo, Bemelmans anotaba:

En medio de un soberbio paisaje, que difícilmente puede igualarse, un ambicioso constructor ha levantado dos hileras de casas mirándose frente a frente; como una veintena de ellas, idénticas como conejos, construidas de piedra pintada de rojo, con líneas blancas cuidadosamente tiradas, que dividen la sangrienta superficie para darle apariencia de ladrillos. Cada una de las casitas tiene el mismo número de ventanas, la misma puerta, y la misma mata de hierba a derecha e izquierda de la entrada. Es una compañía inmejorable para el descorazonamiento de una angustiosa calle en el distrito carbonero de Pennsylvania.¹²⁴

Frente a este alarde de inautenticidad que ofrecían las viviendas de la “gente decente” de Quito, Franklin resalta:

Toda la belleza arquitectónica de la ciudad está en el Quito del pueblo. En primer lugar le pertenecen las grandes iglesias; su devoción, sus “reales” y su trabajo es lo que ha hecho que estos monumentos barrocos de apasionada fe, tengan existencia. En segundo término, sus hogares y sus barrios ofrecen el encan-

to de los tres motivos artísticos que más se repiten en Quito; las empinadas calles empedradas con guijarros, las paredes blanqueadas sin ventanas, con altos balcones y aleros salientes, y los ángulos, sin orden ni concierto, de los rojos techos de teja.¹²⁵

Aquel alarde de “modernidad” también se evidenció en la construcción de conjuntos habitacionales para los empleados públicos, de menores recursos, a partir de la década de 1940: Allpahuasi, Villa Flora, Belisario Quevedo y los barrios obreros que se construyeron al sur de la ciudad una década antes y que seguían los modelos europeos y norteamericanos: Villa Encantada, Santa Ana, Chimbacalle, Chiriacu. Conjuntos habitacionales que marcaron la pauta en el cambio de las costumbres de habitación en los grupos subalternos.

Los nuevos barrios, sin bien expresaban el deseo de afianzar un estilo de vida moderno, al mismo tiempo demostraban el carácter postizo y forzado con que fue asumida dicha pretensión. De ahí que, mientras las calles y plazas del Quito del pueblo rebozaban de vida y actividad gracias al encuentro de escenas tradicionales y ruralizadas que convivían con otras típicamente urbanas y modernas, el norte de Quito con sus barrios residenciales que tenían una función básicamente de dormitorios, lucía desolado en el día y en la noche, razón por la cual, el negro humor quiteño denominó a la Mariscal: “el cementerio de los vivos”.¹²⁶

Alimentación: permanencias y renovaciones

La alimentación diaria de las gentes de Quito sufrió cambios significativos en la primera mitad del s. XX, sin embargo fueron los sectores populares quienes salvaguardaron gran parte de las tradiciones culinarias, pese a que hubo muchas familias involucradas en un proceso social ascendente proclives a la renovación total de sus costumbres alimenticias.

122 FRANKLIN, op., cit., p. 126.

123 Ibid., p. 125.

124 BEMELMANS, op., cit., p. 41.

125 FRANKLIN, op., cit., p. 123.

126 KINGMAN, Nicolás, “La ciudad de los recuerdos” en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, 1991, pp. 1991.

A inicios del s. XX, la alimentación en las casas de los pobres y los ricos conservaba aún características tradicionales. Para entonces, el modelo de alimentación generalizado en la sociedad constaba de 3 comidas en el día: desayuno, almuerzo y merienda. En los hogares de medianos ingresos, se desayunaba café en leche, pan con mantequilla y queso. En el almuerzo se servían las típicas sopas y coladas, de acuerdo al día de la semana: arroz de cebada los lunes, sancocho los martes, timbushca los miércoles, y así por el estilo. En la noche, se tomaba el chocolate con queso y un pan grande llamado “huaco”; sobrenombre del panadero de labio leporino que lo inventó.

A medida que fue avanzando el s. XX, la crisis económica y la estandarización promovida por la modernización fue empobreciendo cada vez más la cultura alimenticia de los hogares populares. De acuerdo a las encuestas, realizadas por el Departamento Médico-Nutricionista de la Dirección de Higiene Municipal (que ensayó un programa de desayuno escolar experimental), se detectó que si bien los pobres tenían tres comidas al día; el desayuno se limitaba a café en agua con un pan de diez o cinco centavos; en el almuerzo una colada de sal o sopa (mazamorras de haba, arveja, harina de trigo, máchica, crema de zapallo, locro de zambo etc.); y en la merienda, nuevamente el café con pan o una colada de dulce. En esas circunstancias, como lo destacaba el estudio realizado por Pablo Arturo Suárez en 1934, la dieta de los pobres era rica en hidratos de carbono y pobre en vitaminas.¹²⁷

En días festivos, los sectores populares y de medianos ingresos, preparaban los platos tradicionales que todavía perduran hasta la actualidad. Entre éstos se destacaban: el sancocho, la sopa de quinua con carne, y otros menos conocidas como: el sango de quinua, ají de queso o chuchuca con carne de puerco. En las casas de las familias con mayores posibilidades económicas, entre los platos especiales sobresalían: el ajíaco o la “polla ronca”; el “puchero” que consistía en un caldo espeso con huevo batido, zanahoria blanca, camotes, coles, pedazos de tocino, acompañado de un plato de fruta (duraznos,

peras, etc.); y, entre los postres: los bizcochuelos con espumilla y los ponches.

Todos estos alimentos formaban parte de la cultura alimenticia tradicional propia de la región centro-norte de la sierra. Por esta razón, la mayoría de inmigrantes provincianos pertenecientes a esta región, estaban plenamente familiarizada con ellos y con las comidas populares que se servían en chinganas, fondas y picanterías: cariucho, mondongo, hornado, pernil, yaguarlocro, tortillas de papas, fritada, tripa mishque, caucara, empanadas de morocho, tamales, chigüiles, mote o “cosas finas”. Sin embargo, tanto los cholos como los chullas tenían mayor preferencia por uno u otro plato. Así por ejemplo, el cariucho: una especie de guiso de carne (pollo, res o cuy) con papas y ají, era muy apreciado entre los cholos, mientras que el mondongo: una especie de cazuela que se la hacía con las patas de res sazonadas con mote y maní y era acompañado de empanadas de morocho y tamales de maíz, era muy apetecido por los chullas, entre otras razones porque se consideraba que ayudaba a reponerse del chuchaqui, o la resaca, que producía la ingestión de alcohol; costumbre que marcaba las noches de bohemia de los chullas.¹²⁸

Los lugares en los cuales se ofrecían estos platos no eran muy higiénicos. Los utensilios no se lavaban y la gente se abarrotaba al interior de los mismos. En definitiva, vistos desde una perspectiva contemporánea, los sitios de la comida popular de ese entonces eran simplemente repugnantes. Al describir una típica fonda quiteña Icaza lo deja en claro:

Fogón a la calle, marco de hollín a la puerta, montones de aguacates y cazuelas con ají sobre el mostrador teñido de mugre, mesas y bancos rústicos por la penumbra de los rincones, altas telarañas, negras de humo las paredes, luz velada por manchas de sucio amarillo que dejaron las moscas.¹²⁹

128 PÉREZ DE OLEAS, Laura, “Calé de Tamales”, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomos 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, p. 421.

129 ICAZA, Jorge, op., cit., 1986, p. 59.

127 SUÁREZ, Pablo Arturo, *Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas*, Quito, Tipografía L. I. Fernández, 1934, pp. 20-25.



Inauguración del comedor popular obrero de Chimbacalle, *Gaceta Municipal*, No. 122., Noviembre de 1951.

De ahí que el Dr. Pablo Arturo Suárez, en calidad de Director General de Sanidad Pública, sugiriese al Municipio la construcción de comedores públicos como “una obra social de protección de la alimentación barata y al mismo tiempo higiénica”.¹³⁰ Acogiendo esta sugerencia, el Municipio inició en 1927 la construcción de un comedor para obreros en la Av. 24 de Mayo. Posteriormente, en 1938 se creó el Comedor de Obreros situado en Chimbacalle, en 1946 el Comedor para Estudiantes y 5 más en diversos barrios de Quito, lo que evidenció el notable éxito que tuvieron.

¹³⁰ ARTURO SUÁREZ, Pablo, “Oficio de la Dirección de Sanidad, pasado al Consejo propósito de las obras de Saneamiento de la ciudad”, en *Gaceta Municipal*, Año XIII, No. 16, Quito, julio 1 de 1927, pág. 368.

A través de los comedores populares, el Municipio intervino abiertamente en el cambio de costumbres alimenticias y en el de las maneras de mesa. En el Comedor Obrero de Chimbacalle por ejemplo, se enseñaba “buenas costumbres”: uso del mantel blanco, cubiertos y comida balanceada e higiénica.

La intervención del Municipio en la defensa de la higiene y la erradicación de las costumbres alimenticias tradicionales, a mediados del s. XX, se tornó más drástica y directa. En 1954, el diario “Últimas Noticias” informaba en una de sus páginas:

Moteras van a la cárcel. En defensa de la salubridad pública, de la decencia y cultura de la capital, los guardias sociales del Municipio, atendiendo al clamor de quienes se interesen por el prestigio y mejoramiento de la ciudad, han iniciado una campaña de recogimiento de vendedores ambulantes.

Es decir, de aquéllas que en otro artículo, del mismo periódico, son llamadas: “anfiteatro de mujeres indias que venden motes, fritadas y otras saladas golosinas aborígenes”.¹³¹

Los empleados públicos de bajo rango y los chullas interesados en absorber el refinamiento de los sectores pudientes para usarlo como signo de distinción frente a chagras y cholos, soñaban con cambiar las comidas diarias de los pobres: arroces de cebada, timbushcas, mazamorra de maíz o locros de cuero, con los platos del gusto burgués: consomés, ensaladas a la turca, emparedados rusos o timbales a la veneciana, mientras seguían frecuentando las chinganas y fondas en las frías madrugadas o al final de las tardes, con cierta vergüenza y casi clandestinamente.

Formas de esparcimiento y diversión

En la primera mitad del s. XX, los tradicionales espacios de sociabilidad entraron en desuso y desaparecieron la mayoría de las viejas formas de esparcimiento y diversión. Si a inicios de siglo la vida

¹³¹ Citado en Goestchel, op., cit., 1992: 342.

vecinal tuvo una vigorosa presencia, a mediados de siglo se restringió notablemente. Para entonces, la vecindad era una relación observada solo en los sectores populares, que se manifestaba ya no a nivel de barrios sino dentro de los conventillos, entre las familias de inquilinos que los habitaban.

Con el transcurrir del s. XX, los vecinos compartían cada vez menos sus penas y alegrías. En fiestas familiares como bautizos, matrimonios, santos o festividades religiosas, se hizo inusual invitar a los vecinos, al mismo tiempo que su ausencia se tornó cada vez más notoria en los duelos o enfermedades, por lo que aquella costumbre conocida como “viáticos”, es decir, la procesión que se realizaba del Santísimo desde la iglesia hasta la casa del enfermo, se hizo infrecuente, hasta que finalmente desapareció.

A partir de la década de los veinte, y debido a la creciente visibilidad de los inmigrantes provincianos y de los chullas, las esquinas, plazas y parques sustituyeron en importancia a los viejos patios, portales y zaguanes, como lugares de encuentro, reunión, sociabilidad y tertulia. Las esquinas donde se cortejaba a las señoritas o se embromaba con los amigos, cobraron una especial importancia. Allí se desarrolló la inventiva para el chiste ligero e improvisado que se denominó “sal quiteña”. “Parar en la esquina” se llamó a esta forma de pasar el tiempo. De ahí que esquinas como la del Teatro Bolívar, la Botica Pichincha (Guayaquil y Esmeraldas) o la Sábana Santa (Guayaquil y Oriente), y sitios como la Plaza Grande o la Plaza del Teatro, se convirtieran en lugares emblemáticos de parada de los chullas.

Para entonces, dichos personajes reivindicaron por primera vez la posibilidad de “no hacer nada”. La bandera de la ociosidad se enarboló para afirmar la libertad del sujeto y rechazar los mecanismos de sujeción que se aplicaban contra los jóvenes de los sectores populares. Pues aún en 1923, el reglamento de Policía de Quito establecía que los muchachos de la ciudad, que no practicaban oficio alguno podían ser encerrados en correccionales o en un establecimiento de Artes y Oficios. Esto significaba que quienes no formaban parte de un gremio corrían peligro de ser considerados “vagos”; término que buscaba estigmatizar a los jóvenes laboralmente disidentes. Debido a

la posesión de la patria potestad, los padres o los guardadores, entre los que se incluían los maestros de gremio, podían solicitar a la Policía encerrar a un joven descarriado por un período de noventa días. Disposiciones dictadas en el periodo garciano, pues en esa época los vigilantes tenían como una de sus funciones atrapar a los muchachos que se entretenían jugando en las calles, a quienes se los remitía a la Policía para “dedicarlos al servicio de las armas —como dice un comunicado de dicha época— si fueran capaces de ello, y si no para cobrarle las multas a sus padres”.¹³²

A inicios del siglo XX, la vida religiosa aún predominaba sobre la secular, pero a partir de la década de 1930 empezó a suceder lo contrario. Los confesores familiares fueron perdiendo influencia y presencia. En las ritualidades eclesiásticas participaban cada vez menos los jóvenes, los hombres y los burgueses. A las nuevas generaciones de los sectores medios y altos ya no les interesaba mayormente los sermones de los curas de la ciudad; religiosos, que en las primeras décadas del s. XX, daban tanto que hablar como las estrellas del cine lo harían en los treinta y cuarenta. En las famosas procesiones de Corpus, Viernes Santo, Virgen del Rosario, la Merced o Domingo de Ramos, se veían cada vez menos jóvenes ricos o de hogares de ingresos medianos. Para ellos, dichos eventos dejaron de constituir la ocasión de lucir sus trajes más elegantes como lo fue a inicios de siglo; época en que luego de las procesiones, las familias pudientes acostumbraban a celebrar reuniones familiares y tertulias en sus casas, al mismo tiempo que compartían el “rocero” —una bebida costosa y de compleja elaboración—. A partir de la década de 1920, las retretas en la Plaza Grande y la costumbre que observaban las familias acomodadas de pasear mientras la banda militar tocaba, se volvió menos frecuente. Incluso tradiciones muy arraigadas como el rito de “rodear monumentos” en la Semana Santa o la tradición de los *nacimientos* fueron decayendo a mediados de dicho siglo. El primero, consistía en las visitas que las familias solían hacer a siete iglesias rezando la estación mayor, al mismo tiempo que miraban las escenas

132 Citado por KINGMAN, Eduardo, op., cit., 2006, pp. 281.



Carro alegórico de la fábrica de licores “La Excelsior”, Quito. *Los Cincuenta*. Fotografías de Luis Pacheco. Consejo Nacional de Cultura, Quito, 2008.

escultóricas y las decoraciones que se realizaban para tal ocasión. La tradición de los nacimientos suponía, en cambio, la elaboración de belenes a propósito de la Navidad, siendo los más destacados algunos de los que se exhibían en las casas de las familias pudientes.

La religiosidad, no obstante, seguía teniendo una fuerte presencia en los grupos populares. Por ejemplo, las cholas del mercado realizaban todas las mañanas sus prácticas devotas: misas, rezos, rogatorios, antes de iniciar su trabajo. La peregrinación al Quinche del 19 y 20 de noviembre convocaba a miles de devotos humildes. Se trataba —como advierte Franklin— de “una reunión sagrada del pueblo. No hay intrusos. No hay ricos automóviles ruidosos, radios chillonas, *gente decente* que perturbe”.¹³³

133 FRANKLIN, Albert, op., cit., p. 114-115.

A diferencia de las festividades religiosas, las celebraciones tradicionales de carácter profano, como el carnaval y el día de inocentes siguieron teniendo una presencia vigorosa. El carnaval —o la fiesta del agua en el Mundo Andino— fue y es una fiesta propiamente popular mal vista por los sectores dominantes, ya que la finalidad del mismo es hacer tabla rasa de los escalafones sociales, irrespetando las posiciones y las jerarquías. Por la violencia del juego, la algarabía y la anulación de las diferencias, fue considerado por los grupos dominantes como una acción que amenazaba al estado de cosas existente y, por lo mismo, una manifestación de barbarie. De ahí que desde el s. XIX, dichos sectores empezaran a clamar por su “civilización”. A través de las instituciones coactivas del Estado, impulsaron “medidas” que iban desde la penalización hasta la represión abierta para impedir y reprimir el juego. Pues, en las décadas de 1920 y 1930 era común que saliese el batallón Yaguachi para atacar con sablazos a quienes jugaban el Carnaval, mientras las familias acomodadas salían de la ciudad para refugiarse en sus quintas de campo. Al mismo tiempo, gobiernos como el de Galo Plaza, entre 1948 y 1952, promovieron ciertas actividades como las comparsas o carros alegóricos para reemplazar al juego del agua; actividades que apenas permanecieron un corto tiempo, ya que estuvieron destinadas al fracaso desde su nacimiento, por el fuerte sentido elitista que adquirieron.

De todas maneras y a pesar de resistir el embate de las acciones represivas de los grupos dominantes, el juego del carnaval quiteño no se vio exento de cambios. Ritos como “la guerra de barrios”, muy común en el s. XIX e inicios del XX se extinguieron. En su lugar aparecieron nuevas costumbres como la “llevada al grifo”, que no era más que el chapuzón forzado en los surtidores de agua públicos que se aplicaba contra los transeúntes descuidados. Asimismo, los cascarones confeccionados con cera y rellenos de anilina o agua de rosas fueron substituidos por los globos de hule llamados “bombas”.

Por su parte, la fiesta de inocentes —evento exclusivamente quiteño que se escenificaba entre el 28 de diciembre y el 6 de enero— fue una celebración que se generalizó en la ciudad desde la segunda mitad del s. XIX hasta la década de los cuarenta del siglo siguiente;

tiempo en que se perdió definitivamente. En la fiesta participaban todos los sectores y estratos de la sociedad quiteña. Se trataba de una mascarada generalizada en la que destacaban personajes como el “payaso chorizo”, los “belermos” y las “viejas chuchumecas”. Los disfrazados se concentraban en determinados espacios de esparcimiento para bailar al ritmo de las bandas de pueblo y participar en concursos de comparsas y de baile.

Si bien en las primeras décadas del s. XX, la fiesta de inocentes daba la impresión de ser una fiesta democrática en la que participaban y se mezclaban los ricos con los pobres compartiendo los mismos espacios, con el transcurrir del siglo, los sectores pudientes empezaron a celebrarla de manera separada. De esta manera, en las décadas de los treinta y cuarenta la gente “encopetada” solía bailar en el Hotel “Niza”, el Hotel “Centenario”, la Asociación de Empleados de Quito, el Hotel París y en salones de recreación como el “Ermitage”, la “Resbaladera”, “Italia” o “La Delicia”. Mientras los sectores populares, artesanos y chullas, lo hacían en la plaza de Sto. Domingo, la plaza de toros Belmonte y, luego, en el coliseo de la calle Olmedo.

En fin, el tiempo dedicado al ocio y al esparcimiento, experimentó grandes cambios desde mediados de los años veinte. A partir de entonces se acentuaron y se reformularon las formas de recreación secular. El robustecimiento de las capas medias y el desarrollo del gusto burgués, dieron impulso al desarrollo de formas recreativas nuevas como el cinematógrafo, el teatro y el hipódromo, junto con el apareamiento de bares y cabarets. De igual manera, se produjo el remozamiento de la cantina y, estrechamente vinculada a ella, la afirmación de la llamada música nacional, sobre todo, el pasillo.

Si en un comienzo el cinematógrafo fue un servicio inalcanzable para los sectores populares, la permanente presión de los mismos y el incremento de la demanda, determinó la creación de cines populares o de plateas diferenciadas (galerías). De ahí que, a partir de la década de 1930, ya existían en la ciudad salas de cine para ricos y para pobres. Entre los primeros se destacaban El Edén y el Teatro Bolívar en los que la entrada costaba: 1,50 sucres, precio muy cercano a lo que costaba un quintal de papas. Entretanto, en las salas de los cines

populares como: El Puerta del Sol y El Popular, la entrada valía tan solo 4 reales.

En unos y otros cines, como era de esperarse, la forma de comportarse del público era totalmente diferente. Si en las salas de cines caras, sobresalían los comportamientos galantes y los modales burgueses, los cines populares se destacaban por la algarabía y los desmanes de los concurrentes, sobre todo en las llamadas “galerías”, en donde la plebe solía cometer todas clases de impropiedades y acciones pecaminosas, desde escupir hasta tener relaciones sexuales, todo ello en un entorno de poca higiene debido a la proliferación de pulgas y ratas.

A la par con estos dos lugares de entretenimiento, en la década de 1920, el teatro se renovó con el surgimiento del llamado “Teatro Nacional”. Para ese entonces se formaron las primeras compañías nacionales entre las que destacaban la de Marina Moncayo, Jorge Araujo y Carlota Jaramillo. Dichas compañías escenificaban en ocasiones obras de los ya conocidos autores de la literatura nacional, como Jorge Icaza. Además, los títulos y las temáticas reflejaban el espíritu de la época; tal fue el caso de “Trabajo y honradez” obra muy popular de entonces. Posteriormente, en la década de 1930, se formó la compañía Gómez-Albán que popularizó la “estampa quiteña” y al personaje de Evaristo Corral y Chancleta. Con ella el Teatro Nacional, cuyos fundadores fueron empleados públicos, así como su audiencia constituida básicamente por las capas medias, conoció sus mejores días.¹³⁴

Por esas mismas fechas, este sector social fue a la vez el responsable del remozamiento de la cantina. El auge de este lugar, en donde se consumía cerveza y aguardiente, sobre todo el famoso mallorca quiteño: “Flores de Barril” (llamado también “guagua montado” por el logotipo de su etiqueta), se debió al fuerte rechazo que por razones de salubridad sufrieron chicherías y guaraperías, cuyas dueñas, llamadas guaraperas o guarichas, fermentaban el guarapo y la chicha para su asidua clientela de indios y cholos, con puñados de picadi-

134 DURÁN, Cecilia, *Irrupción del sector burócrata en el Estado Ecuatoriano: 1925-1944*, Corporación Editora Nacional, Abya – Yala, PUCE, Quito, 2000, p. 94.



Gonzalo Benítez y Luis Alberto *Poto* Valencia, 1948. Cortesía de archivo de Galo Khalifé.

llos repugnantes que incluían plátanos podridos, cadáveres de ratas, zapatos viejos y orines. Los indios bebían y dormían la borrachera en el suelo, en torno a cazuelas de chicha turbia, líquido que era recogido con pilches, mientras los cholos ocupaban las mesas largas y sucias, libando en jarros de lata. En estas circunstancias, los sectores medios deseosos de distanciarse del mundo indígena lo más que se podía, hicieron de la cantina el sitio propicio para empleados, chullas e intelectuales, que cómodamente sentados en torno a mesas particulares, compartían chistes y chismes, amenizados por melodías populares entonadas por los juglares de la época.

Si en las guaraperías sonaban ritmos como el yaraví o el sanjuanito, ejecutados por indios arpistas, en las cantinas de esa época se hicieron famosos los ritmos básicos de la llamada “Música Nacional”: albazos, pasacalles y, sobre todo, pasillos. Sin duda, el apogeo de éste

último ritmo, resultado del feliz encuentro entre la cultura letrada (literatura y música) y la cultura cotidiana, se explica por la necesidad de refinamiento que buscaban las capas medias emergentes, quienes hicieron del pasillo su forma de expresión por excelencia. El carácter triste y dolorido de dicho ritmo parecía recoger de alguna manera las frustraciones, valores y sentimiento de aquellos actores sociales.

Fue así como la cantina se convirtió en el ambiente propicio para el desarrollo de algunos de los principales exponentes de la Música Nacional. Así por ejemplo en el salón del “gordo” Quintana, en el actual Teatro Alhambra, empezó a cantar el “potolo” Valencia; la cantina de Don Angelito, en la Olmedo y León, permitió el desarrollo artístico a Bolívar “el pollito” Ortiz y del trío “Los Indianos”; “La Cueva del Oso” acogió a Homero Hidrovo; la cantina de “Mogambo”, en la calle Olmedo, fue el sitio de concurrencia habitual de los integrantes de las orquestas y conjuntos de la ciudad como: “Los locos del ritmo” o “los hermanos Salgado”.

En vinculación estrecha a la expansión de las capas medias, también se consolidaron los deportes y el fútbol en particular, que se popularizó en la ciudad a partir de 1908, con la formación del “Sport Club Quito”. Más tarde, entre los entretenimientos y nuevas actividades recreativas se incorporó el box, la esgrima y la gimnasia, mientras que en la década de 1920, se empezó a practicar el atletismo, el ciclismo, la natación, el básquet, el tenis, el golf y el volleyball; actividades en las cuales destacaron deportistas de una extracción social media.

A MANERA DE CONCLUSIONES

El estilo de vida moderno y la nueva cultura popular urbana

En Quito y en la primera mitad del s. XX surgió un estilo de vida que se puede denominar propiamente urbano, sustentado en una nueva mentalidad y definido por nuevos valores y pautas de comportamiento que difirieron ostensiblemente de los observados en el campo y la ciudad decimonónica. Este nuevo estilo de vida fue el resultado de la ampliación de las relaciones de mercado, la creciente secularización de la vida social, el desarrollo de la urbanización y la puesta en marcha de un proyecto ideológico y cultural llamado urbanidad.

Sin duda, la implantación del Estado Laico y del liberalismo de fines del s. XIX impulsaron la secularización de la sociedad, en la medida que debilitaron el control religioso de la conciencia de los individuos y posibilitaron la separación entre Iglesia y Estado.

Asimismo, la modernización de la infraestructura urbana que se manifestó en la extensión y mejoramiento del sistema de alcantarillado, la dotación de agua potable, la pavimentación de calles y aceras, junto al arribo de la luz eléctrica, los vehículos motorizados, el tren y el tranvía, trastocaron profundamente la vida cotidiana. Solo el acceso al agua potable y la luz eléctrica, pusieron fin a situaciones típicas y hechos tradicionales como el uso de las pilas y el servicio de los aguadores, al mismo tiempo que precipitaron el declive de las leyendas mágicas sobre duendes y aparecidos.

Y como si ello hubiese sido poco, los sectores dominantes sirviéndose de las instancias normativas, disciplinantes e informativas, públicas y privadas de la sociedad (intendencias, comisarias, planteles educativos y prensa en general), pusieron en marcha un nuevo proyecto civilizatorio llamado urbanidad, el mismo que consistió en

la imposición de nuevos códigos culturales relacionados con la salubridad, la higiene, las buenas costumbres y el ornato. A partir de entonces, la normalización del tráfico (peatones y vehículos), el confinamiento y restricción de las guaraperías, la imposición de uniforme a las vivanderas, la obligación de colocar escupideras o WC en salones y negocios o la persecución a las vendedoras de alimentos en las calles, entre otras medidas, junto con las campañas de vacunación o de difusión de manuales de higiene que aconsejaban habituarse al baño y al cambio de ropa interior con más frecuencia y regularidad, fueron los responsables del cambio de valores y pautas de comportamiento en los habitantes de la ciudad.

La urbanidad alcanzó su máxima realización en las prácticas refinadas que asumieron los sectores altos y medios, para marcar su diferencia con los sectores populares de la ciudad y el campo, afianzar su status y evitar cualquier regresión social; prácticas que terminaron por convertirse en modelos ejemplares a seguir o emular para cualquiera que deseara afirmarse como sujeto urbano.

Definitivamente, la primera mitad del s. XX constituyó para la ciudad una época de transición en términos sociales y culturales. Poco a poco fue quedando atrás esa sociedad restringida, aislada, analfabeta, con un fuerte sentido de solidaridad de grupo, en la cual la conducta predominante era tradicional, espontánea, acrítica y personal, sin costumbre de experimentación y de reflexión con fines intelectuales; esa ciudad decimonónica en la cual la unidad de acción fue el grupo familiar y lo sagrado dominaba lo secular. Mientras el s. XX avanzaba, se fue produciendo la segmentación de los papeles y la fragmentación de las actividades, al mismo tiempo que se multiplicaron las pertenencias y empezaron a predominar las relaciones sociales secundarias (a través de asociaciones) por sobre las primarias (contactos personales directos, fundados en la afinidad afectiva o la sangre). Todo aquello dio lugar a una sociedad y un estilo de vida moderno, basado en la individualidad y la secularización, que se consolidó definitivamente en la segunda mitad del s. XX.

No obstante, en los primeros cincuenta años de aquel siglo, las rupturas que acaecieron fueron definitivas. La más significativa de

ellas, fue sin duda, la escisión entre el mundo urbano y el rural. Hasta el s. XIX más que contrastes entre los sujetos urbanos y los campesinos, la diferencia se expresaba en gradaciones sutiles y a veces imperceptibles entre las formas de vestir, las creencias o en las formas de alimentarse. Al mismo tiempo, dentro de la misma ciudad, se consolidó una fracturación espacial y social entre el norte rico y el sur pobre, a la par que se configuraron dos ambientes urbanos con parámetros urbanísticos, sociales y culturales distintos: la ciudad moderna y la ciudad decante.

Al estilo de vida propiamente urbano que surgió en la primera mitad del s. XX, le correspondió una cultura popular de nuevo cuño. En efecto, los inmigrantes interioranos —que llegaron en dicho período a la ciudad de Quito de manera aluvial— dieron origen a una nueva cultura popular, distinta a la campesina y a las urbanas tradicionales.

En primer lugar, su conversión de campesinos a vecinos o residentes urbanos, de indios a longos, cholos o mestizos, modificó considerablemente el mapa cultural del país, dejando atrás y de una vez por todas, el universo dicotómico indio/blanco de la sociedad premoderna e impulsando una competencia con la cultura importada por las clases altas y medias.

Esta nueva cultura popular urbana surgió a partir de la ruptura con la sociedad rural, la liberación de la subjetividad del determinismo de la tradición y de una relación de conflicto y asimilación selectiva y recreativa con los valores de la cultura dominante. Todo ello condujo al cambio de orientaciones de valor, patrones conductuales y estilos culturales. En comparación con los campesinos, y a medida que avanzaba el s. XX, resultó notorio en los inmigrantes provincianos el descenso del tradicionalismo, el fatalismo y la pasividad, junto con el aumento relativo de su autoestima, confianza, apertura, racionalidad y activismo. Valores que se expresaron en comportamientos tales como: libertad de desplazamiento, aspiraciones de progreso personal y social y el surgimiento de una capacidad para disfrutar la vida.

No cabe duda que los inmigrantes interioranos, iniciaron el fin de esa sensación generalizada de enraizamiento al territorio, de inmo-

vilismo geográfico o de servidumbre al suelo natal que había caracterizado al mundo campesino e indígena hasta fines del s. XIX. Gracias a estas y otras corrientes inmigratorias que se suscitaron en la misma época en todo el país, lo lejano se transformó en cercano y lo desconocido en conocido. A partir de entonces surgió en los habitantes del Ecuador, y de Quito en particular —como bien lo señaló Carlos Franco en el caso de Perú— la conciencia de que el territorio no solo separa sino que une, que los caminos y las calles no solo distancian sino que acercan; en fin, de que el territorio podía subjetiva y realmente conocerse, y que movilizarse a través de él era una primera forma de dominarlo. El espacio dejó de enfrentarse externamente como objeto de contemplación y ensimismamiento para transformarse en lugar de tránsito, estación de itinerario o espectáculo visual.

Esta vocación por el desplazamiento espacial estimuló a la vez el deseo de movilización social, ya que la sociedad y sus jerarquías dejaron de verse como realidades amuralladas y, por tanto, inexpugnables. El chulla fue quien encarnó esta doble necesidad de movilidad y en quien, como nadie, se destacó una aptitud desplazativa, que lo convirtió en un deambulador paradigmático. Por esa razón, el chulla siempre será recordado como aquel sujeto que recorría de forma incesante las calles y plazas de la ciudad, al mismo tiempo que buscaba escalar socialmente de cualquier forma, dando lugar así a un arribismo y oportunismo social nunca antes vistos. Todo esto sumado a sus escándalos, nomadismo, apariciones y reapariciones, explican su intenso protagonismo ciudadano y, por lo mismo, la ubicuidad que lo definió. Comportamientos que fueron al mismo tiempo, actos de resistencia contra el anonimato, el olvido, la segregación residencial o la soledad.

Fue de esta manera como los nuevos sectores subalternos de la primera mitad del s. XX: grupos populares de mayor arraigo e inmigrantes provincianos, hicieron retroceder definitivamente a la ciudad señorial y a su cultura aristocrática, empujando el advenimiento de la ciudad moderna.

BIBLIOGRAFÍA

PUBLICACIONES OFICIALES

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR

- 1988 *Estadísticas Económicas Históricas 1948-1983*, Serie Estadística, Vol. 1, BCE. Quito.

CONSEJO MUNICIPAL DE QUITO

- 1927 *Gaceta Municipal*, No. 15.
- 1933 *Gaceta Municipal*, No. 67.
- 1934 *Boletín General de Estadística*, Quito, Talleres Tipográficos Nacionales.
- 1934 *Gaceta Municipal*, No. 75.
- 1935 *Gaceta Municipal*, No. 80, 81.
- 1936 *Gaceta Municipal*, No. 82, 83, 84.
- 1938 *Gaceta Municipal*, No. 91.
- 1942 *Gaceta Municipal*, No. 102.
- 1943 *Gaceta Municipal*, No. 104, 105, 106.

CONSEJO NACIONAL DE DESARROLLO

- 1989 *Población y cambios sociales. Diagnóstico Sociodemográfico del Ecuador*: segunda edición, UNFPA, Corporación Editora Nacional.

DIRECCIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICA

- 1944 *Ecuador en cifras 1938-1942*, Imprenta del Ministerio de Hacienda, Quito.

ECUADOR, República del, Poder Ejecutivo

- 1922-23 *Informe Anual que la Dirección Central de Estadística y Registro Civil presenta al Ministerio del Ramo*, Quito, Imprenta Nacional.
- 1934 *Informe de la Dirección General de Estadística, Registro Civil y Censo al Señor Ministro del Ramo*, Quito, Tip. Fernández.

LIBROS Y ARTÍCULOS

ALEMAN, Hugo

- 1953 *Presencia del Pasado*, Casa de la Cultura, Quito.

ANDRADE, Carlos

- 1964 *Los inolvidables*, Talleres Gráficos Nacionales, Quito.
- 1993 “Los refugios de nuestra adolescencia”, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, librería Cima, Quito, pp. 158-162.
- 1999 “El auténtico Chulla Quiteño”, en: E. Freire y M. Espinosa (compiladores), *Parías, perdedores y otros antihéroes. Quito y sus célebres personajes populares*, Colección Memoria No. 4, Taller de Estudios Andinos, Quito.

ANDRADE, Manuel de Jesús

- 1935 *Andanzas de un colombiano*, Ambato.

ANDRADE, Raúl

- 1960 “Quito, monografía del tiempo perdido”, en *Vistazo*, No. 43, XII-1964.
- 1977 *El perfil de la Quimera*, Ed. Casa de la Cultura.
- 1990 “Agudeza y arte de ingenio”, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Librería Cima, Quito, pp. 186-188.
- 1993 “Elegía de la Chullita” y “Lienzo mural de Quito de 1900”, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomo 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, pp. 11-18; 125-126.

ANDRADE MARTÍN, Luciano

- 1991 “Las guerras de guambras”, en Miguel Puga: *Crónicas del Quito Antiguo*, Colección amigos de la genealogía, Quito, pp. 305-307.

ARCOS, Carlos y MARCHANT, Carlos

- 1978 “Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana”, en: *Revista Ciencias Sociales*, Volumen II, No. 5, Primer trimestre, Escuela de Sociología, Universidad Central del Ecuador, Quito, pp. 13-51.

ARCOS, Carlos

- 1986 “El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900”, en: *Clase y Región en el agro ecuatoriano*, Corporación Editora Nacional, Quito. pp. 269-317.

AYALA, Segundo

- 1948 *Un ilustre ecuatoriano*, Ed. Plenitud, Quito.

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR

- 1992 *La vida de cada día, El Ecuador en avisos 1822 – 1939*, Colección Imágenes, N° 8, Quito.

BAUER, Arnold,

- 2001 *Somos lo que compramos, historia de la cultura material en América Latina*, México, Taurus, 2001.

BEMELMANS, Ludwig

- 1941 *El burro por dentro*, Editora Moderna, Quito.

BHABHA, Homi K.,

- 2002 *El Lugar de la cultura*, Buenos Aires, Editorial Manantial.

BOURDIEU, Pierre

- 1991 *El sentido de la práctica*, Taurus Humanidades, Barcelona.
- 1998 *La Distinción, criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.

BRAVO, Bolívar

- 1934 “El ambiente popular quiteño”, en: *IV Centenario de la Fund. Española de San Francisco de Quito*, Quito.

BUSTOS, Guillermo

- 1990 “Notas sobre economía y sociedad en Quito y la Sierra Centro Norte durante las primeras décadas del siglo XX”, en: *Quitumbé*, N° 7, Revista del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad Católica, Quito.
- 1991 “La politización del ‘problema obrero’ los trabajadores quiteños entre la identidad ‘pueblo’ y la identidad ‘clase’ (1931-34)”, en: *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- 1992 “Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)”, en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito.

CARRION, Alejandro

- 1993 “Como se hace un Quiteño, método tentativo”, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomo 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, pp. 302-304.

CARRION, Andrea; GOETSCHER, Ana María; SÁNCHEZ, Nancy

- 1997 *Breve Historia de los servicios en la ciudad de Quito*, Ciudad, Museo de Quito, Quito.

CARRION, Fernando

- 1984 “Evolución de la forma de organización territorial en Quito: sus momentos históricos cruciales”, *Cultura Revista del Banco Central del Ecuador*, Quito, sept-dic 1984.
- 1987 *Quito, crisis y política urbana*, CIUDAD- El Conejo.

CLARK, Kim

- 2001 “El sexo y la responsabilidad en Quito: prostitución, género y Estado, 1920-1950”, en: Revista *Procesos*, Universidad Andina Simón Bolívar, Theis, Corporación Editora Nacional, I semestre.
- 2003 “La formación del Estado ecuatoriano en el campo y la ciudad, 1895-1925”, Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador, Theis, Corporación Editora Nacional, II sem/2003.

CARVALHO-NETO, Paulo de

- 1964 *Diccionario del folklore Ecuatoriano*, Editorial de la Casa de la Cultura, Quito.

CERVONE, Emma

- 1999 “Introducción”, en: E. Cervone y F. Rivera editores, *Ecuador racista. Imágenes e identidades*, Flacso Ecuador, Quito, pp. 11-18.

CHAVEZ, Fernando

- 1933 “La familia entre los obreros urbanos del Ecuador” en *Orientaciones*, N. 2, Revista de Cultura, Inst. Manuel J. Calle, Cuenca, septiembre, 1933.

CONNIFF, Richard

- 2002 *Historia de los ricos*, Taurus, Madrid, 2002.

CORDOVA, Carlos Joaquín

- 1995 *El habla del Ecuador, diccionario de ecuatorianismos*, Tomo I, Universidad del Azuay Cuenca.

CORNEJO, Justino

- 1967 *El Quichua en el Ecuador*, Publicaciones de la Academia de la Lengua, Quito.

CORRALES PASCUAL,

- 1974 Manuel, *Jorge Icaza: frontera del relato indigenista*, Quito, Ediciones de la Universidad Católica, 1974.

CUEVA, Agustín

- 1986 *Lecturas y Rupturas*, Colección País de la Mitad, Editorial Planeta, Quito.
- 1993 *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Planeta.

CUVI SÁNCHEZ, María

- 2009 *Quito casa adentro, narrado por mujeres*, FONSAL, Quito.

DE LA TORRE, Carlos

- 1993 “Remembranzas de la bolsicona”, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomo 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, pp. 208-210.

DELER, Jean Paul

- 1987 *Ecuador, del espacio al Estado Nacional*, Biblioteca Geográfica Ecuatoriana, vol. 2, Banco Central del Ecuador, Quito.

DESCALZI, Ricardo

- 1988 “El ambiente del Chulla Romero y Flores” en edición crítica de la UNESCO, Roma.

DURAN, Cecilia

- 2000 *Irrupción del sector burócrata en el Estado Ecuatoriano: 1925-1944*, Cooperación Española, Abya-Yala, PUCE, Quito.

EICHLER, Arturo

- 1952 *Nieve y selva en Ecuador*, Guayaquil.
- 1982 *Ecuador. Un País, un Pueblo, una Cultura*, Quito.

ESPINOSA APOLO, Manuel

- 2000 *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural*, tercera edición. Trama social editorial, Quito.
- 2003 *Mestizaje, Cholíficación y blanqueamiento en Quito*, primera mitad del s. XX, Serie Magister, Vol. 49, Universidad Andina Simón Bolívar, Abya-Yala, Corporación editora nacional, Quito.

- 2004 “Los sectores altos de Quito en la primera mitad del s. XX: signos y estrategias de distinción”, en: *Memoria Social y Conciencia Histórica en el Ecuador*, Jorge Núñez, editor, Sección Académica de Historia y Geografía, CCE, Quito.
- 2006 *Jorge Icaza cronista del mestizaje*, Comisión Permanente de Conmemoraciones Cívicas, Quito.

ESPINOSA, Modesto

- s.f. *Artículos de costumbres*, Clásicos Ariel, N° 52, Guayaquil.

ESPINOSA TAMAYO, Alfredo

- 1979 *Psicología y Sociología del Pueblo Ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, vol. 2, BCE, Quito.

FERRANDIZ ALBORZ, Francisco

- s.f. “El novelista hispanoamericano Jorge Icaza”, en: *Literatura icaciana*, Quito– Guayaquil, Su Librería.

FLORES JARAMILLO, Renán

- 1979 *Jorge Icaza una visión profunda y universal del Ecuador*, Quito, Edit. Universitaria.

FRANKLIN, Albert B.

- 1945 *Ecuador, retrato de un pueblo*, Editorial Claridad, Buenos Aires.

FREIRE RUBIO, Edgar

- 1990-93 *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomos I, II, y III, Librería Cima, Quito.

GARCIA, Alfonso

- 1937 *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Imprenta de Educación, Quito.
- 1940 *Estampas de mi ciudad*, Quito, s/e.
- 1990 “Soñar no cuesta nada” en: E. Freire (Comp.)., *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, pp. 267-273.
- 1991 “Viva el Carnaval”, en: E. Freire (Comp.)., *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, pp. 242-249.

GANGOTENA, Emilio

- 1951 *El libro de la ciudad de San Francisco de Quito hasta 1951*, CEGAN, Quito.

GOETSCHER, Ana María

- 1992 “Hegemonía y sociedad (Quito: 1930-1950)”, en: E. Kingman coord. *Ciudades en los Andes*, Ciudad, Quito.
- 1999 *Mujeres e imaginarios. Quito a inicios de la modernidad*, Serie Plurimenor, Abya-Yala, Quito.
- 2002 *Imágenes de mujeres, amas de casa, musas y ocupaciones modernas. Quito primera mitad del s. XX*, Documentos No 2, Museo de la Ciudad, Quito.

GOFFMAN, Erving

- 1986 *Estigma, la identidad deteriorada*, tercera reimpresión, Amorrortu editores. Buenos Aires.

GONZALEZ, J. L.

- 1936 *Nuestra gran realidad, alrededor del problema de la tierra, su parcelación y producción en el Ecuador*, Ed. Labor, Quito.

GRANDA, Wilma

- 1993 “El cine silente ecuatoriano: la azarosa historia”, en: E. Freire (Comp.)., *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, primera edición, Abrapalabra, Quito, pp. 443- 447.

HASSAUREK, Fedrich

- 1998 “La servidumbre doméstica” en: *Quito según los extranjeros*, segunda edición, Colección memoria, no. 1, Taller de Estudios Andinos, Quito.

IBARRA, Hernán

- 1992a *Indios y cholos. Orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, Colección 4 suyus, Editorial El Conejo, Quito.
- 1992b “El laberinto del mestizaje”, en: *Identidades y Sociedad*, Centro de Estudios Latinoamericanos /PUCE, Quito, pp. 95 -124.

ICAZA, Jorge

- 1975 *Hijos del Viento (Huairapamuschcas)*, Rotativa, Plaza & Janes, Barcelona.
- 1985 *En las calles*, Editorial El Conejo, Quito.
- 1986 *El Chulla Romero y Flores*, Ed. El Conejo, Quito.
- 1990 *Cholos*, Libresa, Quito.
- 1993 “Éxodo”, en: *Cabuyas*, Edym, Valencia.

IAN MILLER, William

- 1998 *Anatomía del Asco*, Taurus, Madrid.

JIJÓN Y CAAMAÑO, Jacinto

- 1944 *Ascendentes de Jacinto Jijón y Caamaño y Barba*, nacidos en Quito el 31 de marzo de 1944.

JIJON Y CHILUIZA, Jacinto

- 1998 *Longos. Una crítica reflexiva e irreverente a lo que somos*, segunda edición, Ediciones Abya-Yala, Quito.

JURADO NOBOA, Fernando

- 1991 *El Chulla Quiteño*, SAG, Volumen 60, Quito.
- 1995 *Las Quiteñas*, Dinediciones, Colección Siempre, Quito.
- 1999 *Quito secreto*, Colección Amigos de la Genealogía, Vol. 135, SAG, Quito.

KINGMAN, Eduardo y GOETSCHER, Ana María

- 1989 "Obras públicas y fuerza de trabajo indígenas (El caso de la Provincia de Pichincha)", en E. Kingman coord. *Las ciudades en la Historia*, Ciudad, Quito.
- 1992 "Quito, vida social y modificaciones urbanas", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. pp. 129-152.
- 1992 "Quito: las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. pp. 153-162.
- 2006 *La ciudad y los otros. Quito 1860 – 1940. Higienismo, ornato y policía*, Atrio, FLACSO, Quito.

KIGMAN, Nicolás

- 1989 "El humor de los quiteños", en E. Kingman, Coord., *Las ciudades en la historia*, Conuep, CIUDAD, Quito, pp. 419-422.
- 1991 "La ciudad de los recuerdos" en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, pp. 198-203.

KREUTER, María-Luise

- 1997 *¿Dónde queda el Ecuador?*, Abya-Yala, Quito.

LARREA Killinger, Cristina

- 1997 *La cultura de los olores, una aproximación a la antropología de los sentidos*, Biblioteca Abya-Yala, N° 46, Quito.

LINKE, Lilo

- 1956 *Viaje por una Revolución*, Quito.

LUNA, Milton

- 1989 "Los movimientos sociales en los treinta. El rol protagónico de la multitud", en: *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, N° 6., Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador, Quito, pp. 199-235.
- 2000 "Los mestizos, los artesanos y la modernización en el Quito de inicios del siglo XX", en: Jorge Núñez (Comp.), *Antología de Historia*, FLACSO, Quito.

MAIGUASHCA, Juan

- 1991 "Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo", en: *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Corporación Editora Nacional, Quito, pp. 79-94.

MARAVALL, José Antonio

- 1990 *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, Barcelona, Editorial Crítica.

MENA VILLAMAR, Claudio

- 1995 *Ecuador a comienzos de siglo*, Abya-Yala, Quito.

MEYER, Hans

- 1993(1907) *En los Altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, Vol. 3, Abya-Yala, Quito, 1993.

MICHAUX, Henri

- 1983(1928) *Ecuador*, Colección Marginales, primera edición, Tusquets editores, Barcelona.

MICHELENA, Javier

- 1990 "Lectura contemporánea de Jacinto Jijón y Caamaño", Boletín Bibliográfico, Biblioteca del Banco Central del Ecuador, Número monográfico del Fondo Jacinto Jijón y Caamaño, diciembre de 1990, Quito.

MONTUFAR, Verónica

- 1996 "Acerca de 'putas, brujas, grajientas y mucho más'", en: Mar-

- tha Moscoso (Comp.), *Y el amor no era todo... Mujeres, imágenes y conflictos*, Abya-Yala DGIS, Quito, pp. 157-186.
- MONSIVAIS, Carlos,**
- 2000 *Aires de familia, cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- MOYA, Ruth**
- 1981 *Simbolismo y ritual en el Ecuador Andino*, Colección Pendones, Vol. 40, IOA, Otavalo.
- MUYSKEN, Piete**
- 1989 "Contacto entre el Quichua y Castellano en el Ecuador", en *Antropología del Ecuador*, Abya-Yala, segunda edición, Quito.
- NILES, Blair**
- 1995(1923) *Correrías Casuales en el Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, Vol. 3, Abya-Yala, Quito.
- OLANO, Antonio**
- 1915 *De Popayán a Quito*, Tip. y encuadernación Salesiana, Quito.
- ORTEGA, Alicia**
- 2005 "El hombrecito amargado y doliente", en: Revista *Letras*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión".
- OVIEDO RODRIGUEZ, Miguel Ángel**
- 1990 *La jorga. Memorias de una vida*, Editorial Editar, Ecuador.
- PAREDES, Modesto Ángel**
- 1981 *Pensamiento Sociológico*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol., 6, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional, Quito.
- PAZ, Octavio**
- 1972 "La máscara y la transparencia", en: Carlos Fuentes, *Cuerpos y ofrendas*, Madrid, Alianza Editorial.
- PÉREZ DE OLEAS, Laura**
- 1991 "Calé de Tamales", en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomos 2, tercera edición, Librería Cima, Quito.
- PINO, Inés del**
- 1993 "Sobre la arquitectura quiteña: 1820-1922", en: *Arquitectura de Quito, una visión histórica*, Serie Quito, N° 8, Dirección de

Planificación, I. Municipio de Quito, Quito.

PRATT, Mary Louise

- 1997 *Ojos imperiales, Literatura de viajes y transculturación*, Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.

PUGA, Miguel Ángel

- 1991 *Crónicas del Quito Antiguo*, Colección Amigos de la Genealogía, Vol. 49, SAG., Quito.

PUJADAS, Joan Josep

- 1993 *Etnicidad: identidad cultural de los pueblos*, Eudema Antropología, Horizontes, Madrid.

QUIJANO, Aníbal

- 1980 *Dominación y Cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Mosca Azul editores, Lima.

RODRÍGUEZ CASTELO, Hernán

- 1979 *Léxico sexual ecuatoriano y latinoamericano*, Libri-Mundi/IOA, Quito.

SACKETT, Theodore Alan,

- 1974 *El arte en la novelística de Jorge Icaza*, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

SALVADOR, Humberto

- 1993 *La navaja*, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, primera edición, Abrapalabra, Quito, pp. 279-284.
- 1993 *En la ciudad he perdido una novela* (1929), Colección Antares, Libresa, Quito.

SUÁREZ, Pablo Arturo

- 1927 "Oficio de la Dirección de Sanidad, pasado al Consejo propósito de las obras de Saneamiento de la ciudad", en *Gaceta Municipal*, Año XIII, No. 16, Quito, julio 1 de 1927.
- 1934 *Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas*, Quito, Tipografía L. I. Fernández.

STARK, Louisa R.

- 1993 "Modelos de estratificación y etnicidad en la sierra norte", en: Whitten, Jr. Normal (edit.) *Transformaciones culturales y etnicidad en la sierra ecuatoriana*, Universidad San Francisco de Quito, Quito, pp. 243-258.

STUZMAN, Ronald

- 1993 “El mestizaje: una ideología de exclusión”, en: Whitten, Jr. Normal (edit.) *Transformaciones culturales y etnicidad en la sierra ecuatoriana*, Universidad San Francisco de Quito, Quito, pp. 54-107.

SYLVA, Ramiro de

- 1918 “La tanda Vermouth”, Caricatura, N° 2, Diciembre 15.

TOBAR DONOSO, Julio

- 1960 “Introducción” al libro *Jacinto Jijón y Caamaño*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Quito, Ecuador.
- 1961 *El lenguaje rural en la región interandina del Ecuador*, Publicaciones de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española, Editorial “La Unión Católica”, C.A., Quito.

TOSCANO, Humberto

- 1953 *El español hablado en el Ecuador*, revista de filología española, Anejo LXI, Madrid.
- 1959 *El Ecuador visto por los extranjeros*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla.

VARALLANOS, José

- 1962 *El cholo y el Perú*, Imprenta López, Buenos Aires.

VARGAS, José María

- 1971 *Jacinto Jijón y Caamaño, su vida y su museo de Arqueología y Arte Ecuatoriano*, Ed. Sto. Domingo, 1971, Quito.

VASQUEZ, María Antonieta

- 1988 “Familia, costumbres y vida cotidiana a principios del s. XX”, *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 9, Corporación Editora Nacional/Grijalbo, Quito, pp. 205-234.

VATTIMO, Gianni

- 1989 *El sujeto y la máscara*, Barcelona, Ediciones Península.

VELASCO IBARRA, José María

- 1996 *Pensamiento político*, Biblioteca del Pensamiento Básico, N° 38, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional, Quito.

VETRANO, Anthony

- 1974 *La problemática psico-social y su correlación lingüística en las novelas de Jorge Icaza*, Miami, Ediciones Universal.

VITERI DE LA VEGA, Carlos

- 1971 “Monografía del barrio el Tejar”, *Museo Histórico*, Nros. 47 al 51, Quito, 1969.1971.

WEISER VARON, Benno

- 1993 “Judíos en Quito. Recuerdos del Ecuador”, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Abrapalabra editores, Quito, pp. 194-204.

ZALDUMBIDE, Gonzalo

- 1993 “El quiteño detesta a Quito”, en: E. Freire (Comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, librería Cima, Quito, pp.205-207.

PERIÓDICOS

- *El Comercio*, Quito.
- *El Día*, Quito.
- *El Debate*, Quito.
- *Ultimas Noticias*, Quito.

REVISTAS

- *La Ilustración Ecuatoriana*, Colección de Revistas Ecuatorianas, Tomos I, II, III, Banco Central del Ecuador, Quito.
- *Caricatura*, Colección de Revistas Ecuatorianas, Tomos I y II, Banco Central del Ecuador, Quito.
- *Hélice*, Colección de Revistas Ecuatorianas LVIII, Banco Central del Ecuador, Quito.

FUENTES NO PUBLICADAS**VALLEJO, Patricio**

- 2000 “Historia del teatro en el Ecuador”, conferencia en el curso, *Imagen e Idea de Quito*, Universidad Andina Simón Bolívar.

TESTIMONIOS PUBLICADOS**CARRERA ANDRADE, Jorge**

- 1989 *El volcán y el colibrí*, Autobiografía, Colección Testimonios, No. 3, Corporación Editora Nacional, Quito.

FUNDACIÓN MARIANA DE JESÚS

- s.f *María Augusta Urrutia, Vida y Obra*, Fundación Mariana de Jesús, Quito.

GONZALEZ SUAREZ, Federico

- s.f *Memoria íntimas*, Ariel, Guayaquil.

LANDAZURI, Carlos y MICHELENA, Xavier

- 1990 “José Manuel Jijón: lo que tengo son años y recuerdos”, Boletín Bibliográfico del Banco Central del Ecuador, Número monográfico Fondo Jacinto Jijón y Caamaño, Quito, dic. de 1990.

ORTIZ B. Luis

- 1989 *La historia que he vivido*, Colección Testimonios, Vol. 2, Corporación Editora Nacional

PARRAL DE VELASCO, Corina

- s.f *De la lágrima a la sonrisa*, Colección el placer de recordar, Vol. 4, Banco Central del Ecuador, Quito.

TRONCOSO, Julio

- 1969 *Memorias íntimas del diario capitalino “El Día”*, El Año Ecuatoriano, Quito.

RIVADENEIRA, Jorge

- 2003 “Enma, inglesita, chiva y negrita”, La familia revista del diario El Comercio, Quito 12 de octubre del 2003.

ROBALINO, Luis Dávila

- 1974 *Memorias de un nonagenario*, Ed. Ecuatoriana, Quito.

SEVILLA SALGADO, Juan

- 2002 *Testimonio de vida*, Colección Testimonios, No. 9, Corporación Editora Nacional, Quito.

VALDEGANA, Alfonso de (pseudónimo)

- 1946 *Vida pasión y muerte de un empleado público*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales.

VEGA SALAS, Jaime

- 1996 *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)*, Gráficas Ortega, Quito.

ZALDUMBIDE, Gonzalo

- 2000 *Cartas (1933-1934)*, edición, prólogo y notas de Efraín Villacís y Gustavo Salazar, Consejo Nacional de Cultura del Ecuador, Ediciones 2000, Quito.

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO METROPOLITANO DE PATRIMONIO
CULTURAL DE QUITO

BIBLIOTECA BÁSICA DE QUITO

1. **AL MARGEN DE LA HISTORIA.** Leyendas de pícaros, frailes y caballeros. *Cristóbal Gangotena y Jijón* (1924), 2003.
2. **LA LAGARTIJA QUE ABRIÓ LA CALLE MEJÍA.** Historietas de Quito. *Luciano Andrade Marín*, 2003.
3. **PÚLPITOS QUITENOS.** La magnificencia de un arte anónimo. *Ximena Escudero Albornoz*, 2004.
4. **CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO I.** Protagonistas y calles en sentido oriente-occidente desde 1534 a 1950, de la calle Egas a la calle Chile. *Fernando Jurado Noboa*, 2004.
5. **EL DERECHO Y EL REVÉS DE LA MEMORIA.** Quito tradicional y legendario. *Edgar Freire Rubio* (compilador) y *María del Carmen Fernández* (introducción y notas), 2005.
6. **IMÁGENES DE IDENTIDAD.** Acuarelas quiteñas del siglo XIX. *Alfonso Ortiz Crespo, Alexandra Kennedy-Troya, Rosemarie Terán Najas y Jorge Trujillo*, 2005.
7. **LA CRÓNICA PROHIBIDA DE CRISTÓBAL DE ACUÑA.** Cristóbal de Acuña en el Amazonas. *Hugo Burgos Guevara*, 2005.
8. **LUZ A TRAVÉS DE LOS MUROS.** Biografía de un edificio quiteño. *María Antonieta Vásquez Hahn*, 2005.
9. **CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO II.** Protagonistas y calles en sentido oriente-occidente desde 1534 a 1950, de la calle Espejo a la calle Bolívar. *Fernando Jurado Noboa*, 2005.
10. **CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO III.** Protagonistas y calles en sentido oriente-occidente desde 1534 a 1950, de la calle Rocafuerte a la calle Portilla. *Fernando Jurado Noboa*, 2006.
11. **TULIPE Y LA CULTURA YUMBO.** Arqueología comprensiva del subtrópico quiteño. *FONSAL-Holguer Jara Chávez*, tomo I, 2006 y tomo II, 2007.
12. **FAMILIA, HONOR Y PODER.** La nobleza de la ciudad de Quito en la época colonial tardía (1765-1822). *Christian Büschges*, 2007.
13. **EL PUEBLO DE QUITO, 1690-1810.** Demografía, dinámica socio racial y protesta popular. *Martin Minchom*, 2007.
14. **ARTE COLONIAL QUITENO.** Renovado enfoque y nuevos actores. (I) Historia del arte colonial quiteño. Un aporte historiográfico, *Carmen Fernández-Salvador* y (II) El arte en la Real Audiencia de Quito. Artistas y artesanos desconocidos de la "escuela quiteña", *Alfredo Costales Samaniego*, 2007.
15. **CARONDELET.** Una autoridad colonial al servicio de Quito. *Carlos Manuel Larrea, José Gabriel Navarro, Jorge Núñez Sánchez y María Antonieta Vásquez Hahn*, 2007.
16. **MEJÍA.** Portavoz de América (1775-1813). *Jorge Núñez Sánchez, María Antonieta Vásquez Hahn, Eduardo Estrella, Eric Beerman, Manuel Chust, María José Collantes de Terán de la Hera y Hernán Rodríguez Castelo*, 2008.
17. **RADIOGRAFÍA DE LA PIEDRA.** Los jesuitas y su templo en Quito. *Jorge Moreno Egas, Jorge Villalba, Peter Downes, Christiana Borchart de Moreno, Valeria Coronel Valencia, Alfonso Ortiz Crespo, Adriana Pacheco Bustillos, Diego Santander Gallardo, José Luis Micó Buchón, Patricio Placencia y Manuel Jiménez Carrera*, 2008.

18. **CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO IV.** Protagonistas de la Plaza Mayor y de la Calle de las Siete Cruces, 1534 a 1950. *Fernando Jurado Noboa*, 2008.
19. **EL SABOR DE LA MEMORIA.** Historia de la cocina quiteña. *Julio Pazos Barrera*, 2008. Primera reimpresión, 2010.
20. **EL CAMINO DE HIERRO.** Cien años de la llegada del ferrocarril a Quito. *Elisa y Ana María Sevilla, Hernán Ibarra, Kim Clark, José Segovia Nájera, José Antonio Figueroa, Eduardo Kingman Garcés / María Augusta Espín / Erika Bedón, Lisset Coba e Inés del Pino Martínez*, 2008.
21. **CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO V.** Protagonistas y calles en sentido sur-norte, de 1534 a 1950, de la calle Quiroga a la Calle Cuenca. *Fernando Jurado Noboa*, 2009.
22. **CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO VI.** Protagonistas y calles en sentido occidente-oriente, de 1534 a 1950. Calles Benalcázar, Venezuela y Vargas. *Fernando Jurado Noboa*, 2009.
23. **EL COMISIONADO REGIO CARLOS MONTÚFAR Y LARREA.** Sedicioso, insurgente y rebelde. *Guadalupe Soasti Toscano*, 2009.
24. **HISTORIA DE QUITO "LUZ DE AMÉRICA".** Bicentenario del 10 de Agosto de 1809. *Jorge Salvador Lara*, 2009.
25. **CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO VII.** Historia de las calles Guayaquil, Luis Felipe Borja y Maldonado. *Fernando Jurado Noboa*, 2009.
26. **HISTORIA Y ARTE EN EL TEJAR DE LA MERCED.** *María Antonieta Vásquez Hahn y Alfonso Ortiz Crespo*, 2010.
27. **ARTE QUITENO MÁS ALLÁ DE QUITO.** Memorias del seminario internacional de agosto de 2007. *Gloria Cortés Aliaga, Francisca del Valle Tabatt, Marta Fajardo de Rueda, Carmen Fernández-Salvador, Patricio Guerra Achig, Fernando Guzmán Schiappacasse, Ángel Justo Estebaranz, Alexandra Kennedy-Troya, María del Pilar López Pérez, Jaime Mariazza Foy, Ricardo Morales Gamarra, Alfonso Ortiz Crespo, Adriana Pacheco Bustillos, Jesús Paniagua Pérez, Pedro Querejazu Leyton, Jannet Rodríguez Nóbrega, Olaya Sanfuentes Echeverría, Suzanne Stratton-Pruitt, Bozidar Darko Sustersic, Rodolfo Vallín Magaña, Laura Vargas Murcia y Gustavo Vives Mejía*, 2010.
28. **ATLAS ARQUEOLÓGICO DE QUITO.** *FONSAL - Holguer Jara Chávez y Alfredo Santamaría*, 2009. Volumen I: Quito - Píntag. Volumen II: San José de Minas - Guayllabamba. Volumen III: Pacto - Lloa, 2010.
29. **MUJERES EN LA REVOLUCIÓN DE QUITO.** *Sonia Salazar y Alexandra Sevilla*, 2009.
30. **EL MOVIMIENTO ILUSTRADO Y LA INDEPENDENCIA DE QUITO.** *Carlos Paladines* (estudio introductorio y selección de textos), 2009.
31. **LA REVOLUCIÓN EN LAS TABLAS.** Quito y el teatro insurgente 1800/1817. El teatro insurgente en Quito, *María Antonieta Vásquez Hahn. José Mejía Lequerica: "El Celo triunfante de la discordia: preludio alegórico", Ekkehart Keeding. El celo triunfante, José Mejía Lequerica. Camilo Henríquez: La Camila o la patriota de Sudamérica, Ekkehart Keeding. La Camila o la patriota de Sudamérica, Camilo Henríquez*, 2009.
32. **CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO VIII.** Historia de la calle Flores hasta la calle Los Ríos. *Fernando Jurado Noboa*, 2010.

33. CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO IX, Historia de las plazas articulares de la ciudad: San Francisco. *Fernando Jurado Noboa*, 2010.
35. CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO X. Historia de las plazas articulares de la ciudad: Santo Domingo. *Fernando Jurado Noboa*, 2011.
36. RECOLETA DE SAN DIEGO DE QUITO. Historia y Restauración. Alexandra Kennedy Troya, Alfonso Ortiz Crespo. Edición revisada y corregida, 2010.
37. COSMOVISIÓN ANTROPOCÉNTRICA DE LAS CULTURAS DEL ANTIGUO ECUADOR. Museología, museografía y catálogo del museo Antonio Santiana. Holguer Jara Chávez, 2010.
38. HACIENDA Y OBRAJE. Los jesuitas y el inicio del capitalismo agrario en Quito Colonial, 1600-1767. Nicholas P. Cushner. Traducción, estudio introductorio y notas, Gonzalo Ortiz Crespo, 2011.
40. LA ESTRELLA DEL CAMINO. Apuntes para el estudio del belén barroco quiteño. Francisco Manuel Valiñas López y fotografías de Christoph Hirtz, 2011.
42. LOS SEÑORES ÉTNICOS DE QUITO EN LA ÉPOCA DE LOS INCAS. La economía política de los señoríos norandinos. Frank Salomon. Traducción y notas, Gonzalo Ortiz Crespo, 2011.

BIBLIOTECA BÁSICA DE QUITO OBRAS EN PROCESO DE EDICIÓN Y PUBLICACIÓN

- (34) HISTORIA DEL ANTIGUO HOSPITAL SAN JUAN DE DIOS. *Nancy Morán, Jorge Moreno, Silvia Benítez, Cecilia Ortiz* (en colaboración con el Museo de la Ciudad), dos tomos.
- (39) CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO XI. Historia de las plazas menores de la ciudad: la plaza de Santa Clara. *Fernando Jurado Noboa*.
- (41) CALLES, CASAS Y GENTE DEL CENTRO HISTÓRICO DE QUITO, TOMO XII. Historia de las plazas menores de la ciudad: Plaza del Teatro, plazoleta de San Agustín y plazoleta de la Merced. *Fernando Jurado Noboa*.
- (43) LA ECONOMÍA DE LA REAL AUDIENCIA DE QUITO EN EL SIGLO XVII: ESTRUCTURA TEXTIL Y MERCADOS (Coedición con el Instituto de Altos Estudios Nacionales). *Guadalupe Soasti Toscano*.

BIBLIOTECA BÁSICA DE QUITO VERSIONES RESUMIDAS

- IMÁGENES DE IDENTIDAD, Acuarelas quiteñas del siglo XIX. (Síntesis). *Evelia Peralta*, 2005.
- JOSÉ MEJÍA LEQUERICA 1775-1813, Las ideas políticas de un quiteño en España. *Jorge Núñez Sánchez*, 2007.
- TULIPE Y LA CULTURA YUMBO, Arqueología comprensiva del subtrópico quiteño. (Resumen de la versión integral). *Sofía Luzuriaga Jaramillo y Olga Fernández Valdez*, 2007.

QUITO Y SU MÚSICA

1. RINCONES QUE CANTAN. Una geografía musical de Quito (incluye CD). *Fernando Jurado Noboa*, 2006.
2. GONZALO BENÍTEZ. Tras una cortina de años (incluye CD). *Adrián de la Torre y Pablo Guerrero Gutiérrez*, 2007.
3. EL CANTO DEL RUISEÑOR. José María Trueba, artífice del canto lírico en Quito, siglo XX. *Alfonso Campos Romero*, 2009.
4. MELODÍA INEVITABLE. Vida y tiempo del compositor Luis Humberto Salgado. *Cecilia Miño Grijalva*. Partituras transcritas por José Carlos Ortiz. CD con obras interpretadas al piano por Eduardo Florencia, 2010.
5. MIL AÑOS DE MÚSICA. Vida y obra del músico Carlos Bonilla Chávez (incluye cancionero y CD). *Pablo Guerrero Gutiérrez*, 2011.
MIL AÑOS DE MÚSICA. DVD interactivo. *Pablo Guerrero Gutiérrez*, 2011.
MIL AÑOS DE MÚSICA. Partituras para guitarra y piano, 2011.
7. TAN CERCA Y TAN LEJOS. Cristóbal Ojeda Dávila, intérprete del alma ecuatoriana, 1906 – 1932. *Alfonso Campos Romero*, 2011.
8. ESCUELA QUITENA DE LA GUITARRA Y FLAUTAS TRADICIONALES. *Pedro Saavedra*. CD, 2011.

QUITO Y SU MÚSICA TÍTULOS EN PROCESO DE EDICIÓN Y PUBLICACIÓN

6. NOTICIAS MUSICALES DEL QUITO ANTIGUO. *Alfonso Campos Romero*.

OTRAS PUBLICACIONES DEL FONSAI

- TEATRO NACIONAL SUCRE 1886-2003. FONSAI, 2003.
- UN SIGLO DE IMÁGENES. El Quito que se fue II / 1860-1960. *Fernando Jurado Noboa y Alfonso Ortiz Crespo* (selección fotográfica y comentarios de la colección privada de Ernesto Chiriboga Ordóñez), 2004.
- ORIGEN, TRAZA Y ACOMODO DE LA CIUDAD DE QUITO. *Alfonso Ortiz Crespo*, 2004.
- REFORZAMIENTO ESTRUCTURAL EN LAS EDIFICACIONES PATRIMONIALES. (Memorias del seminario taller). *José Chacón Toral, Michel Bonete, Gennaro Tampone, Giorgio Croci, Mario Morán P., Patricio Placencia Andrade, Óscar Argoti, Manuel Eduardo León Crespo, Guillermo Gómez Orejuela / Héctor Vega Quinteros*, 2004.
- LAS TÉCNICAS VERNÁCULAS EN LA RESTAURACIÓN DEL PATRIMONIO. (Memorias del seminario taller). *Holguer Jara, Alfonso Ortiz Crespo, Jesús Llor Bravo, Santiago López Ulloa, María Isabel Correa Kanan, José Fernando Muñoz, Patricio Chacón, Peter Widmer, Franklin Cárdenas, Sergio Bermeo Cabezas*, 2005.
- VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE EUGENIO FRANCISCO XAVIER DE SANTA CRUZ Y ESPEJO. *Marco Chiriboga Villaquirán*, 2005.
- DAMERO. *Alfonso Ortiz Crespo, Matthias Abram y José Segovia Nájera*, 2007.
- QUITO. ESCUDO DE ARMAS Y TÍTULOS DE LA CIUDAD DE SAN FRANCISCO DEL QUITO. *Pedro P. Traversari* (1914), 2007.
- GUÍA DESCRIPTIVA BIBLIOGRÁFICA Y DOCUMENTAL SOBRE LA INDEPENDENCIA EN EL ECUADOR. *Guadalupe Soasti Toscano*, 2007.

- **LOS AÑOS VIEJOS.** X. Andrade, María Belén Calvache, Lisett Coba, Martha Flores, Ángel Emilio Hidalgo, Carlos Tutivén, María Pía Vera. Fotografías: Álvaro Ávila Simpson, François Laso, Florencia Luna y Jorge Vinuesa G., 2007.
- **PASEANDO POR LA ALAMEDA,** (Guía histórica), Autores Varios, 2007.
- **CATÁLOGO DE PUBLICACIONES DEL FONDO DE SALVAMENTO DEL PATRIMONIO CULTURAL DE QUITO.** Fonsal, 2007.
- **INSURGENTES Y REALISTAS.** La revolución y la contrarrevolución quiteñas 1809-1822. Alfredo Costales Samaniego y Dolores Costales Peñaherrera, 2008.
- **MIGUEL DE SANTIAGO EN SAN AGUSTÍN DE QUITO.** Ángel Justo Estebaranz, 2008.
- **EL VALLE DE TUMBACO.** Acercamiento a su historia, memoria y cultura. Lucía Moscoso Cordero, 2008.
- **COMPENDIO DE LA REBELIÓN DE LA AMÉRICA.** Cartas de Pedro Pérez Muñoz sobre los acontecimientos en Quito de 1809 a 1815. Estudio introductorio y compilación de Fernando Hidalgo Nistri, 2009.
- **EUGENIO ESPEJO PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA.** Documentos 1794 – 1797. Carlos E. Freile G., 2009.
- **QUITO PATRIMONIO Y VIDA.** Obra del FONSAL 2001-2008. Fonsal, 2008.
- **EXPOSICIÓN DE LIBROS ANTIGUOS EN CONMEMORACIÓN DE LOS 800 AÑOS DE LA FUNDACIÓN DE LA ORDEN FRANCISCANA.** (Catálogo), 2009.
- **FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA INDEPENDENCIA** (CD-ROM). Coordinación Elena Noboa Jiménez, 2009.
- **DICCIONARIO DE TÉRMINOS DE ARQUITECTURA Y ARTE DE QUITO.** Basado en la obra de Darío Donoso Samaniego. Editado, corregido y ampliado por Alfonso Ortiz Crespo, Inés del Pino y María Pía Vera, 2009.
- **JUAN MAGNIN, DESCARTES REFORMADO.** El nacimiento de la ciencia moderna en la Audiencia de Quito (incluye CD-ROM). Estudio introductorio “El precursor de la filosofía moderna en la Audiencia de Quito”, Carlos Paladines Escudero, 2009.
- **HISTORIA Y LEYENDA DEL ARTE QUITAÑO.** Su iconología. Ximena Escudero Albornoz. Fotografías Christoph Hirtz, 2009.
- **LAS ARTES EN QUITO EN EL CAMBIO DEL SIGLO XVII AL XVIII.** Memorias del Seminario Internacional 8–11 de octubre de 2007. Susan Verdi Webster, Alfonso Ortiz Crespo, Germán Téllez Castañeda, Patricio Guerra, María Antonieta Vásquez Hahn, Silvia Larrea Araujo, Carmen Fernández Salvador, 2009.
- **EL MOLINO Y LOS PANADEROS.** Cultura popular e historia industrial de Quito. Contiene: La vida popular, el pan y los panaderos, Eduardo Kingman Garcés y Los molinos de El Censo, Nicolás Cuví, 2009.
- **HERNÁN CRESPO TORAL.** Varios Autores, 2009.
- **QUITO CASA ADENTRO NARRADO POR MUJERES.** María Cuví, 2009.
- **LÍRICA DE LA REVOLUCIÓN QUITAÑA DE 1809-1812.** La revolución quiteña de agosto de 1809 y el martirio de agosto de 1810 en los poemas de esos días. Hernán Rodríguez Castelo, 2009.
- **TRES MIRADAS AL PRIMER GRITO DE LA INDEPENDENCIA.** Contiene: Recuerdos de los sucesos principales de la revolución de Quito desde el año de 1809 hasta el de 1814, Agustín Salazar y Lozano. Viaje imaginario por las provincias limítrofes de Quito y regreso a esta capital, Manuel José Caicedo y Cuero. Controversia histórica sobre la iniciativa de la independencia americana, Camilo Destruge. Estudio introductorio de Francisco Salazar Alvarado, 2009.

- **LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA.** Del primer grito a la primera constitución. Plutarco Naranjo, 2009.
- **ACTORES Y PROCESOS DE LA REVOLUCIÓN QUITAÑA.** (Contiene CD-ROM). Bravo, Kléver Antonio; Cordero Íñiguez, Juan; Costales Peñaherrera, Dolores; De Guzmán Polanco, Manuel; Freile Granizo, Carlos; Gómez de la Torre B., Joaquín; Jurado Noboa, Fernando; Latorre, Octavio; Muñoz Borrero, Eduardo; Núñez Sánchez, Jorge; Ortiz Crespo, Alfonso; Paladines Escudero, Carlos; Pérez Ramírez, Gustavo; Rodríguez Castelo, Hernán; Rosales Valenzuela, Benjamín; Salazar Alvarado, Francisco; Serrano Pérez, Vladimir; Soasti Toscano, Guadalupe; Tapia Tamayo, Amílcar; Tinajero Villamar, Patricio, 2009. (Convenio con Multimedios Cientosseis).
- **HISTORIA DEL ACTA DE LA INDEPENDENCIA DEL 10 DE AGOSTO DE 1809.** Gustavo Pérez Ramírez, 2010.
- **MANUAL DE LA COCINERA, REPOSTERO, PASTELERO, CONFITERO Y BOTELLERO.** Juan Pablo Sáenz (antes de 1882), 2010.
- **Prensa y espacio público en QUITO (1792-1840).** María Elena Bedoya, 2010.
- **EL GREMIO DE LOS LUSTRABOTAS, 100 AÑOS DE HISTORIA.** Carolina Páez y Soledad Quintana, 2010.
- **SOCIEDAD Y POLÍTICA EN QUITO. APORTES A SU ESTUDIO ENTRE LOS AÑOS 1800-1850.** Cristóbal Landázuri, Pablo Núñez, Juan Fernando Regalado, Luis Alberto Revelo, 2010.
- **ÁRBOL AL FINO DEL DESIERTO** (Novela). Nicolás Jiménez Mendoza, 2010.
- **JOAQUÍN PINTO. CRÓNICA ROMÁNTICA DE LA NACIÓN.** Adriana Chávez Villacreses, Patricio Guerra, Eduardo Maldonado, Susan Rocha, Ana Rodríguez. Catálogo resumido de la exposición homónima, en colaboración con el Centro Cultural Metropolitano, 2010.
- **JOAQUÍN PINTO. CRÓNICA ROMÁNTICA DE LA NACIÓN.** Adriana Chávez Villacreses, Fernando Jurado, Patricio Guerra, Eduardo Maldonado, Susan Rocha, Ana Rodríguez. Catálogo de la exposición homónima, en colaboración con el Centro Cultural Metropolitano, 2011. Incluye DVD.
- **111 PLATOS POPULARES DEL ECUADOR.** Pablo Zambrano y Juan Lorenzo Barragán, 2010. En colaboración con el Hotel Hilton Colón.
- **BLOMBERG QUITAÑO.** Rolf Blomberg. Libro de fotografía histórica de Quito, en coordinación con Archivo Blomberg, 2011.
- **JACINTO JIJÓN Y CAAMAÑO. ESTUDIOS SOBRE LIMA PREHISPÁNICA: MARANGA,** Luis Guillermo Lumbrales Salcedo, 2010.
- **MAPAHUIRA CEVALLOS: EL PODER DE LA MEMORIA.** Pablo Cuví, 2011.
- **EL ESPLENDOR DEL BARROCO QUITAÑO.** Ximena Carcelén, coordinadora, 2011.
- **HISTORIA DE LA EDUCACIÓN Y DEL PENSAMIENTO PEDAGÓGICO ECUATORIANO.** Carlos Paladines Escudero, 2011. Con la Dirección de Educación del MDMQ.
- **QUIMERAS DE UN TIEMPO. LOS AÑOS SETENTA.** Fotografías de Cristóbal Corral y textos de Alejandra Adoum, 2011.
- **SOPAS, SECOS Y ENVUELTOS DEL ECUADOR.** Ruby Larrea, 2012.
- **LA CONFIGURACIÓN MILITAR EN LA GESTA QUITAÑA DE LA INDEPENDENCIA (1809–1812).** Jorge Núñez Sánchez y Kléver Bravo. María Antonieta Vásquez Hahn, Íñigo Salvador Crespo (colaboración), 2012.

- **DEL PÚLPITO AL CONGRESO.** El clero en la revolución quiteña. *Jorge Moreno Egas*, 2012.
- **EL CHOLERÍO Y LA GENTE DECENTE.** Estrategias de mestizaje y blanqueamiento en Quito. Primera mitad del siglo XX. *Manuel Espinosa Apolo*, 2012.

OTRAS OBRAS EN PROCESO DE PUBLICACIÓN, EDICIÓN E INVESTIGACIÓN

- **A CIEN AÑOS DEL ARRASTRE.** Tomo I: Transcripción y reedición de documentos históricos con motivo de la conmemoración del primer centenario del arrastre de los Alfaro. Tomo II: Transcripción y sistematización del juicio seguido para descubrir autores del ataque verificado por el pueblo a la Penitenciaría de esta Ciudad el 28 de Enero de 1912, causando la muerte de los tres Generales y Crnel. Eloy, Flavio y Medardo Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y Luciano Coral. Selección de textos y sistematización por *Paula Jácome*, en coedición con el Ministerio de Cultura.
- **LA MARISCAL.** Historia de un barrio moderno de Quito en el siglo XX. *Amparo Ponce* y *Consuelo Mancheno* (colaboración).
- **LLANGANATI EXPEDICIÓN BOSCHETTI-ANDRADE MARÍN.** Luciano Andrade Marín. *Lisbeth Boschetti*, editora.
- **JORGE SALVADOR LARA: CON LA FE POR DELANTE.** *Pablo Cuví*.
- **QUITO LINDO.** *Raquel Rodas*.
- **ERASE UNA VEZ EN AÑAGUITO Y TURUBAMBA...** *María Antonieta Sevilla*.
- **QUITO PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD.** Acuarelas de Carlos Veloz.
- **¡TORO VA!** La fiesta de los toros en Quito. *Carmen Sevilla Larrea*.
- **EPISTOLARIO ENTRE NELA MARTÍNEZ ESPINOSA Y JOAQUÍN GALLEGOS LARA.** *Nela Meriguet*.
- **HISTORIA DEL DISEÑO GRÁFICO EN QUITO-ECUADOR, 1970-2005.** *María Luz Calisto y Gisela Calderón*.
- **SANTA BÁRBARA DE CATAGUANGO.** Historia de la morada de Manuela Sáenz *Fernando Jurado Noboa*.
- **NUMISMÁTICA ECUATORIANA.** *Ramiro Reyes*.
- **ACTORES Y PROCESOS. EL 2 DE AGOSTO DE 1810.** Varios autores, (Convenio con Multimedios Cientosseis).
- **VIDAS DE UN SIGLO, UN SIGLO DE VIDAS (I y II).** *Cecilia Ortiz Batallas*.
- **"SI CALLAN A LOS MÍOS... GRITARÁN HASTA LAS PIEDRAS"**, Francisco Herrera Aráuz.
- **RELATOS DE KIKIRIKITO.** *Rina Artieda*.
- **VIDA, OBRA Y MUERTE DEL GENERAL JULIO ANDRADE.** A cien años de su asesinato. *Cecilia Falconí*, coordinadora.
- **HISTORIA DEL MONASTERIO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE QUITO.** *Sylvia Ortiz Batallas*.
- **QUITO Y SUS REINAS: LA HISTORIA QUE NO SE HA CONTADO.** *Alejandra Adoum*.
- **HISTORIA DEL CABILDO QUITAÑO.** *Javier Gomezjurado*.
- **HISTORIA DE LA TAUROMAQUIA EN QUITO.** *Vicente Moreno*.
- **VIDA COTIDIANA DE QUITO EN LOS AÑOS 1809 Y 1810.** *María Antonieta Vásquez Hahn*.
- **LAS BEBIDAS DE ANTAÑO EN QUITO.** *Javier Gomezjurado*.
- **DE QUEBRADA A REGOCIJO: LA AVENIDA 24 DE MAYO EN QUITO.** *Fernando Jurado Noboa*.

- **EL VIAJERO CÓSMICO.** Memorias de su planeta natal. *Javier Argüello*.
- **HISTORIA DEL BARRIO AMÉRICA.** *Amparo Ponce*.
- **HISTORIA DEL BEATERIO.** *Rayuela*, gestión cultural y desarrollo.
- **CULTURA POLÍTICA Y MOVILIZACIÓN POPULAR EN LA AUDIENCIA DE QUITO DURANTE LA ERA DE LA REVOLUCIÓN (1765-1822).** *Valeria Coronel*.
- **LAS HUECAS DE COMIDAS POPULARES EN QUITO.** *Manuel Kingman*, coordinador.
- **LA CASA DE LOS ALCALDES.** *María Antonieta Vásquez Hahn*.
- **MEMORIAS DEL TEATRO SUCRE (1886-2011).** *Alexandra Kennedy Troya*, coordinadora.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

REVISTA PATRIMONIO DE QUITO

- N.º 1: *Quito, espacio para lo sagrado*, junio de 2005.
- N.º 2: *La Compañía de Quito: joya barroca de América*, (incluye CD), diciembre de 2005.
- N.º 3: *El San Juan de Dios: el hospital de Espejo*, agosto de 2006.
- N.º 4: *Quito: vientos de revolución*, abril de 2007.
- N.º 5: *La Ronda vuelve a vivir*, abril de 2007.

REVISTA ¡VIVA LA RONDA! (siete números mensuales de junio a diciembre de 2007)

PUBLICACIONES INSERTAS EN PERIÓDICOS

- *Quito: Semana Santa*, abril, 2007
- *Quito es patrimonio vivo*, septiembre, 2007
- *1809: Vientos de Revolución*, agosto, 2007
- *¡El ferrocarril llegó a Quito!*, junio, 2008
- *Quito: Joya de América*, septiembre, 2008
- *La revolución quiteña*. Bicentenario del 10 de Agosto de 1809, agosto 2009.

ADQUISICIÓN DE EJEMPLARES DE OTRAS EDITORIALES

- **TERRITORIO O NACIÓN.** Reforma y disolución del espacio imperial en Ecuador, 1765-1830. *Federica Morelli*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2005.

CATÁLOGO DE FONDOS BIBLIOGRÁFICOS ANTIGUOS, REPRODUCCIÓN DE CD-ROM PARA UNIÓN LATINA E IILA

- Biblioteca General de la Universidad Central del Ecuador (BUCE), Biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores (DMIM) y Cancillería del Estado, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit (BAEP).
- Biblioteca Nacional del Ecuador Eugenio Espejo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Biblioteca del Convento Máximo de San Francisco de Quito.

APOYO A PUBLICACIONES DE OTRAS DEPENDENCIAS MUNICIPALES, EVENTOS Y PROMOCIÓN CULTURAL

CENTRO CULTURAL METROPOLITANO

Catálogos de exposiciones: Soto a gran escala / Homenaje a la obra de Marcelo Aguirre / El señor de Sipán: esplendor y misterio / Quilago / Procesos / Códigos Arcanos / Jesús Cobo / OZ / Urbana escultura / Colada y Morada / Rostros de Barro y Plata / Platería hispanoamericana contemporánea

ADMINISTRACIÓN ZONA CENTRO

Colección de la Memoria Histórica y cultural de los barrios de la Zona Centro

3: LA LOMA / 4: SAN DIEGO / 5: LA TOLA / 6: SAN JUAN / 7: SAN MARCOS / 8: SAN SEBASTIÁN / 9: EL PANECILLO / 10: LA VICENTINA Y EL DORADO / 11: LA COLMENA / SAN ROQUE

ALCALDÍA METROPOLITANA

Resumen de Gestión, Quito Ciudad Metropolitana

1: Quito una ciudad incluyente y solidaria / 2: Quito productiva y competitiva / 3: Quito habitable y armónica / 4: Quito democrática y gobernable / 5: Quito una nueva forma de gobernar

MUSEO DE LA CIUDAD

- EL RETRATO ILUMINADO. FOTOGRAFÍA Y REPÚBLICA EN EL SIGLO XIX. *Lucía Chiriboga y Silvana Caparrini*, 2005.

OBRAS DE OTRAS EDITORIALES AUSPICIADAS POR EL FONSA

ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

- EL QUITO QUE SE FUE 1850-1912. Colección fotográfica privada de *Ernesto Chiriboga Ordóñez*, colección Testimonio N. 1, edición y notas *Fernando Jurado Noboa y Alfonso Ortiz Crespo*, Academia Nacional de Historia, 2003.

EDICIONES ARCHIPIÉLAGO

- EN LA TIERRA, QUITO... LA CIUDAD, LA PINTURA. *Lenin Oña (prólogo y selección), Jorge Enrique Adoum (textos)*, Ediciones Archipiélago, 2004.
- ... Y EN EL CIELO UN HUEQUITO PARA MIRAR A QUITO. LA CIUDAD, LA POESÍA. *Jorge Enrique Adoum (selección)*, Ediciones Archipiélago, 2004.

LA PALABRA EDITORES

- LOS QUITENOS. *Francisco Tobar García* (1981), 2005.
 - QUITO. SUEÑO Y LABERINTO EN LA NARRATIVA. *Peter Thomas*, 2005.
 - JOSÉ ENRIQUE GUERRERO. El pintor de Quito, *Patricio Herrera Crespo y Edwing Guerrero Blum*, 2006.
 - COLECCIÓN ESCRITORES DE QUITO
- 1: La Voz Cordial. Correspondencia entre César Arroyo y Benjamín Carrión (1926-1932), 2007 / 2: Sonata para Valle Inclán y otros ensayos (1914-1936), César E. Arroyo, 2007 / 3: Textos escogidos, Gonzalo Zaldumbide, 2007 / 4: Antonio ha sido una hipótesis, Jorge Fernández, 2007 / 5: Poesía, Julio Zaldumbide, 2007 / 6: Galería de Místicos e insurgentes. La vida intelectual del Ecuador durante cuatro siglos (1555 – 1955), Jorge Carrera Andrade, 2008 / 7: Seis

veces la muerte (cuentos) Jorge Icaza, 2008 / 8: Obra selecta, Augusto Arias, 2008. / 9: Poesías, Gonzalo Escudero, 2009. / 10: Autobiografía admirable de mi tía Eduvigis, Francisco Tobar García, 2009. / 11: Poesía y prosa, Hugo Alemán, 2009 / 12: Obra selecta, Raúl Andrade, 2009. / 13: La tierra de cristal oscurecida, Atanasio Viteri, 2010. / 14: Historia de la Real Audiencia de Quito, Ricardo Descalzi, 2010. / 15: Los amores fugaces, Jorge Enrique Adoum. / 16: El gusto de la tierra, Jorge Reyes. / 17: Paranoia y otros cuentos, Humberto Salvador. / 18: Cuento y novela, José Alfredo Llerena. / 19: Sin mandamientos, Raquel Verdesoto de Romo Dávila. / 20: El Pintor del rey y otros cuentos, Diego Viga (Paúl Engel). / 21: El vaivén del navegante, Galo René Pérez.

POR PUBLICAR PARA CONCLUIR LA PRIMERA ETAPA: 22: El reino de los suelos, Carlos de la Torre Reyes. / 23: Cuentos y crónicas, Nicolás Kingman. / 24: Pluma de acero, Gustavo Vásconez Hurtado.

- LA BUFANDA DEL SOL. Antología de CUENTO / POESÍA / ENSAYO I / ENSAYO II. 2011.

TRAMA EDICIONES

- LA LINARES. *Iván Égüez*, (edición bilingüe), 2005.
- QUITO. HISTORIA Y DESTINO. *Gonzalo Ortiz Crespo*, 2006.
- CONTRIBUCIONES A LA HISTORIA DEL ARTE EN EL ECUADOR. *José Gabriel Navarro* (1921-1952) cuatro tomos, 2007.
- GUÍA ARQUITECTÓNICA DE QUITO. *Evelia Peralta y Rolando Moya Tasquer*, 2007.

FLACSO

- DE MEMORIAS. Imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo veinte. *Ana María Goetschel, Gioconda Herrera, Andrea Pequeño y Mercedes Prieto*, 2007.
- LA CIUDAD Y LOS OTROS. Higienismo, ornato y policía. Quito 1860-1940, *Eduardo Kingman Garcés*, 2008.

EDITORIAL EL CONEJO

- TESTIMONIOS DEL RADIOTEATRO EN QUITO. *Margarita Guerra Gándara*, 2008.

CITYMARKET

- 200 AÑOS DE HUMOR QUITENO. *Xavier Michelena*, 2007.
- 200 AÑOS DE PINTURA QUITENA. *Xavier Michelena*, 2007.
- 200 AÑOS DE ESCULTURA QUITENA. *Esteban Michelena*, 2007.
- 200 AÑOS DE PERSONAJES QUITENOS. *Vladimir Serrano Pérez*, 2009.
- 200 AÑOS DE DEPORTES Y ANÉCDOTAS. *Jorge Ribadeneira*, 2009.

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- QUITO EN LA OBRA DE... Quitología y arte urbano, Ecuador siglo XXI. *Varios autores*, 2010.

En la primera mitad del S. XX, Quito perdió para siempre aquel rostro campechano que exhibió en el S. XIX. Debido a un crecimiento acelerado nunca antes visto, la capital se convirtió en el foco de atención de otras provincias, quienes veían en la ciudad un paraíso de prosperidad y oportunidades, lo que desencadenó una inmigración interna sin precedentes. El arribo de inmigrantes interioranos —así como la ya existente exclusión de las clases altas—, no podía menos que conmocionar a la población receptora, la misma que reaccionó fortaleciendo actitudes y prácticas racistas, discriminatorias y segregacionistas contra los recién llegados. Los sectores dominantes reactivaron viejos procedimientos coloniales de subalternización como la estigmatización racial, lo que dio lugar a la formación de identidades discriminatorias: *gente decente y chulla quiteña*, e identidades discriminadas: *longo, cholo y chagra*.

En este libro Manuel Espinosa nos expone, de manera concisa y con un estilo narrativo muy original, el origen de algunas de las más tristemente célebres características de la sociedad quiteña. El racismo, la discriminación y un angustioso clasismo son mostrados aquí ajenos a cualquier disfraz o eufemismo, así como la lucha y las estrategias que las clases populares debieron utilizar para tratar de imponerse en el mundo social, muchas veces sacrificando su propia identidad.

EL CHOLERÍO Y LA GENTE DECENTE se convierte así en un libro imprescindible, no sólo en cuanto a materia histórica se refiere, sino en una inevitable revelación de un lado tan oscuro pero tan propio de nuestra identidad, que a veces es imposible rechazarlo.

Instituto Metropolitano de
Patrimonio

ISBN 978-9978-366-86-8



9 789978 366868